«Una llamada urgente a la acción para todos nosotros»
Matthew McConaughey

—LAS 4 VIRTUDES ESTOICAS—

LA LLAMADA DEL CORAJE

LA FORTUNA FAVORECE A LOS VALIENTES



RYAN HOLIDAY

AUTOR DEL BEST SELLER *DIARIO PARA ESTOICOS*

conecta

«Una llamada urgente a la acción para todos nosotros»
Matthew McConaughey

—LAS 4 VIRTUDES ESTOICAS—

LA LLAMADA DEL CORAJE

LA FORTUNA FAVORECE A LOS VALIENTES



RYAN HOLIDAY

AUTOR DEL BEST SELLER *DIARIO PARA ESTOICOS*

conecta

La llamada del coraje

La fortuna favorece a los valientes

Ryan Holiday

Traducción de Ignacio Gómez Calvo

conecta

No esperemos que los demás vengan a decirnos lo que nos compete; comencemos a mover y animar a los otros para que emprendan estas obras de valor y virtud. Mostraos ahora valientes y esforzados capitanes y merecedores de los cargos que tenéis más que ningún otro.

JENOFONTE

Las cuatro virtudes



Ha pasado mucho tiempo desde que Hércules llegó a la encrucijada.

En una tranquila intersección en las colinas de Grecia, a la sombra de unos nudosos pinos, el gran héroe de la mitología griega se enfrentó a su destino.

Nadie sabe exactamente dónde ni cuándo ocurrió. Tenemos constancia del momento por las historias de Sócrates. Las más bellas obras de arte del Renacimiento lo plasmaron. Percibimos su energía en ciernes, sus fuertes músculos y su angustia en la clásica cantata de Bach. Si en 1776 John Adams se hubiese salido con la suya, Hércules en la encrucijada habría sido inmortalizado en el sello oficial de los recién fundados Estados Unidos.

Y es que allí, antes de que el héroe adquiriese su fama inmortal, antes de los doce trabajos, antes de que cambiase el mundo, Hércules se enfrentó a una crisis tan transformadora y genuina como la que podríamos haber sufrido cualquiera de nosotros.

¿Adónde se dirigía? ¿Adónde quería ir? Ese es el meollo de la historia. Solo, anónimo, inseguro, Hércules, como muchos otros, no lo sabía.

Donde el camino se bifurcaba se encontró con una diosa que le ofreció todas las tentaciones que pudiera imaginar. Engalanada con ropas elegantes, le prometió una vida desahogada. Le juró que nunca conocería la necesidad ni la desdicha, el miedo ni el dolor. Si la seguía, dijo, todos sus deseos serían satisfechos.

En el otro sendero había una diosa más severa ataviada con una inmaculada túnica blanca. Esa diosa le hizo una invitación más discreta. No le prometió más recompensas que las derivadas de su esfuerzo. La travesía sería larga, dijo. Debería sacrificarse. En algunos momentos tendría miedo. Pero era un viaje para un dios. Lo convertiría en la persona que sus antepasados querían que fuese.

¿Fue un episodio real? ¿Ocurrió de verdad?

Y en caso de que solo sea una leyenda, ¿acaso importa?

Sí, porque es una historia sobre nosotros.

Sobre nuestro dilema. Sobre nuestra encrucijada.

Para Hércules, el dilema consistió en elegir entre el vicio y la virtud, la vía fácil o la difícil, el sendero trillado o el camino menos transitado. Todos nos enfrentamos a esa elección.

Tras vacilar un instante, Hércules escogió la que lo cambiaba todo.

Eligió la virtud.

La palabra «virtud» puede parecer anticuada. Sin embargo, virtud —*arete* — se traduce en algo muy sencillo y eterno: excelencia. Moral. Física. Mental.

Antiguamente, la virtud constaba de cuatro elementos clave:

Coraje.

Templanza.

Justicia.

Sabiduría.

Los «fundamentos de la bondad», los llamó el rey filósofo Marco Aurelio. Millones de personas las conocen como las virtudes cardinales, cuatro ideales casi universales adoptados por el cristianismo y la mayor parte de la filosofía occidental, pero igual de valorados en el budismo, el hinduismo y en casi cualquier filosofía que se te ocurra. Se llaman

«cardinales», apuntó C. S. Lewis, no porque procedan de autoridades eclesiásticas, sino porque tienen su origen en el latín *cardo*, «bisagra».

Son elementos fundamentales. Y sobre ellos gira la puerta de la buena vida.

También son el tema de este libro y de esta serie.

Cuatro libros.[1] Cuatro virtudes.

Un objetivo: ayudarte a elegir…

Coraje, valor, fortaleza, honor, sacrificio…

Templanza, autocontrol, moderación, compostura, equilibrio…

Justicia, imparcialidad, servicio, hermandad, bondad, gentileza…

Sabiduría, conocimiento, educación, verdad, introspección, paz…

Estos valores son la clave de una vida de honor, de gloria, de excelencia en todos los sentidos. Son rasgos de personalidad que John Steinbeck describió a la perfección como «agradables y deseables para quien los posee y que le hacen realizar actos de los que puede sentirse orgulloso y con los que puede estar contento». Esta descripción es extensible a toda la humanidad. En Roma no existía una versión femenina de la palabra *virtus*. La virtud no era masculina ni femenina, solo era.

Y lo sigue siendo. No importa si eres hombre o mujer. No importa si eres fuerte o muy tímido, si eres un genio o si tienes una inteligencia media. La virtud es un imperativo universal.

Las virtudes están interrelacionadas y son inseparables, aunque se diferencian unas de otras. Hacer lo correcto casi siempre requiere coraje, del mismo modo que la disciplina es imposible sin la sabiduría para saber elegir. ¿De qué sirve el coraje si no se aplica a la justicia? ¿De qué sirve la sabiduría si no nos hace más humildes?

Norte, sur, este, oeste: las cuatro virtudes son una suerte de brújula —por algo las cuatro direcciones de una brújula se llaman «puntos cardinales»—. Nos guían. Nos muestran dónde estamos y qué es verdad.

Aristóteles describió la virtud como una especie de oficio, algo a lo que aspirar, como uno aspira al dominio de una profesión o una habilidad. «Los hombres se convierten en constructores construyendo y los citaristas, tocando la cítara —escribe—. Pues bien, del mismo modo nos convertimos en personas justas al realizar acciones justas y valientes».

La virtud es algo que hacemos.

Es algo que elegimos.

Y en más de una ocasión, ya que la encrucijada de Hércules no fue un episodio aislado. Es un reto diario al que nos enfrentamos no una sola vez sino continuamente, en repetidas ocasiones. ¿Seremos egoístas o desinteresados? ¿Valientes o temerosos? ¿Fuertes o débiles? ¿Sabios o tontos? ¿Adquiriremos una buena costumbre o una mala? ¿El coraje o la cobardía? ¿La felicidad de la ignorancia o el reto de una nueva idea?

¿Seguir como siempre… o evolucionar?

¿El camino fácil o el correcto?

Introducción



No hay proeza en esta vida que no puedas llevar a cabo. Deberías vivir tu vida como una proeza heroica.

LEV TOLSTÓI

No hay nada que valoremos más que el coraje, aunque no hay bien más escaso.

¿Ahí está la clave? ¿Valoramos aquello que es raro?

Es posible.

Sin embargo, el coraje —la primera de las cuatro virtudes cardinales— no es una piedra preciosa. No es un diamante, el resultado de un proceso de miles de años. No es petróleo, que se debe extraer de la tierra. No ofrece recursos finitos, repartidos por la fortuna azarosamente o accesibles solo a unos pocos.

No. Es mucho más simple. Es renovable. Está en cada uno de nosotros, en todas partes. Es algo de lo que somos capaces en cualquier momento. En asuntos importantes y menores. Físico. Moral.

Disponemos de oportunidades ilimitadas, incluso diarias, para experimentarlo: en el trabajo, en casa, en todas partes.

Y, sin embargo, sigue siendo algo muy raro.

¿Por qué?

Porque tenemos miedo. Porque es más fácil no implicarse. Porque estamos liados en otras tareas y este no es un buen momento. «No soy un soldado», decimos, como si luchar en el campo de batalla fuese la única forma de coraje que el mundo necesita.

Preferimos seguir con lo que no entraña peligro. ¿Yo? ¿Heroico? Nos parece egoísta, absurdo. Se lo dejamos a otro, a alguien más cualificado, mejor preparado, con menos que perder.

Es comprensible, incluso lógico.

Pero si todo el mundo piensa así, ¿qué nos queda?

«¿Habrá que recordar que desde la más remota Antigüedad la pérdida de coraje se ha considerado el principio del fin?», dijo el escritor y disidente soviético Alexander Solzhenitsin.

En cambio, los momentos más destacados de la historia de la humanidad —ya sea llegar a la Luna o luchar por los derechos civiles, la batalla de las Termópilas o las obras de arte del Renacimiento— comparten un elemento: el valor de hombres y mujeres corrientes. Personas que hicieron lo que debían. Personas que dijeron: «Si no lo hago yo, entonces ¿quién?».

Coraje solo hay uno

Durante mucho tiempo se ha sostenido que existen dos tipos de coraje: físico y moral.

El coraje físico es un caballero que entra en combate al galope. Es un bombero que corre hacia el edificio en llamas. Es un explorador que parte al Ártico desafiando a los elementos.

El coraje moral es un denunciante de una práctica ilegal que se enfrenta a grandes intereses. Es quien cuenta la verdad que nadie está dispuesto a

contar. Es el emprendedor que monta un negocio por su cuenta a pesar de los obstáculos.

El coraje marcial del soldado y el coraje mental del científico.

Pero no hace falta ser un filósofo para ver que en realidad hablamos de lo mismo.

No hay dos tipos de coraje. Solo uno. El que te empuja a jugarte el pellejo. En algunos casos en sentido literal, hasta fatal. En otros en sentido figurado, o económico.

El coraje es riesgo.

Es sacrificio…

… compromiso.

… perseverancia.

… verdad.

… determinación.

Cuando haces lo que otros no pueden o no quieren hacer. Cuando haces lo que la gente cree que no deberías o no puedes hacer. De lo contrario, no es coraje. Tienes que enfrentarte a algo o a alguien.

Con todo, sigue siendo difícil definir el coraje. Lo reconocemos al verlo, pero cuesta decir qué es. Por lo tanto, el objetivo de este libro no es dar definiciones. Más raro que una piedra preciosa, el coraje es algo que debemos examinar desde distintos ángulos. Solo al fijarnos en sus distintas partes y tallas, perfecciones y defectos, podremos entender el valor del conjunto. Cada una de esas perspectivas nos permite conocerlo un poco mejor.

Sin embargo, no lo hacemos para comprender la virtud en abstracto. Cada uno de nosotros nos enfrentamos a nuestra propia encrucijada hercúlea. Puede que ocupemos un cargo público. Puede que hayamos presenciado un comportamiento poco ético en el trabajo. Quizá seamos

unos padres que quieren educar bien a sus hijos en un mundo aterrador lleno de tentaciones. Quizá seamos un científico que investiga una idea polémica o poco ortodoxa. Quizá tengamos un proyecto para un nuevo negocio. Quizá seamos un soldado raso de infantería la víspera de una batalla. O un atleta a punto de superar los límites de la capacidad humana.

Todas estas situaciones requieren coraje. En términos reales. Ahora. ¿Lo tendremos? ¿Cogeremos el teléfono que está sonando?

«A todos les llega un momento especial en la vida en el que, en sentido figurado, les dan una palmadita en el hombro y les ofrecen la oportunidad de hacer algo muy especial —dijo Winston Churchill—, exclusivo para ellos y a la medida de sus aptitudes. Qué tragedia si ese instante los sorprende sin la preparación o la formación necesaria para el que podría haber sido su momento de gloria».

Es más acertado decir que la vida tiene muchos de esos momentos, muchas de esas palmaditas en el hombro.

Churchill tuvo que bregar con una dura infancia y unos padres poco cariñosos. Necesitó coraje para no creer a los profesores que pensaban que era tonto. Y también para marcharse como corresponsal de guerra de joven, y luego, cuando lo hicieron prisionero y se dio a la fuga. Hacen falta agallas para presentarse a un cargo oficial. Necesitó coraje cada vez que publicó como escritor. Después para cambiar de partido político. Para alistarse en la Primera Guerra Mundial. Para enfrentarse a los terribles años de vacío político en los que la opinión pública se volvió contra él. Más tarde llegó el ascenso de Hitler, y se enfrentó en solitario al nazismo en su momento de mayor gloria. Pero también tuvo el coraje de seguir adelante cuando volvieron a expulsarlo de la vida política, haciendo gala de una tremenda ingratitud, y el coraje de regresar una vez más. El coraje de retomar la

pintura en la vejez y mostrar su obra al público. De enfrentarse a Stalin y al telón de acero, etc.

¿Le faltó coraje en algún momento? ¿Cometió errores? ¿Perdió oportunidades? Sin duda. Pero pensemos en los momentos de coraje y aprendamos de ellos en vez de centrarnos en los defectos de otra persona como una forma de disculpar los propios.

En la vida de todos los grandes de la historia hallamos los mismos temas. Hay un momento decisivo de coraje, pero también otros menos destacados. El día que Rosa Parks se negó a ceder su asiento a un hombre blanco es un ejemplo de coraje… pero también lo son sus cuarenta y dos años de vida en el Sur como mujer negra sin perder la esperanza ni ceder a la amargura. Su coraje para entablar acciones legales contra la segregación solo fue una prolongación del que necesitó en 1943 para ingresar en la NAACP (Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, por sus siglas en inglés) y para trabajar allí de secretaria, y aún más en 1945, cuando consiguió inscribirse en el censo electoral para votar en Alabama.

La historia está escrita con sangre, sudor y lágrimas, y grabada para la posteridad por la resistencia silenciosa de personas valientes.

Personas que se levantaron (o se sentaron)…

Personas que lucharon…

Personas que se arriesgaron…

Personas que no se quedaron calladas…

Personas que probaron…

Personas que dominaron sus miedos, actuaron con coraje y, en ocasiones, alcanzaron brevemente ese plano superior de existencia que les permitió entrar en el panteón de los héroes.

El coraje nos llama a cada uno de un modo distinto, en momentos distintos y de formas distintas. Pero la llamada siempre viene de dentro.

Primero, nos llama a superar el miedo y la cobardía. Luego nos llama a ser valientes, a imponernos a los elementos, a la adversidad, a nuestras limitaciones. Por último, nos llama al heroísmo, tal vez por un solo instante de esplendor, cuando nos llama a hacer algo por alguien que no somos nosotros.

Sea cual sea la llamada que oigas ahora, lo importante es que respondas. Lo importante es que acudas a ella.

En un mundo feo, el coraje es bonito. Gracias a él existen cosas bonitas.

¿Quién dice que tenga que ser algo raro?

Has elegido este libro porque sabes que no tiene por qué serlo.

PRIMERA PARTE

Miedo



Más allá de este lugar de cólera y lágrimas
donde yace el Horror de la sombra,
la amenaza de los años
me encuentra y me encontrará sin miedo.

WILLIAM ERNEST HENLEY

Qué fuerzas ponen trabas al coraje? ¿Qué hace que algo tan valioso sea tan raro? ¿Qué nos impide hacer lo que podemos y debemos hacer? ¿Cuál es la fuente de la cobardía? El miedo. *Phobos*. Es imposible vencer a un enemigo que no entiendes, y el miedo —en todas sus formas, del terror a la apatía, pasando por el odio y la falta de ambición— es el enemigo del coraje. Estamos librando una batalla contra el miedo; por tanto, debemos estudiarlo, familiarizarnos con él, luchar contra sus causas y sus síntomas. Por ese motivo los espartanos construyeron templos al miedo. Para tenerlo cerca. Para ver su poder. Para protegerse de él. Los valientes no están

exentos de miedo; ningún humano lo está. Antes bien, su capacidad para superarlo y dominarlo es lo que los convierte en seres extraordinarios. De hecho, hay que decir que la grandeza es imposible si eso no se consigue. En cambio, sobre los cobardes no se escribe nada. No se recuerda nada. No se admira nada. Di una sola cosa buena que no requiera como mínimo unos segundos de coraje. Así pues, si deseamos ser grandes, primero debemos aprender a conquistar el miedo, o al menos a superarlo en los momentos decisivos.

La llamada que tememos...



Antes de tener uso de razón, Florence Nightingale ya era intrépida. En un pequeño dibujo realizado durante su más tierna infancia, su tía representó a la niña andando con su madre y su hermana cuando debía de tener unos cuatro años.

La hermana mayor se agarra a la mano de la madre. En cambio Florence «anda dando tumbos a su aire» con esa maravillosa seguridad que tienen algunos niños. No necesitaba sentirse a salvo. Le daba igual lo que pensasen los demás. Había mucho que ver. Mucho que explorar.

Por desgracia, esa independencia no duraría.

Tal vez alguien le dijo que el mundo era un sitio peligroso. Tal vez fue la presión imperceptible pero aplastante de la época que dictaba que las niñas debían comportarse de una determinada manera. Tal vez fue el lujo inherente a pertenecer a una clase privilegiada lo que minó su conciencia de lo que era capaz.

Cada uno de nosotros ha recibido una versión de ese diálogo cuando un adulto, independientemente de sus intenciones, comete la cruel injusticia de destruir nuestras esperanzas. Creen que nos preparan para el futuro, pero en realidad solo nos están imponiendo sus miedos y limitaciones.

Oh, qué caro nos sale ese equívoco. Y de cuánto coraje priva al mundo.

Como estuvo a punto de pasar con Florence Nightingale.

El 7 de febrero de 1837, a los dieciséis años, sintió lo que más adelante

denominó la «llamada».

¿A qué? ¿Adónde? ¿Y cómo?

Solo fue consciente de que había un mundo misterioso en lo alto que le transmitía la idea de que se esperaba algo de ella, de que tenía que prestar un servicio, comprometerse con algo que no fuese la vida de su rica e indolente familia, ajeno a los restrictivos e insoportables roles reservados a las mujeres de su época.

«Oímos una voz en nuestro interior… —dijo Pat Tillman cuando se planteó dejar el fútbol americano profesional para ingresar en los *rangers* del ejército de Estados Unidos—. Esa voz nos dirige hacia la persona en la que queremos convertirnos, pero seguirla o no es nuestra elección. La mayoría de las veces nos encaminamos en una dirección predecible, recta y en apariencia positiva. Sin embargo, a veces tomamos otro camino».

Cabría pensar que una chica valiente como Florence Nightingale estaría dispuesta a escuchar esa voz, pero, como muchos de nosotros, había interiorizado las creencias de su época y se había convertido en una joven temerosa que no se atrevía a imaginar un camino que no fuese el de sus padres.

«Tenían una amplia casa en Derbyshire y otra en New Forest —escribió Lytton Strachey en su clásica obra *Victorianos eminentes*—. Había también una residencia en Mayfair para la temporada londinense que incluía las mejores fiestas, viajes por Europa con una dosis mayor a la habitual de óperas italianas y de ocasiones para atisbar a las grandes celebridades parisinas. Criada en medio de tantas ventajas, era natural suponer que Florence mostraría su agradecimiento al cumplir los deberes que exigía su estado y condición, es decir, contrayendo matrimonio, después de un número apropiado de bailes y cenas, con un caballero adecuado, para luego vivir felices y comer perdices».

Durante ocho años esa llamada permaneció oculta en lo más recóndito de la mente de Florence como un tabú. Mientras, ella tenía la ligera impresión de que no todo iba bien en el mundo victoriano. Cuando nació, la esperanza de vida era de apenas cuarenta años. En muchas ciudades, la mortalidad era mayor entre los pacientes tratados en hospitales que fuera de ellos. En la guerra de Crimea, en la que Nightingale destacaría más adelante, solo mil ochocientos hombres de unos cien mil soldados murieron por heridas. Más de dieciséis mil murieron por enfermedad, y trece mil quedaron incapacitados para el servicio. Incluso en tiempos de paz las condiciones eran terribles, y el mero hecho de alistarse entrañaba riesgo de muerte. «Era como sacar a mil cien hombres a la llanura de Salisbury y dispararles», dijo Nightingale a los oficiales en una ocasión.

Sin embargo, a pesar de lo urgente de la crisis —agravada por la rapidez con la que crecía el altar de hombres muertos—, el miedo era aún mayor.

«Había que cuidar de la vajilla», escribió Strachey. Su padre esperaba que ella le leyese. Debía encontrar a alguien con quien casarse. Corrían rumores de los que hablar. No había nada que hacer, y eso era lo único que le permitían a una mujer con recursos: nada.

Desbordada por esa presión banal, Florence desatendió la llamada para no molestar a la alta sociedad. Sí, ayudaba a algún que otro vecino enfermo. Leía. Conoció a gente interesante como Elizabeth Blackwell, la primera mujer que se licenció en Medicina y ejerció como doctora. Aun así, a los veinticinco años, cuando le ofrecieron la oportunidad de trabajar como voluntaria en el hospital de Salisbury, dejó que su madre tomara la decisión por ella. ¿Trabajar en un hospital? ¡Ni hablar, preferirían que fuera prostituta!

Después de resistirse durante ocho años, recibió otra llamada. La voz le preguntó, en aquella ocasión de una forma más directa: «¿Dejarás que la

reputación te impida servir a los demás?». Ese era su miedo: ¿qué pensaría la gente? ¿Podría romper con la familia que deseaba tenerla a su lado? ¿Pasar de ser una debutante de la alta sociedad a convertirse en enfermera? ¿Podría dedicarse a una vocación de la que no sabía casi nada y que apenas existía en el siglo XIX? ¿Podría hacer lo que se suponía que las mujeres no debían hacer? ¿Podría lograrlo?

El miedo era intenso, como le ocurre a cualquier persona cuando se plantea navegar por aguas inexploradas o considera hacer saltar su vida por los aires para dedicarse a algo nuevo. Cuando todo el mundo te dice que fracasarás, que te equivocas, ¿cómo no vas a hacerles caso? Es una paradoja terrible: tendrías que estar loco para no hacerles caso cuando te dicen que estás loco.

¿Y cuando intentan que te sientas culpable? ¿Cuando tratan de castigarte? ¿Y si te da miedo decepcionar a los demás? A eso se enfrentó Nightingale. A unos padres que interpretaron la ambición de su hija como una crítica a su propia falta de ambición. Su madre lamentó que quisiera «deshonrarse», mientras que su padre se puso como una fiera con ella por ser una malcriada y una desagradecida.

Esas reacciones eran mentiras que ella interiorizó. «Doctor Howe —se atrevió a preguntar una vez a Samuel Gridley Howe, médico y marido de Julia Ward Howe, autora del «Himno de batalla de la República»—, ¿cree usted que sería impropio e indecoroso para una joven inglesa consagrarse a obras de caridad en hospitales? ¿Cree que sería algo terrible?». Sus preguntas estaban llenas de ideas preconcebidas. «Impropio». «Indecoroso». «Terrible».

Se sentía indecisa: ¿buscaba permiso para cumplir su sueño o para todo lo contrario? «Mi querida señorita Florence —contestó Howe—, sería una decisión insólita, y en Inglaterra lo insólito se considera impropio; pero le

recomiendo que siga adelante. Si tiene vocación por ese estilo de vida, haga lo que le inspire su corazón y descubrirá que no hay nada indecoroso ni indigno en una dama que cumpla con su deber por el bien de los demás. Elija y siga firme, adondequiera que le lleve».

Sin embargo, no perdió el miedo a portarse de forma insólita, el miedo a más chantajes emocionales y amenazas. Todo estaba planeado para que se quedase en casa, para que no se saliese de los límites establecidos. Y como suele ocurrir, dio resultado, a pesar del claro apoyo de alguien a quien ella admiraba.

«¿Cómo se me ocurre perturbar su felicidad? —escribiría Florence en su diario—. ¿Qué soy para que su vida no me sirva?». Su familia apenas le dirigía la palabra, como ella relató: «Me trataban como si hubiese cometido un crimen». Durante años, esas tácticas funcionaron. «Ella tenía la capacidad de imponerse —escribió su biógrafo Cecil Woodham-Smith—, pero no lo hizo. Las cadenas que la ataban eran de paja, pero ella no las rompió».

Nightingale no fue una excepción ni en la década de 1840 ni hoy. De hecho, en el mito del viaje del héroe, ¿qué viene después de la «llamada a la aventura» en la mayoría de los casos? El rechazo. Es muy difícil y da miedo, deben de haberse equivocado de persona. Esa es la conversación que Nightingale mantuvo consigo misma, pero no duró un rato, sino dieciséis años.

Es lo que consigue el miedo. Nos aleja de nuestro destino. Nos retiene. Nos paraliza. Nos da un millón de motivos para alguna cosa. O para la contraria.

«Qué poco se puede hacer bajo el influjo del miedo», escribiría Nightingale más adelante. Gran parte de las tres primeras décadas de su vida lo probaban. Pero también sabía que por un breve instante no tuvo

miedo. Debía recobrar esa fuerza interior para escapar y aceptar la llamada que se le había concedido oír.

Era un paso aterrador. Abandonar una vida cómoda. Oponerse a la convención. El coro de dudas y exigencias. Cómo no iba a detenerla… Nos detiene a muchos. Pero a Nightingale no. Dos semanas más tarde, dio el paso.

«No debo esperar compasión ni ayuda de ellos —escribió respecto a su decisión de escapar—. Debo tomar algunas cosas, cuantas menos mejor, para vivir. Debo tomarlas por mí misma; nadie me las dará».

Menos de un año después estaba instalando hospitales de campaña para soldados heridos en Crimea. Las condiciones eran espantosas. Los hombres morían en los pasillos de los edificios y en las cubiertas de los barcos por falta de camas. Las ratas les robaban la comida de los platos. Los pacientes, casi sin ropa, se hacinaban en habitaciones heladas; algunos pasaban sus últimas horas de vida totalmente desnudos. Las raciones eran escasas, y los médicos, incompetentes. Representaba todo aquello con lo que sus padres no habían querido que se mancillase. Era suficiente para espantar a los funcionarios públicos más valientes.

«He conocido bien los peores barrios de casi todas las grandes ciudades de Europa —explicó—, pero nunca había estado en un ambiente comparable al del hospital militar de noche». Para entonces, ya no tenía miedo. En su lugar había una férrea determinación. Nightingale financió las reparaciones de su propio bolsillo y se puso manos a la obra.

Henry Wadsworth Longfellow plasmaría a la perfección su personalidad heroica en uno de sus poemas, en el que contrasta los inhóspitos y sombríos pasillos del hospital con la imagen de Florence Nightingale de habitación en habitación, con una lámpara y su buen ánimo.

En los anales de Inglaterra, a través del tiempo,

más allá de sus palabras y su canción,
una luz arrojará sus rayos
desde los portales del pasado.

La dama de la lámpara permanecerá
en la gran historia del país,
un noble tipo de bondad,
de feminidad heroica.

Heroica, punto. Posible solo porque tuvo el valor de superar esos miedos vulgares pero poderosos.

Su trabajo en Crimea, realizado en combate mientras se exponía a un grave peligro —de hecho, contrajo la fiebre de Crimea (brucelosis), que la acompañó el resto de su vida—, inspiraría la fundación de la Cruz Roja. Sus innovaciones y su revolucionaria labor en la sistematización del cuidado de los enfermos y vulnerables sigue beneficiando a todo aquel que ha visitado un hospital en los ciento ochenta años transcurridos desde que se desvió del camino que muchos habían intentado con firmeza que no abandonase.

Cuando impuso su voluntad, su madre lloró. «Somos patos y hemos criado un cisne negro», dijo. Imagina alguien que llora porque su hija es especial. Imagina crecer en una casa en la que pasó eso. Como escribió Strachery, la madre de Nightingale estaba equivocada. Su hija no era un cisne. Había tenido un águila. Se había quedado mucho tiempo incubando, en el nido, pero cuando alzó el vuelo nada podía asustarla.

Lo que debemos hacer en esta vida proviene de un lugar más allá de nosotros; es mayor que nosotros. Estamos llamados a ser algo. Somos elegidos. Seleccionados… pero ¿lo aceptaremos? ¿O huiremos?

Esa es nuestra llamada.

Una forma de ver la historia de Nightingale es que pasó años sin atender a la llamada al servicio. La otra es que se estaba preparando para la misión

de su vida. Tardó en ver a través del humo y el ruido de la familia y la sociedad, que intentaban disuadirla de hacer lo que debía. Tardó en adquirir los conocimientos necesarios para transformar la enfermería.

En cualquiera de las dos versiones, el miedo —y el triunfo sobre él— es la batalla que caracteriza su existencia, como le ha pasado a cualquiera que haya cambiado el mundo. No hay nada que valga la pena que no dé miedo. Nadie ha alcanzado la grandeza sin luchar contra sus dudas, inquietudes, limitaciones y demonios.

Al final, esa experiencia fue formativa para Nightingale. Cuando se dedicó a abrir hospitales y a reformar los sistemas de salud militares y civiles de Gran Bretaña, se enfrentó a una tremenda oposición de la burocracia, los elementos y las autoridades. Tuvo que ser más que un ángel de la misericordia en la enfermería: era intendente, una opositora en la sombra, miembro de un grupo de presión, denunciante, activista y gerente. Lo que posibilitó su trabajo fue la capacidad para lograrlo frente a esa despiadada e implacable oposición, para librar una guerra paciente pero infatigable contra los que querían desanimarla.

Ya nadie podía intimidarla. Imposible coaccionarla.

«Su carta está escrita en Belgrave Square —decía en una carta en la que desafiaba al ministro de Defensa de Gran Bretaña—. Yo escribo desde una choza de Crimea. El emplazamiento es distinto». Y eso viniendo de una mujer que meses antes tenía miedo de decepcionar a su histérica madre. En ese momento, cuando un médico —o cualquiera— le decía que algo no se podía hacer, contestaba con serena autoridad: «Pero debe hacerse». Y si no se hacía —por ejemplo, cuando un hospital en el que trabajaba se negó a admitir a católicos y judíos—, amenazaba con dimitir. Entonces captaban el mensaje.

Sus experiencias con el miedo la ayudaron a identificarse y a amar a los

miles de pacientes heridos y moribundos de los que cuidaba. «La aprensión, la incertidumbre, la espera, la expectación y el miedo a la sorpresa hacen más daño a un paciente que cualquier esfuerzo —escribió Nightingale—. Recuerda que él se enfrenta a su enemigo a todas horas, lucha internamente con él, mantienen largas conversaciones imaginarias». Esa era una batalla que ella conocía de primera mano, y podía ayudarles a ganar.

En la actualidad, cada uno de nosotros recibe su propia llamada.

A servir.

A arriesgarse.

A desafiar el *statu quo*.

A entregarse a algo cuando otros se dan a la fuga.

A superarse.

A hacer lo que la gente dice que es imposible.

Nos enfrentaremos a muchos motivos por los que nos parecerá incorrecto. Nos enfrentaremos a una presión increíble para apartar esas ideas, esos sueños y esa necesidad de nuestra mente. Dependiendo de nuestra posición y de lo que queramos hacer, la resistencia a la que nos enfrentemos podrá ser unos simples incentivos… o violencia directa.

El miedo se hará notar. Siempre lo hace.

¿Dejaremos que nos impida responder a la llamada? ¿Dejaremos que suene el teléfono?

¿O nos acercaremos poco a poco, como Nightingale, fortaleciéndonos, preparándonos, hasta estar listos para asumir nuestra misión en el mundo?

Lo importante es no tener miedo



Es fácil asustarse. Sobre todo últimamente.

La tensión se puede disparar en cualquier momento. La incertidumbre flota en el aire. Podrías perder el empleo. Luego, la casa y el coche. Podría pasarles algo a tus hijos.

Es normal sentirnos así cuando la situación es tan inestable. ¿Podría ser de otro modo?

Incluso los antiguos estoicos, que se supone que dominaban toda emoción, reconocían que tenemos reacciones involuntarias. A los ruidos fuertes. A la incertidumbre. A que nos ataquen.

Ellos usaban una palabra para referirse a estas impresiones inmediatas y premonitorias: *phantasiai*. Y no eran fiables.

¿Sabes cuál es la frase que más se repite en la Biblia? «No temas». Esas palabras aparecen una y otra vez en las Escrituras, una advertencia desde las alturas para que no dejemos que prevalezcan las *phantasiai*.

«Lo que yo te mando es que tengas valor y seas valiente —leemos en el libro de Josué—. No tengas miedo ni te acobardes». En el Deuteronomio encontramos: «Cuando salgas a la guerra contra tus enemigos y veas caballos y carros y un pueblo más numeroso que tú, no los temas». En los Proverbios: «No temerás el terror repentino ni el ataque de los malvados cuando llegue». En el Deuteronomio, de nuevo, en un pasaje con resonancias al libro de Josué, Moisés llama a Josué y lo manda a Israel. «Sé

fuerte y valiente —le dice—, porque tú has de introducir a este pueblo en la tierra que el Señor, tu Dios, juró dar a tus padres y tú se la repartirás en heredad. […] No temas ni te acobardes».[2]

Ni los estoicos ni los cristianos criticaban a alguien por tener una reacción emocional. Solo les importaba lo que la persona hacía cuando esa emoción perdía intensidad.

«Asústate. No puedes evitarlo —escribió William Faulkner—. Pero no tengas miedo».

Es una distinción fundamental. Un susto es una emoción repentina y pasajera. Se puede disculpar. El miedo es un estado de ánimo, y permitir que te domine es una vergüenza.

Uno te ayuda, te mantiene alerta, te despierta, te informa del peligro. El otro te mina, te debilita, incluso te paraliza.

En un mundo incierto, en una época de problemas espinosos y complicados, el miedo es un estorbo. Te lastra.

Es normal asustarse. ¿Quién no se asustaría en esa situación? Lo que no es normal es dejar que eso te detenga.

Existe una oración hebrea que se remonta a principios de la década de 1800:

כל העולם כולו גשר צר מאור והעיקר לא לפחד כלל:

«El mundo es un puente estrecho, y lo importante es no tener miedo».

La sabiduría de esa expresión ha ayudado al pueblo judío a soportar increíbles desgracias y terribles tragedias. Incluso se convirtió en una canción popular radiada a los soldados y a los ciudadanos durante la guerra de Yom Kippur. Es un aviso: sí, la situación es delicada, y es fácil asustarse si bajas la vista en vez de mirar al frente. El miedo no ayuda.

Nunca.

Cuando la bolsa se derrumbó en octubre de 1929, Estados Unidos se enfrentó a una tremenda crisis económica que duró diez años. Los bancos quebraron. Los inversores se arruinaron. El desempleo era de un 20 por ciento.

Franklin Delano Roosevelt sucedió a un presidente que durante tres años y medio había tratado de mitigar el problema, pero sin éxito. ¿Estaba asustado? Por supuesto. ¿Cómo no iba a estarlo? Todo el mundo estaba asustado.

Sin embargo, lo que proclamó en ese ya legendario discurso inaugural de 1933 fue que el miedo era una elección. El miedo era el enemigo real. Porque no hacía más que agravar la situación. Destruiría los bancos que quedaban. Provocaría que las personas se enfrentasen entre ellas. Impediría la puesta en práctica de soluciones cooperativas.

¿Cómo trabajar con miedo? ¿Cómo ver con claridad con miedo? ¿Cómo ayudar a los demás? ¿Cómo amar con miedo? ¿Cómo hacer nada con miedo?

El receptor de fútbol americano no atrapará el balón si se acobarda al prever el impacto. El artista no saldrá al escenario si tiembla ante la presta pluma de los críticos. El político rara vez tomará la decisión correcta si le preocupa cómo se reflejará en las encuestas. Nunca se creará una familia si la pareja solo piensa en lo duro que será todo.

No hay lugar para el miedo. Al menos, con todo lo que queremos hacer.

La vida que llevamos —el mundo que habitamos— es inquietante. Si te asomas por encima de la barandilla del estrecho puente, es posible que pierdas el valor para continuar. Te quedas petrificado. Te sientas. No tomas buenas decisiones. No ves ni piensas con claridad.

Lo importante es no tener miedo.

Vencemos el miedo con lógica



Una vez, el gran estadista ateniense Pericles se encontró con sus soldados y vio que se habían quedado petrificados ante una incipiente tormenta. Parece ridículo, pero ¿cómo te sentirías si vivieses en una época en la que la gente no tenía ni idea de qué era un trueno ni qué lo provocaba?

Pericles no podía explicar su causa científica, pero podía acercarse. Después de coger dos piedras grandes, reunió a sus hombres y empezó a golpearlas. «BUM. BUM. BUM».

«¿Qué pensáis que es el trueno, si no las nubes, que hacen lo mismo?», dijo.

Se ha dicho que los líderes venden esperanza, pero en un sentido práctico también son asesinos del miedo.

«Falsa Evidencia que Asemeja Real». En los grupos de ayuda a adictos que se esfuerzan por consolar y aliviar las preocupaciones que les impiden cambiar o probar algo nuevo en la vida, lo llaman F.E.A.R. («miedo» en inglés). Falsas impresiones que parecen reales.

Necesitamos examinar nuestras impresiones, tanto por nosotros como por los demás. Debemos analizarlas con lógica, como Pericles. Ir a la raíz del asunto. Entenderla. Explicarla.

Cuando la peste asoló Atenas, Pericles se embarcó con la Armada para hacer la guerra al enemigo. De repente, cuando sus tropas estaban partiendo y él ya había subido a bordo de un barco, se produjo un eclipse. No tardó en

cundir el pánico entre sus hombres, que consideraron esa sorpresa como un presagio de peligro. Pericles no se valió de un gran discurso para animarlos a que se recuperasen, sino de un simple ejemplo de lógica. Se acercó a un timonel y lo cubrió con su capa. «¿En qué se diferencia esto de lo que ha pasado antes si no en que es mayor que mi capa lo que ha causado la oscuridad?», preguntó.

La vida es impredecible. Hay muchas cosas que no entendemos. Por supuesto, nos alarmamos con facilidad. Estamos a merced de nuestros miedos y nuestras dudas.

La única forma de encarar el problema es atacar a ese miedo. Con lógica. Con claridad. Con empatía.

A medida que las pérdidas de la guerra y la peste se acumulaban, Pericles dijo a sus paisanos atenienses que el valor era la capacidad de lograrlo. Necesitaban estar serenos, ser racionales y pensar con claridad. También nosotros necesitamos analizar lo que tenemos delante, conocer «tanto los padecimientos como los placeres, sin por ello retroceder ante los peligros».

La parte de tu cerebro que ve lo peor, que se imagina la situación más disparatada y no deja de subestimar tu capacidad de lidiar con ello no es tu amiga. Tampoco es la verdad. La voz que te desanima, la tendencia a dramatizar y exagerar, no te ayuda. No te ofrece una visión fiel del mundo. Desde luego, ¡no te hace más valiente!

Trata de decirte: no es más que dinero. No es más que un mal artículo. No es más que una reunión con personas que se gritan. ¿Crees que debes tenerle miedo?

Analízalo. Examina los hechos. Investiga.

Solo entonces podremos ver.

«No lo que tu enemigo ve y espera que veas —escribió Marco Aurelio—, sino lo que hay en realidad».

Este es el enemigo



En la raíz de casi cualquier miedo está lo que los demás pensarán de nosotros. Es paralizante. Falso. Distorsiona el tejido de la realidad: nos hace comportarnos de formas tan irracionales y cobardes que resulta difícil de describir.

«Mucha gente no se atreve a quitarse la vida por miedo a lo que dirán los vecinos», dijo una vez Cyril Connolly en broma. Nos importa tanto lo que piensen los demás que les tenemos miedo aunque no estemos presentes para saber qué cuentan.

La paradoja, claro, es que casi todo lo nuevo, lo admirable, lo bueno, se ha hecho a pesar de las enérgicas objeciones del *statu quo*. La mayoría de lo que ahora se valora ha sido despreciado en su creación o adopción por personas que ahora fingen que eso nunca ha ocurrido. A menudo no tenemos la capacidad o la disposición necesaria para ver que sus objeciones no son más que un bache que hay que superar.

En 1970, Frank Serpico puso fin a la corrupción en el departamento de Policía de Nueva York. En ese momento, otro policía honrado le felicitó. «Pero ¿por qué no me has apoyado? —le preguntó Serpico—. ¿Por qué no hablaste cuando necesitaba que me ayudases?». «¡¿Qué?! —contestó el hombre—. ¿Y convertirme en un marginado como tú?».

¡Pues sí! ¿Cuál era la alternativa? ¿Dejar que sus compañeros de trabajo extorsionasen a las personas a las que habían jurado proteger? ¿Dejar que

colaborasen con los delincuentes de los que tenían que proteger a esas personas?

La gente prefiere ser cómplice de un delito a decir lo que piensa. La gente prefiere morir en una pandemia a ser el único con mascarilla. La gente prefiere aguantar en un trabajo que detesta a explicar por qué lo deja para hacer algo menos seguro. Prefiere seguir una tendencia absurda antes que atreverse a cuestionarla; perder los ahorros de toda una vida por culpa del estallido de una burbuja es menos doloroso que parecer tonto por mantenerse al margen mientras esta crece. Prefiere aceptar algo que mancillará su legado a alzar la voz y arriesgarse a quedarse solo o apartado, aunque solo sean diez minutos.

Qué bien haríamos al recordar el consejo de Cicerón —que fue blanco de mofas por sus orígenes de nuevo rico, sus esfuerzos sinceros y su afición al lenguaje florido— sobre la afición de la gente a hablar, rumorear y mirar de reojo. «Que otros se preocupen por lo que dirán de ti —declaró—. Lo harán de todas formas».[3]

No puedes permitir que cunda el pánico; nadie ha hecho algo importante sin cabrear a los demás. No ha habido cambio que no haya sido recibido con recelo. No ha habido movimiento que no haya sido objeto de burla. No ha habido empresa innovadora cuyo fracaso no se haya vaticinado a voces.

Y jamás ha habido un momento en el que la opinión general de gente anónima deba valorarse por encima de nuestro juicio ponderado.

Siempre son menos de los que imaginas



La carrera militar de Ulysses S. Grant había empezado hacía poco. El joven soldado estaba realizando un largo viaje por el este de Texas. Las provisiones habían comenzado a escasear. Uno de sus hombres estaba enfermo. Un caballo había muerto.

En territorio peligroso, a merced de los indios y los forajidos, además de los elementos, al tener que recorrer los ciento diez kilómetros hasta Corpus Christi para que no los declarasen ausentes sin permiso, Grant y otro hombre partieron solos, apurados y vulnerables, con infinidad de arroyos y ríos que cruzar en un territorio hostil lleno de espesos matorrales y serpientes de cascabel.

Ah, y lobos: los dos hombres oyeron «el más espantoso aullido de lobos». No vieron nada a través de la alta cebadilla, pero no había duda de que la manada estaba cerca. Próxima, hambrienta y dispuesta, como Grant escribió, a «devorar a nuestra partida, caballos incluidos, de una sentada». El soldado quiso dar la vuelta; de hecho, rezó para que su compañero lo propusiese; ansiaba huir para ponerse a salvo.

El otro oficial, un poco más curtido y experimentado que Grant, sonrió y siguió adelante. «Grant, ¿cuántos lobos crees que hay en esa manada?», le preguntó. Grant no quería parecer tonto ni cobarde, de modo que trató de restar importancia a la amenaza que tanto le asustaba. «Oh, unos veinte», contestó con una indiferencia que delataba su palpitante corazón.

De repente, Grant y el oficial se encontraron con la fuente del sonido. Allí, descansando con maliciosa seguridad, había solo dos lobos. Turbado por un peligro desconocido, no se le había pasado por la cabeza cuestionar las palpitaciones de su corazón ni las extrapolaciones de su mente.

Cuatro décadas más tarde, tras toda una vida dedicada al servicio público y la política, Grant contaría que pensaba en ese incidente cada vez que se enteraba de que un grupo cambiaba de rumbo por culpa de las críticas, o cuando alguien se planteaba abandonar por las escasas probabilidades de éxito o de un enemigo invisible. La lección en esas situaciones, concluía, era la siguiente: «Siempre son menos de los que imaginas».

Los obstáculos, los enemigos, los críticos no son tan numerosos como crees. Es una ilusión que quieren endosarte.

También había otra lección. ¿Qué crees que hicieron los lobos cuando vieron que Grant y su compañero se acercaban y no se daban la vuelta asustados? Huyeron.

En 1861, Grant era teniente coronel del ejército de la Unión, y recibió la orden de avanzar contra un ejército confederado capitaneado por el coronel Thomas Harris en Missouri. Pese a no ser la primera vez que entraba en combate, a pesar de haber aprendido una lección de esos lobos, Grant volvió a sentir miedo.

El campo había sido despejado en un radio de cuarenta kilómetros. No había un alma a la vista, como si se avecinase una tormenta y nadie quisiera ser sorprendido al raso.

Una vez más, a Grant se le aceleró el corazón, que le subió más y más por el pecho, según dijo, hasta que se le alojó en la garganta. «En ese momento habría dado lo que fuera por estar en Illinois —escribió—, pero no tuve el coraje moral para detenerme y decidir qué hacer».

Cuando más asustado estaba y pensaba que no podría atacar, luchar ni

experimentar el fragor y el terror de la batalla, llegó a la cima de una colina en la que esperaba toparse con el enemigo.

Pero había desaparecido. Había huido al oír que Grant y sus tropas se acercaban.

«Enseguida se me ocurrió que Harris había tenido tanto miedo de mí como yo de él —escribiría Grant—. Era una perspectiva que nunca había adoptado, pero que jamás olvidaría. Desde ese episodio hasta el final de la guerra no experimenté temor al enfrentarme a un enemigo, aunque siempre sentía más o menos inquietud. Nunca olvidé que él tenía tantos motivos para temer a mis fuerzas como yo para temer a las suyas. Fue una lección muy valiosa».

La noche es oscura y está llena de terrores. En la vida nos enfrentamos a muchos enemigos.

No obstante, debes tener algo claro: no son ni de lejos tan formidables como tu mente te hace creer.

Ya sea el miedo que sientes al acercarte a un famoso en una fiesta, al hablar con tus hijos de sexo o al pedirle un aumento a tu jefe, la realidad es que ambas partes están incómodas, si no asustadas. La inquietud es mutua.

Estás sobrevalorándolos… y ellos te sobrevaloran a ti.

¿Crees que el que te entrevista para un puesto de trabajo quiere hacerlo? ¿Que le entusiasma hacerte esas preguntas? No, él también tiene miedo de fastidiarla. El director arisco el primer día de rodaje, el sargento instructor con un nuevo grupo de reclutas, el directivo que negocia tu contrato… El halo de seguridad que todos irradian es una ilusión. Están tan nerviosos como el resto. También fingen.

Y cuando te enfrentes a ellos descubrirás que no hay tanta desigualdad como esperabas.

Un poco de vigilancia, un poco de empatía, no nos hace blandos. Nos da

confianza.

Ahora vemos la realidad. Los demás están más asustados que nosotros.

Pero ¿y si…?



Lo que tememos, lo desconocemos.

Bueno, no exactamente.

Se cierne amenazante, pero lejano en el futuro. O está en nuestro estómago dando vueltas y más vueltas, pero aun así vago e indefinido.

Tememos que pase algo malo. Que las cosas no salgan bien. Las consecuencias. Lo que piense la gente.

Pero ¿qué, dónde, cuándo, cómo y quién? No podemos responder a esas cuestiones porque nunca las hemos tenido en cuenta. No hemos identificado qué nos preocupa. Nuestros miedos no son concretos; son sombras, ilusiones, refracciones que captamos o que atisbamos de manera fugaz.

Eso se tiene que acabar. Aquí. Ahora.

El emprendedor y escritor Tim Ferriss ha hablado del ejercicio de «definir los miedos»: determinar y expresar las pesadillas, inquietudes y dudas que nos frenan. En realidad, esa práctica se remonta a los estoicos. Séneca escribió sobre la *premeditatio malorum*, la meditación intencionada sobre los males con los que podemos encontrarnos.

«El exilio, la guerra, la tortura, el naufragio —dijo Séneca—, todos estos conceptos humanos deben estar en nuestra mente». No en forma de miedo, sino de conocimiento. ¿Qué probabilidades hay de que se den? ¿Qué puede provocarlos? ¿Cómo nos hemos preparado para lidiar con ellos? Para Séneca, los golpes inesperados son los más duros y dolorosos. Esperando,

definiendo, lidiando con lo que puede ocurrir, lo hacemos menos temible y peligroso.

«¡Imagínate que los pozos de petróleo se agotasen!», se decía John D. Rockefeller como ejercicio para no dormirse en los laureles. Por eso amasó su fortuna al actuar con audacia durante los repetidos pánicos financieros del siglo XIX.

Napoleón creía que un comandante debía preguntarse varias veces al día: «¿Y si el enemigo apareciese ahora delante, a la derecha o a la izquierda?». Como imaginarás, el objetivo no era poner nervioso a su general. Era asegurarse de que estaba preparado.

Sin embargo, nos preocupa demasiado «tentar al destino» o «emitir malas vibraciones» al poner en práctica esa forma de liderazgo concienzudo. De hecho, el cometido de un líder es pensar en lo impensable. Durante más de doscientos años, distintos líderes militares han tenido su propia versión de esta máxima: la única falta imperdonable de un oficial es que lo pillen por sorpresa. Que diga: «No pensaba que eso fuese a pasar».

Tenemos que cultivar el coraje necesario para analizar lo que nos da miedo. Nos da miedo hablar con ese atractivo extraño del otro lado de la habitación. Pero ¿por qué? ¿Qué consecuencias puede tener abordarlo? ¿Hacer el ridículo? ¿Ser rechazados? No queremos hablar claro, pero ¿por qué? ¿Porque nos podrían criticar? ¿Porque, en el peor de los casos, podríamos tener que buscar un nuevo empleo? Pero ¿acaso no estábamos planteándonos ya cambiar de trabajo? ¿Porque podríamos morir o podrían matarnos? ¿Como podría pasarnos cada vez que subimos a un avión, cada vez que cruzamos una calle, cada vez que nos despertamos en la piel de un frágil ser mortal?

También tenemos que cultivar el coraje para pensar en todo lo que podría ocurrir, aquello que nos desagrada pensar, lo insólito, lo inesperado, lo

improbable. No solo se trata de aliviar la inquietud que nos produce una incertidumbre exagerada, sino de hallar certeza en las incógnitas: los factores de riesgo, lo que nos acecha de noche, los planes del enemigo, lo que puede salir mal y lo hará.

Nada humano debería sernos ajeno. Nada posible debería extrañarnos.

Douglas MacArthur resumió todos los fracasos de la vida y la guerra en dos palabras: «Demasiado tarde». Demasiado tarde para prepararse, demasiado tarde para entender las intenciones del enemigo, demasiado tarde para conseguir aliados, demasiado tarde para que los líderes intercambien datos, demasiado tarde para correr en auxilio de los necesitados. Demasiado tarde para concretar nada, para dejar de contar, como aprendió a hacer Grant, o para prepararse para la aparición del enemigo, como advirtió Napoleón.

¿Un poco deprimente? Quizá. Pero mejor ser pesimista y estar preparado. Aristóteles dijo que los optimistas son los más vulnerables, porque «cuando el resultado no es el esperado, huyen».

Espera lo peor para rendir mejor.

Cuando el miedo se ha definido, se puede vencer. Cuando lo malo se describe, se puede comparar con lo bueno. Cuando se cuentan los lobos, hay menos de los esperados. Las montañas resultan ser toperas, y los monstruos resultan ser simplemente hombres.

Cuando nuestros enemigos se humanizan, es más fácil entenderlos. Lo que considerábamos unos costes increíbles resultan ser unos cálculos precisos: unos cálculos que vale la pena hacer. Las recompensas, descubrimos, superan los riesgos. Los cisnes negros aparecen, y es posible prepararse para su llegada. Los ataques que hemos previsto se pueden rechazar. El espectro de posibilidades se reduce, y el alcance de la ley de Murphy se estrecha.

Un miedo vago basta para desanimarnos; cuando más lo analizamos, menos poder tiene sobre nosotros. Por eso debemos atacar esas premisas erróneas y extirparlas como los cánceres que son.

Teníamos miedo porque no sabíamos. Éramos vulnerables porque no sabíamos.

Pero ahora sabemos.

Y gracias a esa conciencia podemos avanzar.

No dejes que las dificultades te desanimen



Séneca se preparó para todas las posibilidades y dificultades de la vida. Pero bajo ningún concepto pensaba que las experimentaría todas.

La guerra. El naufragio. La tortura. El destierro. Todo… Además de la tuberculosis. La pérdida de un hijo. La locura de Nerón. Los maldicientes críticos.

Por una parte, debía considerarlo un cúmulo de desgracias. Por otra, sabía que las circunstancias lo estaban convirtiendo en la persona que estaba destinado a ser.

«No es gloria vencer al que sin peligro se vence —escribió—. En Mucio experimentó el fuego; en Fabricio, la pobreza; en Rutilio, el destierro; en Régulo, los tormentos; en Sócrates, el veneno; en Catón, la muerte. Nada halla ejemplos grandes si no es la mala fortuna».

No te preocupes por si todo será difícil. Porque lo será.

Antes bien, piensa que eso te ayudará. Por eso no tienes que temer.

Nuestros cardenales y cicatrices se transforman en una armadura. Nuestros esfuerzos se convierten en experiencia. Nos hacen mejores. Nos han preparado para este momento, igual que este momento nos preparará para uno que está por venir. Son el aderezo que hace que la victoria sepa tan dulce.

Si fuese fácil, cualquiera podría hacerlo. Y si cualquiera pudiese hacerlo, ¿qué valor tendría?

Es difícil. El riesgo es una característica, no una traba.

Nec aspera terrent. Que no te asusten las dificultades.

Sé como el deportista que sabe lo que consigue con un duro entrenamiento: músculos más fuertes.

«No hay nada mejor que la adversidad —dijo Malcolm X—. Cada derrota, cada desilusión, cada pérdida, contiene su semilla, su lección sobre cómo mejorar en el futuro».

¿Cómo podrías fiarte de ti si no hubieses pasado por más dificultades que a la que te enfrentas ahora? ¿Cómo podrías creer que serías capaz de sobrevivir a esto si no hubieses sobrevivido antes?

Es lo más increíble de los gladiadores del Coliseo. ¿Has pensado que muchos eran voluntarios? Querían comprobar si tenían agallas. Para existir, todos necesitamos adversarios y adversidades. «La abundancia y la paz engendran a los cobardes —escribió Shakespeare—. La necesidad es siempre la madre del valor».

No es malo que te esté pasando esto. Es un entrenamiento. Además, no todo el mundo tendría la fuerza para verlo de esa forma.

Este momento es una prueba. Es bueno que ocurra ahora, no en el futuro, porque gracias a haberlo vivido hoy serás mejor en ese momento. ¿Lo entiendes?

Preferirías que todo fuera más fácil. Te gustaría no tener que arriesgarte. Ojalá el paso no pareciese tan peligroso. El que habla es el miedo.

Es bueno que sea difícil. Desanima a los cobardes e intriga a los valientes.

¿Entendido?

Céntrate en lo que tienes delante



Cuando el general Demóstenes despertó, descubrió que estaba a punto de ser atacado por tierra y por mar.

Sobrecogía. Daba miedo. Se asustó. Sus hombres se asustaron.

E hizo lo único que podía. Se puso manos a la obra para defenderse del ataque.

Llevó a sus hombres a la orilla y les dedicó un discurso del que ahora todos podemos beneficiarnos cuando nos enfrentamos a un problema grave, tal vez imposible:

«Soldados y compañeros en esta aventura —dijo—. Espero que en el trance en el que nos encontramos a ninguno se le ocurra demostrar su ingenio calculando todos los peligros que nos acechan, sino que os apresuréis a enfrentaros al enemigo sin quedaros a contar las posibilidades de sobrevivir, viendo en ello vuestra mejor baza para poneros a salvo. En emergencias como la nuestra, el cálculo está fuera de lugar; cuanto antes se haga frente al enemigo, mejor».

Se podría decir que el miedo es lo único que tenemos en común. Todos sentimos inquietud, preocupación, dudas, estrés. De niños a reyes, de soldados a padres, todos lo sentimos en momentos importantes y cotidianos.

¿Eso nos ayuda? ¿Catalogar los miedos y problemas? ¿Dejar que el miedo cobre importancia? ¡No!

«La vida ya es demasiado arriesgada como para considerar cada peligro

aislado», escribió Robert Louis Stevenson. Es mejor ponerse manos a la obra. Enfrentarte tarde o temprano a lo que debes.

«No te confunda la imaginación de la vida entera —dijo Marco Aurelio —. No abarques en tu pensamiento qué tipo de fatigas y cuántas es verosímil que te sobrevengan; por el contrario, en cada una, pregúntate: ¿qué es lo intolerable y lo insoportable de esta acción?».

Pero ¿a quién le decía eso?

A sí mismo. El hombre más poderoso del mundo, dueño de un enorme imperio, al mando del ejército más temible, estaba inquieto y tenía miedo.

¡Pues claro! La peste. Una amenaza en la frontera. Un golpe palaciego. Un hijo problemático. La vida le sorprendió.

No importa quién seas; quizá tengas algo de lo que preocuparte. ¿Y nos ayuda esa preocupación? No. Nos distrae y nos obsesiona. Nos sume en pozos de dudas e inseguridad, nos conduce por funestas fantasías de extrapolación y predicciones. Costes cognitivos que nos distraen de la tarea que tenemos entre manos.

El poeta Wilfred Owen lo expresa de una manera maravillosa desde las trincheras de Francia en 1916:

> *Felices los que pierden la imaginación:*
> *ya cargan bastante con la munición.*

Cuando nos imaginamos de todo, cuando no dejamos de dramatizar, nos desanimamos y tenemos más miedo. ¿Y si nos centramos en lo que tenemos que llevar a cabo y lo hacemos? Estamos demasiado atareados para preocuparnos, demasiado atareados trabajando.

Aquí y ahora ya tienes suficiente. Por eso los estoicos hablaban de confiar en las «primeras impresiones». Lo que ves a simple vista. Lo que hay. No lo que algún día puede o no estar relacionado.

Esa llamada que tienes que hacer. Ese talón que tienes que firmar. Esa cuerda floja por la que tienes que andar, esa multitud contra la que tienes que arremeter.

Es suficiente. Demasiado, incluso.

Durante su primer paseo por el espacio, el astronauta canadiense Chris Hadfield se quedó ciego del ojo izquierdo. El derecho le lagrimeó y se le congeló. Se sumió en una oscuridad absoluta, al borde de un abismo todavía más negro. Más adelante diría que la clave en esas situaciones es recordarse: «En este momento podrías emprender seis acciones que contribuirían a mejorarlo todo». Y aunque vale la pena recordarlo, como él dijo: «No hay problema tan grave que no puedas empeorar». Olvidamos que todas las energías que gastamos temiendo empeorar la situación no las invertimos en mejorarla.

Tanto si son seis acciones como cinco —o sesenta y cinco—, lo importante es lo que tienes delante. Cuanto antes mejor, como dijo Demóstenes.

Entonces ¿cómo puedes obrar bien si tu mente está en otra parte? ¿Si te preocupa cómo va a reaccionar fulanito? ¿Si ya estás preparándote para el fracaso? ¿Si ya te has aferrado a todos los motivos por los que te parece una mala idea?

La respuesta es simple: no puedes.

¿Cómo concilias la decisión de no agobiarte por el mañana con la preparación mental para lo que podría pasar, para todas las posibles situaciones? Séneca, que inspiró el ejercicio de definición de miedos de Tim Ferriss, dijo que lo hacemos por un motivo, y no es la inquietud.

> Razona en momentos de dificultad; puede suavizar lo duro, ampliar lo estrecho y aligerar lo pesado, si se sabe llevar.

Es un equilibrio delicado, pero se puede alcanzar.

Nunca dudes del coraje

de otro hombre



Mientras James Baldwin reflexionaba sobre la muerte de su padre, un hombre al que amó y odió, se le ocurrió que solo había visto su exterior. Bajo sus fracasos como padre, latía oculta una lucha interna que nadie ajeno puede llegar a entender. Por eso los versos que el pastor pronunció en el funeral de su padre le afectaron tanto:

> Sabes de la caída de este hombre, pero ignoras su batalla.

Es muy fácil juzgar.

Es muy difícil saber.

Saber lo que está viviendo otra persona. Saber cuáles son sus razones. Con qué riesgos trata de lidiar y a quién y qué trata de proteger.

Hay una anécdota interesante sobre Nikita Jruschov, de cuando ya era líder de la Unión Soviética. Sobre el escenario, mientras se dirigía al Politburó, denunció los crímenes del régimen de Stalin. Un miembro pasó una nota anónima a la parte de delante de la sala. «Sí —ponía—, pero ¿dónde estabas tú entonces?».

Le costó responder, hizo una pausa y acto seguido dijo: «Donde tú estás ahora».

Es decir, entre el público. Anónimo. Sin hacer nada. Como el resto.

No sabemos por qué alguien se acobardó, por qué se equivocó, no consiguió algo. Es difícil que la gente entienda que su sueldo depende de que ellos no entiendan. No somos conscientes del alcance de la lucha y de la carga bajo la que los demás se doblegaron. Debemos procurar no criticarlos, pues nunca podremos valorar su experiencia.

Lo que sabemos es que en muchas parcelas de nuestra vida el miedo nos frena, nos ciega, nos quebranta.

Es complicado: las personas pueden ser atrevidas y valientes en una faceta de su vida y exhibir una cobardía extrema —normalmente de tipo moral— en otra. Porque las personas compartimentan. Porque racionalizamos.

Esa batalla contra el miedo es una actividad a tiempo completo. Nadie la gestiona tan bien que pueda dedicarse a supervisar cómo lo hacen los demás, antes o ahora. Lo máximo que podemos hacer es aprender de nuestros iguales, tanto del pasado como del presente, y aplicar sus lecciones a nuestra vida.

Si hubieses vivido la esclavitud o el imperialismo, si hubieras presenciado el auge del antisemitismo en Europa o nacido en la Rusa soviética o en la China de Mao, ¿qué habrías hecho? ¿Habrías podido oponerte a las corrientes de tu época? ¿Habrías sido lo bastante valiente como para pensar de forma independiente? ¿Habrías sido capaz de resistirte a todos los incentivos y las normas culturales del momento y liberar a tus esclavos, aceptar a tu hijo gay o apoyar los derechos de las mujeres?

El miedo es el voto indeciso de esas respuestas.

Nadie puede saber cómo sería habitar una época y un lugar distintos, con creencias distintas, compartidas por todas las personas conocidas y por todo lo leído en la vida. Pero a la vez está claro: ¿qué habrías hecho tú? Como dijo Jruschov, habrías hecho lo mismo que haces hoy.

No te molestes diciéndote: «¿Qué haría yo en su lugar?». Pregúntate: «¿Qué estoy haciendo ahora?».

En tu vida. Con tus miedos.

Tarde o temprano, la gente se doblegará. Sé consciente de ello. La gente tendrá problemas. Como diría Epicteto gracias a la empatía cultivada durante treinta años de esclavitud, hasta que no conocemos los motivos de otra persona, no sabemos que ha actuado mal.

Tampoco tenemos ni idea de lo aterrados que estaban los valientes. «Solo en la lavandería sabían lo asustado que estaba», dijo Louis Zamperini al reflexionar acerca de su estancia como prisionero de guerra en el campo de prisioneros japonés de Naoetsu. Por suerte, el miedo no pudo con él —al menos no del todo, o públicamente—, pero estuvo a punto. No juzgues y no serás juzgado.

¿Significa eso que no hay que exigir cuentas a nadie? ¿Por actuar o por no actuar? Claro que no. Solo quiere decir que tenemos bastante con lo nuestro. Metámonos en nuestros asuntos. Dediquémonos a lo que importa, no a censurar ni a investigar a los demás.

Los vagos de Washington… Los burócratas de Bruselas… Los idiotas del sector empresarial. Sí, son unos cobardes. Pero ¿y tú? ¿Qué estás haciendo?

Si vamos a acusar a alguien de cobardía, que sea en silencio, con el ejemplo.

No pierdas ni un segundo en dudar del coraje de otro hombre. Solo sométete a ti mismo a ese escrutinio.

La capacidad de acción es una verdad efectiva



En 2007, la web *Gawker* reveló la homosexualidad del inversor del sector tecnológico Peter Thiel en un vejatorio artículo que hacía escarnio de su vida personal. Como Thiel era un hombre muy reservado, no es de extrañar que le desagradase ser el centro de atención. Silicon Valley, creía el empresario, era un lugar cuya grandeza radicaba en su capacidad para aceptar a bichos raros y personas complicadas. ¿Cómo sería un mundo en el que a nadie se le concediese el beneficio de la duda? ¿En el que las tendencias sexuales de alguien se aireasen para el consumo público? ¿En el que cada idea nueva se sometiese a burla antes de darle una oportunidad?

Cuando Thiel planteó esas preguntas a unos amigos durante una cena, casi todos, incluidas personas muy poderosas, le dijeron que no se podía hacer nada al respecto. Por muy injusto y desagradable que fuese, lo que le había pasado no era ilegal. Por tanto, era inevitable. Además, *Gawker* se había librado de un centenar de demandas recurriendo a bulos. Habían hecho llorar y suplicar clemencia a sus adversarios.

«No puedes hacer nada».

Te han dicho eso por el mismo motivo que se lo dijeron a él: es una forma educada de decirle a alguien que lo deje.

Como Thiel —y otras muchas personas— hizo caso a esas palabras, acabaron cumpliéndose. A pesar de su brillantez y su fortuna como primer inversor externo de Facebook, no creía que pudiera hacer algo al respecto,

así que no pasó nada. Aceptar que no tenía capacidad de acción ni poder se convirtió en una expresión del propio Thiel, en «una verdad efectiva».

Así son las cosas, tanto si eres multimillonario como una persona corriente, sin importar tu resistencia física o tu inteligencia. El miedo determina lo que es o no es posible. Si crees que algo da mucho miedo, te lo dará. Si crees que no tienes poder, no lo tendrás. Si no eres el capitán de tu destino, el destino será tu capitán.

Vamos por la vida de dos formas. Elegimos entre un par de verdades efectivas: tenemos la capacidad de cambiar nuestra situación o estamos a merced de ella. Podemos confiar en la suerte… o en la causa y el efecto.

Claro que el hecho de que creas que puedes hacer algo no quiere decir que sea así. Pero si no crees que puedes hacer algo, si te da miedo, es poco probable que puedas hacerlo. Ya sea volver a andar o inventar algo, si decides que no se puede hacer, no lo harás. Al menos, no serás el responsable de su éxito.

El gran jefe de la caballería ateniense, Jenofonte, una vez se encontró atrapado en medio de Persia entre diez mil soldados griegos sin líder. Intentó reunir a los hombres que habían empezado a perder la esperanza, paralizados por el miedo y la frustración. Esperaban el siguiente acontecimiento funesto, y les explicó la misma dicotomía. Según él, podían elegir entre dos actitudes. Una que decía:

«¿Qué será de mí?».

Y otra:

«¿Qué medida voy a tomar?».

Cientos de años más tarde, en el mismo territorio, el general James Mattis se lo recordó a sus tropas: «Nunca penséis que sois impotentes. Elegid cómo responder».

«El coraje escasea más que el genio», escribió Thiel en una ocasión. De

hecho, el miedo, la incertidumbre y los malos consejos acallaron su genio. A pesar de todo su dinero, de todos sus contactos, de todo su talento y sus recursos, se vio impotente.

Y por eso lo fue.

Como lo eres tú respecto a los problemas que hoy te desconciertan y te intimidan.

Ese es el poder de la capacidad de acción y de nuestra confianza en ella.

Nos asusta creer



Después de sobrevivir a los campos de exterminio nazis, el psicólogo Viktor Frankl confesó la sorpresa que le despertaba el «vacío existencial» que había invadido Europa y el hemisferio occidental. El bien se había impuesto al mal. La tecnología había triunfado en la batalla sobre la naturaleza y la necesidad, pero nadie estaba contento ni tenía esperanza. El mundo, dijo, había sido bombardeado espiritualmente.

No obstante, fueron sus experiencias en el holocausto las que impidieron que Frankl se dejase arrastrar por la desesperación. El psicólogo planteó una pregunta urgente a todas las generaciones futuras: «¿Por qué nos molestamos en sobrevivir a aquel horrible infierno si nada de eso tiene ahora sentido? ¿Qué os da derecho a ser tan cínicos?».

Ese insidioso fenómeno moderno sigue vigente. La gente cree que nada importa.

El vacío existencial que se abrió en el siglo XX sigue succionándonos en sus siniestras fauces. La religión, el patriotismo, la industria… Cada día que pasa, se debilita la fe colectiva en esos pilares de la humanidad. Solo tienes que fijarte en lo que nos decimos sobre la historia. ¿Decidimos vernos como los últimos descendientes de un largo linaje de valientes antepasados que han luchado contra viento y marea por un mundo mejor? ¿O somos los hijos bastardos de racistas, saqueadores y monstruos irredimibles? ¿Somos el futuro de la humanidad —el progreso— o una plaga sobre la tierra?

Poco a poco, nos hemos despojado de lo que antes nos mantenía vivos, nos orientaba hacia algo más elevado. «No existe el cielo. El Estado es cruel. La gente es terrible. La historia no es más que una crónica de grandes crímenes». Entonces ¿incluyes en esa lista la idea de que el individuo no tiene impacto alguno? ¿De que estamos a merced de fuerzas más grandes que nosotros, de que no podemos aspirar a dirigirlas ni oponernos a ellas?

Eso se llama nihilismo.

Luego nos preguntamos por qué nadie tiene coraje. ¿Qué sentido tiene?

Aunque triste, esta actitud es segura porque se basa en «hechos». Baja la apuesta. Elimina el juicio, la presión, la idea de que podemos defraudarnos a nosotros o a otra persona. Nos da la excusa para seguir como estamos, sin arriesgar, sin probar, sin ponernos en peligro.

Los estudiosos nos recuerdan que lo contrario de la *andreia* —«coraje» en griego— no es la cobardía. Es la *melancholia*. El coraje es un compromiso sincero con unos ideales nobles. Lo contrario del coraje no es, como algunos sostienen, el miedo. Es la apatía. Es el desencanto. Es la desesperanza. Es levantar las manos y decir: «¿De qué sirve?».

Si no creemos en nada, es muy difícil encontrar algo en lo que valga la pena creer. Hacemos realidad nuestro nihilismo, como cuando nos creemos la mentira de que no tenemos capacidad de acción; o que no podemos controlar lo que ha pasado, pero sí cómo reaccionamos. Si crees que no hay nada que hacer, es probable que no hagas nada.

Tú también serás nada. Una nada protegida que se justifica a sí misma.

«Hoy existe un tema tan tabú como la sexualidad en otro tiempo —escribió el novelista Nicholas Mosley—, y es hablar de la vida dándole un sentido».

Queremos vivir en un mundo de gente valiente, queremos ser valerosos… ¡y nos asusta hablar de ello por miedo a parecer ridículos!

Los valientes no desesperan. Creen. No son cínicos, se preocupan. Creen que hay cosas por las que vale la pena morir; que existen el bien y el mal. Saben que en la vida hay problemas, pero prefieren formar parte de la solución que ser espectadores.

«¡La vida es real! ¡La vida es seria!», escribe Longfellow en su famoso salmo.

Sin embargo, el hecho de decirlo —y no digamos creerlo— requiere cierto coraje.

La seriedad no es fácil. Al menos, no tanto como el miedo y la duda.

Tenemos que insistir en que todo tiene un sentido: nuestra vida, nuestras decisiones, quiénes somos. ¿Cuál es ese sentido? Lo que hacemos. Las decisiones que tomamos. El impacto que buscamos.

Y lo creemos a pesar de todos los escépticos y las pruebas que demuestran lo contrario. Porque sabemos que estamos llamados a hacerlo realidad.

No te dejes intimidar



Helvidio Prisco, el senador romano, recibió la orden del emperador Vespasiano de no comparecer en el Senado.

Era un requerimiento que recibía mucha gente. El de no hacer más preguntas. El de dejar de curiosear. El de tener mucho cuidado si no querían verse envueltos en algún lío inesperado.

¿Qué pretendía Vespasiano? No lo sabemos. Tal vez quería imponer alguna ley para encubrir uno de sus crímenes. O quizá solo deseaba evitarse un quebradero de cabeza. Sabía que en Roma la intimidación frenaba a todo el mundo.

—Puede impedirme ser miembro del Senado —contestó Helvidio—, pero mientras lo sea, debo entrar.

—Bueno, entra entonces —concedió Vespasiano sorprendido—, pero no digas nada.

—No me pida la opinión —le dijo Helvidio— y guardaré silencio.

—Pero debo pedir la opinión del Senado —repuso Vespasiano, cada vez más enfadado.

—Y yo debo decir lo que creo que es correcto —replicó Helvidio.

La amenaza de muerte fue inevitable:

—Si no te detienes, si dices lo que te he pedido que calles —advirtió Vespasiano agitando la muñeca, haciendo señas a las tropas de asalto pretorianas situadas detrás de él—, te mataré.

Aunque la mayoría nunca recibiremos un ultimátum tan explícito, la dinámica es la misma. Quieren que acatemos las normas. Que nos quitemos de en medio. Que no removamos nada. Si no…

¿La táctica dará resultado? ¿Qué nos hará pasar por alto?

Por desgracia, da resultado, incluso con los poderosos. Helvidio formaba parte de un grupo selecto, y la mayoría de sus miembros optaban por bajar las orejas. Hoy también se da esta situación. A los senadores les preocupa perder el contacto con el poder. Los millonarios evitan la polémica para que no los excluyan del foro de Davos o del club de campo al que pertenecen. Los artistas, antaño transgresores, ahora complacen a sus mecenas y críticos.

Incluso a los todopoderosos les resulta más fácil seguir la corriente para progresar. En *Julio César*, de Shakespeare, uno de los hombres de César le pregunta qué excusa cortés quiere presentar para no ofender a las élites de Roma. «¿César enviar una mentira? —dice pensativo en tercera persona—. ¿He extendido tan lejos las conquistas de mi brazo para no atreverme a decir la verdad a unos ancianos?».

No queremos ofender. No queremos problemas.

No queremos perder nuestra posición. Ni nuestro poder. Ni nuestra pensión. Ni nuestros privilegios. Nos decimos que podemos andar en la cuerda floja.

De modo que mentimos. O transigimos. O, peor aún, agachamos la cabeza.

Es el miedo el que hace eso, el que nos convierte en lo que Churchill consideraba uno de sus adversarios políticos: el «niño sin carácter».

Nadie quiere que lo echen. Nadie quiere que lo ataquen o que lo pongan en el punto de mira. Ha sido difícil llegar a la cima en la que estás, ¿y ahora te enfrentas a la idea de perderla? ¿O de dar un paso atrás? ¿No es

importante nuestra posición? ¿Cómo podemos ayudar a la gente si cabreamos a los poderosos? ¿No estaremos en un puesto mejor tras nuestro ascenso?

Sí, eso es importante, pero W. E. B. Du Bois tenía razón cuando afirmó que es «mejor estar orgulloso de uno mismo en un charco de barro que lamer botas en el salón».

El promotor del primer combate de boxeo por el título de Muhammad Ali intentó que el joven deportista renegase de la religión musulmana bajo amenaza de cancelar la pelea. «Mi religión es más importante que el boxeo», le dijo Ali. Estaba en juego todo lo que profesionalmente siempre había deseado —imagínate el miedo que debía de darle—, pero no se inmutó.

«¿Qué obtengo yo a cambio?» o «¿Qué pasará con mi posición si hablo?» no son las cuestiones que tenemos que hacernos. Debemos tener la fortaleza para preguntarnos: «¿Y si todo el mundo se portase así?», «¿Y si todos antepusiesen sus intereses?», «¿Y si todo el mundo tuviese miedo?».

«¿Qué mundo sería ese?».

No uno bueno. Y, desde luego, tampoco uno seguro.

Por ese motivo Helvidio miró a Vespasiano a los ojos sin miedo y le dijo: «Usted hará su parte, y yo la mía: la suya es matar; la mía, morir, pero no de miedo. La suya es desterrarme; la mía, partir sin dolor».

Al final fue expulsado; lo echaron de la sala, y más tarde fue ejecutado.

Perdió su trabajo. Perdió su vida. Dos de las cosas que más tememos perder.

Sin embargo, mientras las tuvo, hizo un uso cabal de ellas.

Todo crecimiento es un salto



Habían pasado tres décadas y media, pero Benjamin Rush aún tenía grabada en la mente la sensación que experimentó al firmar la Declaración de Independencia. Ninguno de los presentes en la sala la olvidó jamás.

«¿Recuerdas el silencio tenso y horrible —escribió a John Adams en la vejez— que impregnaba la cámara cuando nos llamaron, uno tras otro, a la mesa del presidente del Congreso para firmar lo que muchos creían que eran nuestras sentencias de muerte?».

Cuando estampas tu firma, te juegas el cuello.

Solo *a posteriori* podrían haber sabido que tendrían éxito. Solo entonces habrían parecido clarividentes, valerosos y fuertes. En su día, Rush acababa de cumplir treinta años. Se estaba embarcando en la experiencia más peligrosa de su vida.

Pero lo hizo.

En el cuento *La llave de oro*, de George MacDonald, el Viejo del Mar enseña a un niño la realidad del mundo: que no existe progreso sin riesgo. Levantando una piedra enorme del suelo de una cueva, enseña al muchacho un agujero que no parece tener fin.

—Ese es el camino —dice.

—Pero no hay escalera —contesta el niño.

—Debes lanzarte dentro —le indica el viejo—. No hay otro modo. Da miedo, pero es la única forma.

A Tiger Woods le habría encantado seguir con su viejo *swing* en lugar de reinventar su forma de jugar al golf, pero las cosas no funcionan así. La primera vez que lo hizo estaba asustado, y la segunda, la tercera y la cuarta.

Todo crecimiento es un salto al vacío. Si te da miedo, jamás harás nada que valga la pena. Si te dejas asesorar por tus miedos, nunca darás el paso, nunca saltarás.

Las veces que podríamos haber dicho algo. Las apuestas que podríamos haber hecho. La gente que podríamos haber conocido. Las lecciones que se podrían haber aprendido. Las batallas que habríamos ganado.

¿Y si todo fuese certeza, y si hubiese un camino bien iluminado y definido? Si la vida fuera así, no haría falta coraje.

Habría estado bien que alguien le hubiese enseñado a Reed Hastings que el futuro de la televisión y el cine era el *streaming*, pero era imposible. Naturalmente, él sentía que sería el futuro. También tenía un negocio de envío de DVD por correo valorado en miles de millones de dólares. Para aprovechar la tendencia al alza del primero, debía arriesgar el segundo. Tenía que saltar al vacío sin red, enfrentándose a los analistas y críticos, y a sus propias dudas, como ha tenido que hacer todo líder y emprendedor de éxito que ha conseguido algo en la historia.

Nadie puede asegurarte que tu plan dará resultado. Nadie puede confirmarte cuál será la respuesta a tu pregunta. Nadie puede garantizarte que llegarás a casa con vida. Ni siquiera pueden decirte hasta dónde llega el agujero.

Si pudiesen hacerlo, si no diese miedo, todo el mundo lo haría. Entonces no haría falta que tú lo hicieses, ¿no?

El cobarde espera la escalera que nunca llegará. Quiere saber qué posibilidades tiene. Quiere tiempo para prepararse. Quiere garantías. Espera

una prórroga. Está dispuesto a renunciar a lo que sea para conseguirlo, incluido este momento propicio que no se repetirá jamás.

«Prefiero morir diez veces en el mar anunciando el camino a un nuevo mundo —nos recuerda Florence Nightingale— que quedarme de brazos cruzados en la orilla».

Y encontró un nuevo mundo. Imagínate las muertes innecesarias que habría habido si no lo hubiese conseguido. Imagínate que no hubiese tenido el valor para dar el salto.

Estás aquí por un breve periodo de tiempo. En este planeta. En este trabajo. En la piel de alguien joven y soltero. Lo que sea. ¿Cómo quieres pasarlo? ¿Como un cobarde?

Si el miedo es uno de los motores de tu vida, teme lo que te perderás. Teme lo que pasará si no actúas. Teme lo que pensarán de ti más adelante por no haber arriesgado casi nada. Piensa en lo que dejas en la mesa. Piensa en el terrible coste de apostar poco.

El miedo que sientes es una señal. Si la vida nunca te exige coraje, vives una vida aburrida.

Ponte en una situación que te exija saltar.

No temas tomar decisiones



Dean Acheson estuvo presente, dijo maliciosamente, en la creación. O, mejor dicho, en la recreación, cuando se construyó un nuevo orden mundial a partir de los restos de la Segunda Guerra Mundial. Fue subsecretario de Estado a las órdenes de George Marshall, y luego secretario de Estado para Harry Truman. Ya jubilado, ejerció como asesor de John F. Kennedy y de Lyndon Johnson.

Allí presenció algunos de los acontecimientos más cruciales y tensos de la historia de Estados Unidos. El plan Marshall. El bloqueo de Berlín. La crisis de los misiles de Cuba. La guerra de Vietnam. Son situaciones de gran estrés en las que los débiles desfallecen y los fuertes sobresalen, en las que lo único que separa el mundo del caos y la destrucción es el coraje de un buen liderazgo. En las que la cobardía no solo puede ser vergonzosa, sino que amenaza la vida de millones de personas.

«En lo más alto —observó Acheson— no hay elecciones fáciles. Las elecciones siempre son entre dos males, cuyas consecuencias son difíciles de juzgar».

Eso es lo que nos da miedo. Tomar la decisión equivocada. Meter la pata. Las posibles consecuencias involuntarias.

¿Y esto?

¿Y lo otro?

¿Y si me equivoco? ¿Y si la gente no está de acuerdo? ¿Y si pasa esto

otro?

¿Debes quedarte?

¿Debes irte?

¿Debes decir algo? ¿Debes probar así o asá?

¿Y si no funciona?

Muchas opciones. Pocas fáciles. Ninguna clara. Todas dan miedo, te atormentan, como dijo Shakespeare, «como una visión o como un horrible sueño».

Nos decimos que estamos pensando, que estamos sopesando las opciones, que estamos haciendo progresos.

Sin embargo, lo cierto es que estamos paralizados por el miedo. Desbordados por las opciones. Por las dudas. Por el pánico a equivocarnos. Y lo que hacemos es deprimirnos.

Nos decimos que son opciones, cuando en realidad se trata de parálisis por análisis.

Y mientras, alguien progresa.

Hay una anécdota sobre un rey espartano que estaba cruzando Grecia. Al entrar en cada nuevo país, enviaba mensajeros para preguntar a sus dirigentes si debía tratarlos como amigos o como enemigos.

La mayoría de las naciones se decidían rápido y elegían la amistad. Pero un rey quiso evaluar sus opciones porque le daba miedo comprometerse. Lo pensó y lo pensó y lo pensó… hasta que decidieron por él.

«Que lo considere, pues —dijo el rey espartano frustrado—, mientras seguimos adelante».

Como dice la canción de Rush, «incluso si optas por no decidir —aunque aplaces la resolución—, ya has decidido». Estás votando por el *statu quo*. Estás votando por dejar que ellos decidan. Estás votando por renunciar a tu capacidad de acción.

«Lo que más teme la cobardía —dijo Søren Kierkegaard— es tomar una determinación, porque enseguida disipa la niebla».

Lo que temes son las consecuencias. No dejas de meditar con la esperanza de tener la posibilidad de aplazarlas.

Si no eliges, ¿puedes perder? Por supuesto. Pierdes el momento. Pierdes el impulso. Pierdes la capacidad de mirarte al espejo.

No puedes anteponer tu seguridad



Mientras Julio César trataba de derrocar la República romana, cuyas instituciones le estorbaban, Cicerón, su eterno rival, parecía pensar sobre todo en sí mismo. En la vida y en la guerra, diría Cicerón más adelante, «uno debe elegir el bando más fuerte y considerar el camino seguro como el mejor».

En lugar de luchar para proteger el país al que tanto tiempo había servido, se limitó a esperar para ver cómo se revolvía sola aquella situación. Cuando César ganó, Cicerón estaba allí para elogiarlo, e incluso censuró el panegírico que había dedicado a sus amigos caídos para no ofender al nuevo dictador. Cuando César fue asesinado y estalló otra guerra civil en Roma, Cicerón comprobó de qué lado soplaba el viento antes de hacer lo correcto.

Puede que pienses que gracias a eso Cicerón siguió con vida, pero he ahí la ironía. De todas formas, no tardaría en morir a manos de dos sicarios de Marco Antonio. ¿Y si hubiese sobrevivido? De todas formas, su carrera habría terminado, pues ya había perdido toda credibilidad. Murió de forma patética, y no solo perdió la vida, sino muchísimas posibilidades de haberse convertido en un héroe.

Sí, podemos distanciarnos y dejar que los problemas se solucionen solos. Podemos esperar para escoger un bando o un ganador. Tal vez valga la pena. Tal vez la historia nos exonere.

Tal vez.

Pero en el fondo lo sabrás. El miedo deja mancha.

«No ha habido aventura noble —nos recuerda Theodore Roosevelt— llevada a cabo por un hombre que piense primero en su seguridad».

Hay cosas peores que morir. En primer lugar, vivir con lo que nos hemos visto obligados a hacer para seguir vivos. Lamentar la oportunidad perdida de haber sido un héroe. La horrible existencia de un mundo gobernado por cobardes.

Cuando lo citaron ante un juez blanco para pedirle explicaciones por un polémico sermón que había pronunciado, el pastor y pionero de la lucha por los derechos civiles Vernon Johns podría haberse disculpado. Podría haber cedido. Podría haberse defendido y haber prometido que nunca criticaría la segregación ni el racismo. Era lo prudente… y, según la lógica ciceroniana, quizá la decisión correcta. En cambio, miró al juez a los ojos y dijo: «En el Sur, adondequiera que voy, el negro se ve obligado a elegir entre su pellejo y su alma. La mayoría de las veces elige su pellejo. Voy a decirle que su pellejo no vale la pena».

El miedo habla con la convincente lógica del egoísmo. También es un mentiroso empedernido.

La supervivencia que promete, el confort que asegura proteger, ¿es real? ¿Cuán seguro estás de ello?

Somos seres frágiles. Eso nada puede cambiarlo. Si crees que caer bien a gente mala es una baza segura, eres tonto. Nada puede garantizar el futuro por el que estás dispuesto a aplazarlo todo. Este instante, el presente que estás desaprovechando —ya sea la oportunidad de hacer algo arriesgado y divertido, o la llamada a embarcarte en algo terrible pero justo— es lo único que tienes.

Nos gusta pensar que podemos llevar una vida extraordinaria tomando

decisiones ordinarias, pero no es verdad. De hecho, las decisiones ordinarias —seguras, recomendadas por los expertos, las que nadie critica — nos hacen increíblemente vulnerables en momentos de caos y de crisis.

Conviene recordar que la mayoría de la gente muere en la cama. ¡Levantarse y mantenerse activo es menos peligroso!

«Es arriesgado tratar de forjar el futuro de los negocios», ha escrito el estratega Peter Drucker, pero no intentarlo es aún más arriesgado. Porque acabará ocurriendo: alguien lo intentará, y entonces estarás donde menos te conviene, o como mínimo en la retaguardia. Y perderás la iniciativa.

La vida es arriesgada. Como dijo el poeta Dylan Thomas, cada día es «siempre precario». Por mucho que los empresarios se cubran las espaldas, no podrán cambiarlo. Por mucho que te escondas, no podrás protegerte de lo que te asusta. Somos fugitivos de la ley de probabilidades, estamos marcados para la muerte desde que nacemos. Cuando lo asumes, no puedes dejar de sentirte valioso, no puedes dejar de preocuparte por cada peligro, por todo lo que puede salir mal.

Qué más da. Solo es una gota en el mar, otro punto en la evaluación de riesgos que, como seres mortales, ya está por las nubes.

Toda certeza es incierta. No estás a salvo. Nunca lo estarás. Nadie lo está. Anteponiendo la seguridad a todo, nos ponemos en peligro. De que nos olviden. De mantener siempre las distancias. De ser cómplices.

¿Cómo lidiarás con el peligro?

Nadie puede decirte qué será de ti. Pero afírmate con coraje: «No estoy seguro, pero saldré adelante con el alma intacta. Pondré al mal tiempo buena cara. No tendré miedo».

El miedo te está enseñando algo



En 1901, Theodore Roosevelt dudó antes de invitar a Booker T. Washington a cenar en la Casa Blanca. Era la primera vez en la historia de Estados Unidos que un hombre negro era convidado por el presidente en funciones.

Dudó porque estaba asustado. Le horrorizaba lo que pensasen sus parientes del Sur; tenía miedo de lo que dijesen los periódicos, temía que los votantes racistas le abandonasen, perder apoyo en el Sur, que le costase las elecciones. Un presidente en funciones —el hombre que condujo al regimiento de los Rough Riders en una carga suicida, que cazaba osos, que había vencido una enfermedad que provocaba parálisis en la infancia, que había superado la depresión y la tristeza y un millón de obstáculos más— tenía miedo de lo que pensase la gente.

Era una situación que asustaba. Como rezaría el titular de la portada del *The New York Times* al día siguiente: «El pueblo de Washington, en general, condena la violación de un precedente por parte del presidente: la campaña de Maryland se debilita».

¡Condenado en general!

Sin embargo, al final, el miedo fue el motivo por el que Roosevelt decidió seguir adelante con la invitación.

«El hecho de que por un momento dudase en invitarlo por el color de su piel me hizo avergonzarme de mí mismo —escribió Roosevelt en una carta

a un asesor en derechos civiles— y me urgió a enviar la invitación. Al final, me alegro mucho de habérselo pedido porque el clamor que despertó el acto me hizo sentir que era algo necesario».

Ninguna norma es perfecta, pero esta funciona: nuestros miedos nos apuntan como una flecha en dirección a lo correcto. Una parte de nosotros sabe lo que debemos hacer, pero otra nos recuerda las consecuencias inevitables. El miedo nos alerta del peligro, pero también de la oportunidad. Si no diese miedo, todo el mundo lo haría. Si fuese fácil, no implicaría crecimiento. Ese matiz de supervivencia es el pitido del detector de metales al activarse. Puede que hayamos encontrado algo.

¿Lo ignoramos? ¿O cavamos?

El miedo aboga por la indecisión; siempre tiene un motivo para no hacer algo y por eso rara vez lo hace. Si de vez en cuando no experimentamos esa indecisión, debemos darnos cuenta de que no nos estamos esforzando lo suficiente.

Por otra parte, imagina la indecisión de Booker T. Washington. Estaba poniendo en riesgo el precario apoyo de sus donantes sureños blancos. Estaba asestando una patada a un nido de violentos avispones. «Tendremos que matar a mil negros —dijo el senador Benjamin Tillman— para volver a enseñarles cuál es su sitio».[4]

Sin embargo, Washington acudió a la cita. Impávido. Impertérrito. La sobrina de Roosevelt, Eleanor, recomendaría después «hacer lo que no puedes». Casi siempre coincide con lo que debes. Cuando algo te dice que te está vedado. Cuando alguien te dice que te arrepentirás de tu decisión. Cuando la boca del estómago te hace vacilar.

«¿Qué pensarán nuestros clientes?». «¿Y si nuestra competencia lo utiliza contra nosotros?». «¿Y si no da resultado?». «¿Se enfadará la gente conmigo?».

Que se vayan todos a la porra.

Decide declarar. Decide jugártelo todo en la nueva empresa. Corre el riesgo creativo. Decide responder al correo electrónico del periodista. Decide decir aquello que no te atreves.

Dicen que no hay que dejarse asesorar por los miedos, pero quizá sea precisamente eso lo que debamos hacer.

Debemos escucharlos con atención para hacer justo lo contrario.

Lo que da más miedo es ser tú mismo



En los años sesenta, Frank Serpico era el bicho raro del departamento de Policía de Nueva York. Era de ascendencia italiana; la mayoría de los agentes tenían antepasados irlandeses. Llevaba el pelo largo. Le gustaba la ópera y el ballet. Residía en el Village, mientras que casi todos sus compañeros de trabajo vivían en tranquilas zonas residenciales. Tenía un gran perro pastor blanco y llevaba chalecos, cuero y toda clase de ropa extraña.

Y eso cuando no iba de incógnito. No era raro que Serpico se presentase en el trabajo con elaborados disfraces caseros para atrapar a los delincuentes de la calle, aunque se negaban a ascenderlo a detective de paisano.

Era el bicho raro.

Menos mal.

Un fiscal que trabajaba con Serpico se quejó de que era un hombre difícil. Él le recordó que si hubiese sido un poco menos difícil y hubiera estado un poco más dispuesto a agradar al resto de los miembros del departamento, la fiscalía no habría conseguido ningún proceso contra la corrupción.

Cada uno de nosotros somos originales por naturaleza. Antes de nacer, nuestro ADN no existía en el planeta. Nadie ha vivido jamás nuestras experiencias. Pero ¿qué hacemos con ese legado? Lo rechazamos.

Decidimos no ser nosotros mismos. Decidimos seguir la corriente, no llamar la atención.

Es increíble pensar que a los agentes del departamento de Policía de Nueva York les resultaba más fácil aceptar sobornos que ser honrados, pero era así. Dar la cara habría supuesto destacar. Suponía convertirse en un blanco. Suponía ser distinto y, por lo tanto, quedarse solo.

Nos conformamos por miedo. No hacemos lo correcto por miedo. Nos callamos. Ni siquiera queremos que los demás sean ellos mismos porque eso nos hace sentir incómodos.

Difícil. Excéntrico. Impredecible. Liante. ¿Gay? ¿Un rarito? Ese es el tipo de apelativos que abundan en los expedientes recopilados por J. Edgar Hoover, la KGB o la Gestapo. Así es como a los cobardes les gusta llamar a los valientes que los desafían. O cuya existencia representa una amenaza para sus regímenes ilegítimos o sus injusticias.

Nosotros también murmuramos esos epítetos cuando nos avergüenza la libertad de otras personas que tienen la seguridad necesaria para ser ellos mismos.

Es un equilibrio delicado que esperamos que alcance la gente. Queremos que todo el mundo esté en el mismo equipo. Queremos que apoyen la cultura dominante. En el ejército, se espera que los soldados vistan igual y que lleven el mismo corte de pelo. Queremos que la gente haga lo que se le dice, que siga las instrucciones…

Y luego esperamos que, de algún modo, florezca el libre pensamiento, que caigan del cielo nuevos inventos e ideas, y que la gente muestre extraordinarios actos de sacrificio y coraje. Como si eso pudiese existir en un mundo de conformidad.

La presión quiere limar las asperezas, reducir la resistencia… o ya veremos. «¿Ya veremos qué?», debemos preguntarnos. «Si un ejército

acampa contra mí —reza el versículo 3 del Salmo 27—, mi corazón no tiembla; si me declaran la guerra, me siento tranquilo».

No importa quién ni cuántos te ataquen; tienes que ser tú mismo.

Con seguridad. Con autenticidad. Con valentía.

Es irónico que una pionera del feminismo como Florence Nightingale criticase a las mujeres que intentaban «ser como los hombres». Sed vosotras mismas, quería decir: no necesitamos que nadie imite a otro ni que rechace instintivamente a alguien. Todos nos enfrentamos a las expectativas y los estereotipos de la gente. Nos oponemos a ello y, al mismo tiempo, recordamos el consejo de Séneca: no necesitamos enfrentarnos a la multitud en cada mínimo aspecto. No necesitamos ser diferentes porque sí: la rebeldía engreída puede ser su mecanismo de defensa. Pero si por fuera nos parecemos a los demás, más vale que por dentro todo sea distinto. Que seamos quienes queremos, como en el fondo sabemos que debemos ser.

Porque el coraje de ser distinto es el coraje de pensar de forma diferente, de ver lo que los demás no ven, de oír lo que los demás no oyen. No por casualidad muchos denunciantes de prácticas ilegales y muchos artistas han sido bichos raros. Su rareza les ha permitido ver lo que el resto de la gente no podía ver.

Sé policía. Sé soldado. Sé filósofo. Sé otro músico de la larga tradición del rock. Coge a alguien de la mano. Pero asegúrate de que sigues siendo tú mismo. De que no dejas que el miedo te haga callar ni te reprima. De que no haces lo mismo que los demás solo porque ellos lo hacen.

Sé original. Sé tú mismo. Ser alguien ajeno a ti es de cobardes.

No dejes que la opinión de los cobardes influya en lo que piensas o haces. El futuro depende de ello.

La vida transcurre en público. Acostúmbrate



Jerry Weintraub quería ser actor.

Consiguió entrar en la escuela de arte dramático Neighborhood Playhouse. Fue alumno de Sandy Meisner. Uno de sus compañeros de clase era James Caan. Hay una explicación para que hayas visto películas protagonizadas por James Caan, pero ninguna por Jerry Weintraub: el miedo.

O, mejor dicho, la otra identidad del miedo: la vergüenza.

Cuando les dijeron que debían comprarse ropa para una clase de danza —impartida nada menos que por Martha Graham—, Jerry y James fueron a una tienda de Broadway. Mientras se probaba los leotardos, el primero, un chico duro del Bronx, echó un vistazo al espejo y supo que bajo ningún concepto dejaría que lo viesen en público de esa guisa. James, que venía del mismo barrio, cuyo padre había sido carnicero y que también se consideraba un tipo duro, se miró al mismo espejo. Él no dejó que la timidez le venciese.

Como escribió Rich Cohen: «Aquello marcó la diferencia, el momento de la verdad. Jimmy Caan se puso las zapatillas y los leotardos, de modo que su nombre figura, por ejemplo, como Sonny Corleone en *El padrino*. Jerry Weintraub, sumido en una vergüenza lógica y decorosa, no se puso las

zapatillas ni los leotardos, de modo que su nombre aparece acreditado en las películas como productor».

Uno sería nominado para un Oscar, el otro presentaría *Karate Kid*. Los dos tendrían éxito, pero solo uno hizo realidad aquel antiguo sueño común; uno fue capaz de plantarse con atrevimiento y valentía delante de la cámara, y de conquistarla.

Aunque la mayoría no nos ganaremos la vida en la gran pantalla, todos tenemos que enfrentarnos a esa reticencia a que nos vean. El miedo a lo que piensen los demás, a la vergüenza o la incomodidad, no es el mismo miedo que refrena a un hombre de entrar en combate, pero es una limitación, una falta de coraje que nos priva de nuestro destino.

No hay cambio, tentativa ni proyecto que no resulte extraño a alguien. Prácticamente no hay logro posible sin llamar la atención de alguien sobre tu persona. Apostar por ti supone arriesgarte al fracaso. Hacerlo en público supone arriesgarte a la humillación.

Cualquiera que trata de salir de su zona de confort tiene que saberlo.

Sin embargo, preferimos morir a sentirnos incómodos.

El cómico Jerry Seinfeld comentó una vez que la gente tiene más miedo de hablar en público que de la muerte. Por increíble que parezca, eso significa que, en un funeral, una persona prefiere estar en el ataúd a pronunciar el panegírico.

En la antigua Roma puede que no hubiese mejor orador que Craso, famoso por sus brillantes discursos y sus procesos contra los corruptos y los malvados. Al menos eso pensaba su público. Nadie habría dicho, como más tarde él mismo reconoció, que al principio de cada discurso «siento un temblor que me recorre el pensamiento, por así decirlo, y las extremidades». Incluso ya siendo un maestro, vacilaba; sentía que una inquietud y un miedo abrumadores le invadían antes de salir a escena.

Al principio de su carrera era aún peor. El político reconoció su deuda y gratitud eternas a un juez que, en una de las primeras apariciones públicas de Craso, se dio cuenta de lo «descorazonado e incapacitado por el miedo» que estaba el muchacho, y aplazó la audiencia a una fecha posterior. Podemos imaginarnos las misericordiosas palabras del juez, que perdonó a Craso, como él deseaba, como nosotros hemos deseado miles de veces, o en caso contrario esperaba caer redondo y morir antes de tener que continuar.

Sin embargo, no estaríamos hablando de Craso si no hubiese superado ese miedo.

¿Habría preferido ejercer la abogacía desde la intimidad de su estudio? Claro, como seguramente a Serpico le habría gustado vestirse como le diese la gana sin que le dijesen nada. La vida es así. Le dan igual nuestras preferencias. De vez en cuando tendrás que quedarte solo. Si ni siquiera puedes hacerlo para dar una charla, ¿cómo conseguirás el coraje necesario para hacerlo cuando sea importante?

Te pones los leotardos. Superas el miedo escénico: el que persiste incluso después de dominar el arte de hablar en público. Subes al estrado. Das la mala noticia a los empleados que están allí reunidos. Aprendes a dejar de centrarte en lo que ellos piensan. Si no lo consigues, nunca harás algo original. Tienes que estar dispuesto no solo a apartarte del rebaño, sino a ponerte delante de ellos y a decir lo que piensas o sientes. Por algo se llama «vida pública».

No se puede tener éxito en privado.

Resulta irónico, dirían los estoicos, que a pesar de nuestro egoísta interés por nosotros mismos, parece que valoramos más la opinión que despertamos en los demás que la nuestra. El esclavo liberado Epicteto dijo: «Si quieres mejorar, confórmate con que te consideren despistado o bobo». ¿Te ves capaz? No te quedará más remedio.

Cuando huimos para sentirnos cómodos, para no llamar la atención, para ponernos al fondo de la sala en lugar de en los primeros puestos, estamos huyendo de la oportunidad. Cuando cedemos al miedo, cuando dejamos que este decida lo que haremos y lo que no, renunciamos a mucho. No solo al éxito, sino también a la realización personal.

¿Quiénes podríamos ser si no nos importase ruborizarnos? ¿Qué podríamos lograr si nos diese igual ser el centro de atención? ¿Si fuésemos lo bastante duros como para ponernos los leotardos? ¿Si estuviésemos dispuestos no solo a fracasar, sino a hacerlo delante de los demás?

¿Qué tradición elegirás?



Imagínate el terror absoluto de la existencia para los hombres de la Antigüedad. Imagínate lo que era traer un niño al mundo con una tasa de supervivencia de menos del 50 por ciento. Imagínate lo que era estar a merced de los reyes y los elementos, haber sobrevivido a crisis, desastres, guerras y hacer frente a las preocupaciones de una existencia incierta.

¿Y qué hacían con todo eso?

Seguían adelante. A pesar de todo, continuaban.

La gente que cruzó puentes de tierra a nuevos continentes, que reconstruyó viviendas tras los incendios, que se ciñó armaduras y entró en combate, que exigió derechos inalienables a sus gobiernos, que desafió a multitudes, que en mitad de la noche escapó de la esclavitud o de la falta de oportunidades, que exploró las fronteras de la ciencia… esa gente, directa o indirectamente, al final te creó a ti. Su sangre corre por tus venas. Su ADN está mezclado con el tuyo.

Aunque no vengas de una familia famosa. Aunque pertenezcas a una minoría perseguida, provienes de guerreros y supervivientes. «Provienes de un duro linaje campesino —explicó James Baldwin a su sobrino—, hombres que recogieron algodón, represaron ríos, construyeron ferrocarriles y, pese a las adversidades más aterradoras, lograron una inexpugnable y monumental dignidad».

¿Provenía también de gente que había tenido miedo? Por supuesto. Todos

descendemos de ellos. Pero decidimos qué tradición vamos a seguir.

«Os recordaré los riesgos que corrieron vuestros antepasados —dijo Jenofonte a sus temerosos hombres, atrapados en Persia— para que sepáis que no solo os conviene ser valerosos, sino que también, con la ayuda de los dioses, los valientes se salvan hasta de los más terribles peligros».

Debemos recordar que la historia no está hecha de cuentos, sino de carne y hueso. Gente de verdad, gente como tú —no mejor, y desde luego no más sana que tú—, se enfrentó al destino, recibió los golpes del azar y contraatacó lo mejor que pudo. Fracasó, cometió errores, fue abatida, pero sobrevivió. Sobrevivió lo suficiente para poner en marcha los acontecimientos que hoy nos hacen avanzar. En algunos casos, son nuestros padres en sentido literal; en otros, figurado.

También hubo cobardes, pero a esos podemos eliminarlos del árbol genealógico.

Cuando tenemos miedo, podemos mirar a los que nos precedieron. Podemos visitar los monumentos que erigieron. Podemos leer los documentos que escribieron. Porque esa es nuestra tradición.

Nos han pasado el testigo. ¿Lo aceptamos?

«Cuando ya no sea ni siquiera un recuerdo, solo un nombre —puedes oír decir a una anciana Florence Nightingale, en un registro fonográfico en el ocaso de su vida—, espero que mi voz perpetúe la gran obra de mi vida».

No tengas miedo de pedir



El personal de emergencia sabe que su deber es correr hacia la explosión mientras los demás huyen. Un padre sabe que sus intereses y necesidades están por detrás de los de sus hijos. Las personas siempre alegres saben lo mucho que los demás buscan en ellas humor y esperanza.

Pero ¿saben esas personas que ellas también pueden pedir ayuda?

Y tú, ¿lo sabes?

¿O te da miedo?

Los estoicos siempre fueron fuertes. Y valientes. Cumplían con su deber sin quejarse ni titubear. Soportaban la carga con coraje, y aguantaban gustosos la de los demás si era necesario. Pero es un error pensar que eran sobrehumanos, que nunca sufrían, que nunca dudaban, que nunca necesitaban nada. Tenían que pedir ayuda —como la pedimos todos— cuando la necesitaban.

Y tampoco les daba miedo hacerlo, porque a veces es lo más heroico y valiente que podemos hacer.

«No te avergüences de que te ayuden —escribió Marco Aurelio—. Tu deber es como el del soldado que sube a la brecha. ¿Qué harías si, víctima de la cojera, no pudieras escalar solo hasta las almenas pero te fuera eso posible con la ayuda de otro?».

Exacto. ¿Qué harías?

Quieres que te echen una mano, no que te den limosna. Quieres consejo.

No quieres que te eximan de tu responsabilidad. Te dejas curar las heridas para volver al combate. No dices lo que piensas para despertar lástima ni compasión, sino para que a otro no le pase lo mismo. No pretendes conseguir una ventaja injusta. Estás aprovechando las oportunidades y los presagios pensados precisamente para la situación en la que te encuentras.

Durante años, el adicto ha tenido miedo de pedir ayuda y de reconocer su impotencia. Durante años, el ejecutivo ha estado sentado detrás de su mesa bregando con el síndrome del impostor, temiendo preguntar si alguien más se sentía del mismo modo. Durante años, la madre ha estado deprimida en casa, a disposición de sus hijos, temiendo solicitar que alguien estuviese también a su disposición. Durante años, el veterano se ha callado el dolor, ha ocultado el verdadero precio de su heroísmo, temiendo parecer débil.

Tememos abrirnos. Nos da miedo compartir. No queremos que alguien sepa cómo nos sentimos… y por eso todos nos sentimos más solos. Cuánta fuerza hace falta para rechazar ese miedo. Cuánto dolor genera la incapacidad o la negativa a hacerlo.

Cuando el alumno hace una pregunta, ¿qué pasa? Aprende algo que no sabía. Cuando el amigo le revela uno de sus puntos débiles a otro, ¿qué pasa? Que la amistad se fortalece. Cuando el empleado admite que tiene demasiadas labores, ¿qué pasa? Se contrata a un nuevo trabajador, y la empresa gana eficiencia. ¿Y cuando alguien tiene el coraje de hablar de algo vergonzoso que le han hecho? La sociedad se ve impulsada a actuar. Alguien puede ayudarle a detenerlo.

A veces la mera petición es un gran avance. El reconocimiento desactiva algo en el interior de la persona. Ahora tenemos la suficiente fuerza para resolver el problema.

Somos tan malos como los secretos que guardamos. Estamos a merced de

miedos que no nos atrevemos a expresar, paralizados por ideas preconcebidas que nos negamos a poner a prueba.

Es normal necesitar una pausa. Es normal necesitar una mano amiga. Necesitar consuelo, un favor, perdón, lo que sea. ¿Necesitar terapia? ¡Adelante! ¿Necesitar hacer borrón y cuenta nueva? ¡Claro! ¿Necesitar apoyarse en el hombro de alguien? ¡Faltaría más!

No conseguirás nada de eso si no lo pides. No conseguirás lo que te da miedo reconocer que necesitas. Pídelo ahora, en este preciso instante, cuando aún tienes el coraje. Antes de que sea demasiado tarde.

Estamos juntos en esta misión. Somos compañeros. Pide ayuda. No solo es valiente; es lo correcto.

Cuando vamos más allá...



El miedo antes de entrar en combate es una reacción emocional común. Es el último paso de la instrucción, ese no saber […] En ese momento demostrarás que eres un buen soldado. Esa primera batalla —esa batalla contigo mismo— se pasará. Entonces estarás listo para luchar contra el enemigo.

Army Life, manual, 1944

El miedo tiene una razón de ser.

Una lógica. Si no, desde el punto de vista fisiológico, no existiría. Anteponer la supervivencia a todo lo demás tiene una ventaja: tiende a mantenerte vivo.

Sin embargo, no debemos preguntarnos si el miedo tiene alguna utilidad. Claro que la tiene. Lo que debemos preguntarnos es cómo sería el mundo si todos actuásemos siempre por miedo.

Conocemos la respuesta. Sería un infierno. La vida —si podemos imaginarla— daría aún más miedo.

Así pues, mientras que el hombre sensato se adapta al mundo, como dijo George Bernard Shaw, el progreso —la esperanza— depende del coraje del insensato. Es razonable tener miedo. Evitar el riesgo. Acomodarse. Instalarse. Egoísta, pero sin duda seguro.

Hay infinidad de expresiones y refranes que nos lo recuerdan: «Quien

mucho abarca, poco aprieta», «Déjate llevar por la corriente» o «No se puede luchar contra el sistema».

Sin embargo, si todo el mundo pensase así, si el miedo lo dominase todo, esas expresiones no solo se convertirían en verdades efectivas, sino que el bien nunca triunfaría sobre el mal, lo nuevo nunca se abriría paso a través del *statu quo*, y nada mejoraría.

No queremos eso. No hemos venido a este mundo a hacer eso.

Algunas personas sí, sin duda. Pero tú no.

Nosotros elegimos la voz que queremos escuchar. Elegimos si vamos sobre seguro, si renunciamos a la ambición, si tenemos miedo, si nos conformamos, si nos escondemos o si somos cínicos. Elegimos si nos liberamos de esos miedos, si vamos a nuestro aire, si nos asomamos por encima de la barandilla del estrecho puente y damos la vuelta… o si seguimos adelante.

¿Tener coraje? ¿Enfrentarnos al miedo? Es nuestra decisión. No tenemos por qué hacerlo.

Pero no podemos olvidar que todas las cosas buenas del mundo dependen de ello.

Lo que deseamos en la vida, lo que el mundo necesita, va más allá del miedo. El coraje es la llave de todo, si es que elegimos ponerlo en práctica.

SEGUNDA PARTE

Coraje



¡Oh, luchar contra grandes fuerzas superiores, desafiar con intrepidez a los enemigos!
¡Estar solo contra ellos, ver lo que uno puede aguantar!
¡Mirar cara a cara a las disputas, las torturas, las pasiones, los odios populares!
¡Subir al cadalso, avanzar hacia el cañón de los fusiles con perfecta indiferencia!
¡Ser realmente un Dios!

WALT WITMAN

El coraje es el manejo y el triunfo sobre el miedo. Es la decisión —en un momento de peligro, o un día sí y el otro también— de hacerse cargo, de intervenir en una situación, en ti, en el destino al que el resto se ha resignado. Podemos maldecir la oscuridad o podemos encender una vela. Podemos esperar a que alguien venga a salvarnos o podemos decidir plantarnos y actuar. ¿Por qué optaremos? Todos los héroes se enfrentan a

esta decisión. Es nuestro *discrimen*: el punto de inflexión decisivo. El momento de la verdad. ¿Serás valiente? ¿Te arriesgarás? ¿Qué carácter mostrarás? Si la cobardía es la incapacidad para cumplir con tu deber, el coraje es la decisión de dar un paso adelante y hacerlo. De responder a la llamada. De vencer el miedo y cumplir con tu destino. De hacer lo que no puedes porque debe hacerse… con fortaleza y brío, aunque no tengas ni idea de si lo conseguirás. No será fácil. Pero no podemos tener miedo. Como dijo Shakespeare, «asumamos las circunstancias tal como nos llegan». Nuestro destino está aquí. Cumplámoslo.

La llamada que respondemos...



Un solo hombre salvó Francia.

Charles de Gaulle consideró que valía la pena salvarla, y lo hizo él solo.

Mientras el país caía ante Alemania en junio de 1940, en tanto era invadido no solo por tanques, sino también por el miedo de unos líderes que rápida y discretamente negociaron la rendición con el peor agresor de la historia moderna, De Gaulle se subió a un pequeño avión con destino a Inglaterra.

Fue uno de los vuelos más aterradores de su vida. No solo porque podrían haberlo abatido fácilmente o capturado antes de despegar, ni porque muchos otros vuelos, incluido uno reservado a su familia, se saldarían con accidentes y la muerte de todos los pasajeros a bordo. «Me aparecí a mí mismo —reflexionaría sobre ese breve viaje de hora y media— solo y privado de todo, como un hombre en la orilla de un mar que esperaba cruzar a nado […] Sentía que una vida tocaba a su fin, una vida que había vivido en el marco de una Francia sólida y un ejército indivisible».

De Gaulle no era el líder electo de Francia. No tenía sangre real. Ni siquiera era su general de más alto rango. Por supuesto, era más que un simple ciudadano. Recién ascendido a general de brigada y subsecretario de Defensa, fue el único que recomendó al primer ministro que Francia debía volver del abismo luchando. Al mismo tiempo, era un simple hombre. Un hombre que no estaba dispuesto a rendirse ni a que lo hiciese su país.

De modo que no se rindió.

Poco después de cruzar el canal de la Mancha y aterrizar en Inglaterra, De Gaulle se reunió con Churchill, y al día siguiente se le ofreció la oportunidad de hablar por la BBC. No estaba al mando de un ejército, casi no tenía dinero, carecía de un plan y no contaba con la autoridad necesaria para tramar uno, pero de algún modo ganó.

Hay una frase que dice que «Un hombre con coraje forma una mayoría», y eso fue lo que pasó con De Gaulle.

«Les digo que nada está perdido para Francia —afirmaría en esa famosa emisión—. Los mismos medios que nos han vencido un día pueden darnos la victoria. ¡Francia no está sola! ¡No está sola! ¡No está sola!».

Sin embargo, estaba sola.

El discurso de De Gaulle iba dirigido a los miles de soldados franceses que habían sido evacuados por los británicos. Era un llamamiento para que luchasen con él, por su país. Pero la inmensa mayoría de ellos solicitaron que los repatriasen a casa, al régimen de Vichy instaurado por los nazis. El antiguo mentor y jefe de De Gaulle, el general Philippe Pétain —el gran héroe de Francia en la Primera Guerra Mundial—, colaboró con los alemanes y utilizó su reputación para legitimar el régimen. ¿De qué servía seguir luchando? ¿Quién podía detener la imparable marcha de Hitler?

Durante la prueba de sonido previa a la emisión por radio, De Gaulle había pronunciado una sola palabra: Francia. Más allá de la lógica y los hechos, creía en ese país. Creía que la rendición de Pétain era ilegítima. Ese era su norte, aunque más allá de la razón. Creía que Francia se podía salvar.

La realidad era dura: De Gaulle, su valiente esposa y su familia —que habían escapado sin ayuda—, y unos cuantos oficiales a los que Churchill decidió respaldar con el poder de Gran Bretaña era todo lo que quedaba de Francia…

¿Sería suficiente?

—En todo lo importante que ha hecho en la vida, ¿no fue usted siempre una minoría? —preguntó a De Gaulle, al final de su vida, el escritor y líder de la Resistencia André Malraux.

—Estaba en minoría, es cierto —contestó De Gaulle. Pero añadió—: Sabía que tarde o temprano dejaría de estarlo.

Napoleón, quizá el otro único héroe francés cuyos logros se pueden comparar con los de De Gaulle, dijo que «nada se pierde si se mantiene el valor». De Gaulle tuvo el valor de pedir el balón: de aceptar la carga del liderazgo sobre sus hombros, de resistirse a la desesperación y elegir, con ferocidad animal, el camino del guerrero, la senda de quien no está dispuesto a que lo dobleguen.

Como en nuestra época, a mediados del siglo XIX la gente ya no creía en la vieja teoría del gran hombre. ¿Podía alguien cambiar realmente el mundo? ¿Podemos influir en la realidad? ¿O debemos ceder a las abrumadoras fuerzas del tiempo y de la evolución?

«La intervención de la voluntad humana en una serie de acontecimientos tiene algo de irrevocable —había escrito De Gaulle antes de la guerra—. La responsabilidad ejerce tal presión que pocos hombres pueden soportarla solos. Por eso no basta con las mejores cualidades de la inteligencia. Sin duda, la inteligencia resulta de ayuda, y el instinto empuja al hombre, pero en última instancia una decisión implica un elemento moral».

Sin embargo, no podemos descartar el elemento físico. De Gaulle fue juzgado en rebeldía por el régimen de Vichy y condenado a muerte. En la última guerra, había resultado herido en múltiples ocasiones (incluyendo con bayoneta), había sido prisionero de guerra y había intentado escapar sin temor, sin descanso, poniendo su vida en grave peligro. Imagina también el coraje de su esposa para hacerse hueco en un barco, llevarse a sus tres hijos, incluida una con síndrome de Down, y ponerlos a salvo en Londres

mientras la ciudad estaba plagada de enemigos que la buscaban. En las siguientes décadas, De Gaulle y su mujer fueron víctimas de treinta graves tentativas de asesinato. Tras un atentado, con el coche ametrallado, las ventanillas hechas añicos y todos los neumáticos reventados, Yvonne salió ilesa, y muy tranquila preguntó por la compra que había guardado en el maletero. De Gaulle se burló de la puntería de sus asesinos diciendo: «Esa gente dispara como cerdos». Era una familia que dominaba el miedo, que estaba por encima de él.

Como sabemos que De Gaulle acabó triunfando, hemos preferido recordar a Francia como un país que resistió unido a sus ocupantes. Por desgracia, no fue así. Los franceses tenían miedo. Buscaron excusas. Analizaron las probabilidades y se dijeron que era inútil. Estuvieron dispuestos —sorprendentemente, en realidad— a aceptar la brida de Hitler y a unirse a la causa nazi con tal de retomar su vida lo antes posible. Los alemanes utilizaron mano de obra francesa para impulsar su maquinaria de guerra. Enviaron a morir a infinidad de judíos franceses.[5]

La cobardía de los demás brinda oportunidades al héroe. «Cuando la situación es grave y el peligro acuciante —escribió De Gaulle en la década de 1920—, una suerte de ola empuja al frente a los hombres de carácter». La situación era grave y acuciante para él, como lo sería para ti. Estaba listo para responder a la llamada. Es más, la transmitió a todo el que estuviese dispuesto a unirse a él.

Algunas personas huyen. Otras se plantan. Es así de simple.

En parte, el coraje de De Gaulle fue lo que motivó la Resistencia francesa. También ejerció de dedo acusador, implícito y explícito, de los compatriotas del general que no tuvieron el coraje necesario para luchar. Hitler mandaba a través del miedo. Alentaba lo peor de la gente como un demonio. Por eso De Gaulle era magnífico: él no prometía, solo exigía. «Tu

deber es resistir», decía. Nos llama un poder más elevado, una causa más elevada. Debemos liberarnos. Al final, unos cuatrocientos mil franceses y francesas se unieron a la resistencia y colaboraron al volar puentes, recopilar información, sabotear a sus invasores, salvar a gente de los campos, acabar con el enemigo y debilitarlo antes de que los aliados invadiesen el país.

Es lo que tiene el coraje: como el miedo, es contagioso. El compromiso de De Gaulle, su carácter impávido, unió no solo a Francia, sino al mundo entero detrás de él. Como escribió a su esposa René Pleven, uno de los primeros políticos franceses que se unieron a la causa de De Gaulle: «Te aseguro que cuando uno ve a todos los que han huido, se siente orgulloso de enfrentarse al peligro». Según una crónica británica: «El general De Gaulle simboliza esa Francia que no ha perdido la esperanza, que no se ha rendido. Él ha actuado en solitario».

En junio de 1944, más de dos millones de soldados aliados aterrizaron en Francia. En agosto, París fue liberado. Habían sido cuatro largos años en el desierto, una oscuridad que duró hasta un radiante amanecer. «¡París! ¡París ultrajado! ¡París roto! ¡París martirizado! ¡Pero París liberado! —dijo De Gaulle en su discurso de la victoria—. Liberado por sí mismo, por su pueblo, con la participación de las tropas de Francia, con el apoyo y la participación de toda Francia, de la Francia combativa, de la única Francia, de la Francia auténtica, de la Francia eterna».

Un periodista radiofónico que estaba entre la multitud destacó no solo la catarsis del momento, sino también su dramatismo en tiempo real. Porque aún no se había ganado la guerra. Las tropas enemigas estaban escondidas. Retumbaban los disparos. Sonaban explosiones. Pero De Gaulle restó importancia a todo eso.

«Es una de las escenas más dramáticas que he presenciado en mi vida —

informó casi sin aliento Robert Reid para la BBC—. Empezaron los disparos por todas partes […] El general De Gaulle quería controlar a las multitudes que entraban corriendo en la catedral. Se internó en lo que parecía ser una lluvia de fuego […] Pero siguió sin titubear, con la espalda erguida, y recorrió el pasillo central incluso cuando las balas silbaban a su alrededor. Fue el ejemplo de coraje más extraordinario que he visto en mi vida […] Había estallidos y fogonazos por todas partes, pero él parecía encantado de la vida».

Poco después De Gaulle desfiló por los Campos Elíseos con más de un millón de compatriotas franceses.

Había actuado en solitario hasta que, como ya había augurado, dejó de estar solo.

El coraje había triunfado sobre el mal. Un hombre había formado una mayoría.

Aun así, es imprescindible que entendamos que el coraje es más que la mera resistencia, más que la simple elección de Hércules entre el camino fácil y el difícil. Porque, al final, uno tiene que recorrer ese camino difícil.

Desde aquellos días de desesperación tras la caída de Francia, la travesía fue larga. Las emisiones por radio eran constantes; un estado creado en el exilio. Poco a poco, De Gaulle tuvo que recuperar con paso firme el control del vasto imperio de Francia. Tuvo que recaudar dinero, buscar generales, superar tácticamente a sus enemigos políticos y librar una batalla de relaciones públicas. Tuvo que consultar su estrategia a los aliados, y cuando no le preguntaban a él, daba puñetazos en la mesa, gritaba y armaba tal escándalo que se veían obligados a invitarlo a la mesa de negociaciones. Tuvo que retirar a los francotiradores al tiempo que celebraba la liberación.

«Lo que todo el mundo parece pasar por alto —diría De Gaulle— es la increíble mezcla de paciencia, de desarrollo gradual, de creatividad

obstinada, de preguntas engañosas, la vertiginosa sucesión de cálculo, negociaciones, conflictos y viajes que tuvimos que llevar a cabo para lograr nuestra empresa».

Esas características —todas ellas distintas formas de coraje— transformaron Francia, tras ser humillada, en una de las potencias victoriosas al final de la guerra. Francia «todavía existe», insistía De Gaulle. Y su valentía ayudó a demostrarlo. Se empeñó en crear un relato que garantizó la supervivencia de su país. Se negó a dejar morir a su gente antes de que le llegase la hora. Habló con tal seriedad de la grandeza de Francia que sus palabras se volvieron realidad.

¿Alguna vez De Gaulle fue egoísta? ¿Cometió errores? ¿Se granjeó enemigos? ¿Provocaba divisiones y polarizaba el ambiente? Desde luego. Sacaba de quicio a Churchill. Roosevelt lo miraba con recelo. Más adelante, como presidente de la Francia que él salvo, se volvió una figura irritante para toda clase de gente y de grupos, desde las Naciones Unidas hasta los dos bandos del conflicto de Argelia, pasando por Canadá después del infame discurso en el que dijo «*Vive le Québec libre*!», y un presidente de Estados Unidos tras otro: Truman, Eisenhower, Kennedy y Johnson. No hay duda de que era complicado trabajar con De Gaulle, que era difícil de controlar y casi imposible de intimidar. ¿Por qué crees que tanta gente intentó matarlo? Pero esa independencia, esa valentía, era la clave de su grandeza, como de casi toda grandeza.

«Piensan que tal vez no es fácil trabajar conmigo —dijo De Gaulle restando importancia a las críticas, como Serpico—. Pero si lo fuese, hoy estaría en el Estado mayor de Pétain». La clase de persona que va a su aire, que se niega a aceptar la derrota, que cree en su autoridad, que tiene el valor suficiente para afirmar su autonomía incluso arriesgándose a sufrir la

muerte o la disolución, no es la clase de persona a la que es fácil mangonear o forzar para que ceda.

Pero en realidad De Gaulle nunca estuvo solo cuando se enfrentó a Alemania. No solo porque contaba con aliados —como los británicos y los estadounidenses, a los que no siempre reconoció el mérito—, sino porque nadie que actúa con coraje está solo.

«Soy un hombre que no pertenece a nadie —dijo— y que pertenece a todos». De Gaulle creía que desempeñaba un papel en una gran historia, en una gran tradición. Junto a sus camaradas, no fue más que otro participante en la larga historia de Francia, «en la estela de los que han servido a Francia desde los albores de su historia —le dijo a la Francia Libre— precediendo a todos los que le servirán durante la eternidad de su futuro [de manera que un día] le digamos a Francia, como Péguy: "Madre, mira a tus hijos que han luchado por ti"».

Había emprendido el camino del héroe. Había respondido a la misma llamada que sus antepasados, la misma que tú también tienes la oportunidad de responder… si te niegas a tener miedo y cumples tu destino.

Churchill llamó a De Gaulle *l'homme du destin*: el hombre del destino. Cuando seguimos nuestro destino, cuando aceptamos lo que está destinado a ser nuestro, jamás estamos solos. Andamos junto a Hércules. Seguimos los pasos de los grandes. Nos guían Dios, los dioses, un espíritu, el mismo que guio a De Gaulle, Napoleón, Juana de Arco, Carlomagno y a todos los grandes hombres y mujeres de la historia.

El coraje puede obligarnos a quedarnos solos ante increíbles adversidades, incluso ante lo que nos parece el mundo entero.

Pero no debemos tener miedo porque no estamos solos cuando adoptamos esa postura.

Porque detrás de nosotros, como le pasó a De Gaulle, hay un gran

imperio.

Y debemos tener presente que si luchamos lo suficiente durante bastante tiempo, descubriremos que todo el mundo está con nosotros.

El mundo quiere saber



En 1937, Varlam Shalamov fue condenado a varios años de trabajos forzados en un gulag soviético.

¿Cuáles fueron sus delitos?

Los mismos que llevaron allí a la mayoría de las personas encerradas en esas pocilgas heladas: oponerse a un régimen totalitario. Simple mala suerte. Atreverse a criticar a las autoridades. No ser lo bastante comunista. No confesar, aunque eso difícilmente le habría salvado.

Allí estaba él, en uno de los sitios más siniestros en el que podía estar un ser humano, ¿y qué averiguó? Sobre la condición humana, bastante. «He descubierto que el mundo no debe dividirse en buenos y malos, sino en cobardes y no cobardes —escribió—. El 95 por ciento de los cobardes son capaces de los actos más viles, actos mortales, a la más mínima amenaza».

Cuando preguntamos por el coraje, no pensamos en él de la forma adecuada.

No nos corresponde preguntar.

Porque es a nosotros a quienes se nos formula la pregunta.

En la turbia y bella novela de Cormac McCarthy *Todos los hermosos caballos*, en el marco de una cárcel parecida a la que ocupó Shalamov, Emilio Pérez expresa esta pregunta a John Grady de la siguiente forma:

> El mundo quiere saber si tienes *cojones*. Si eres valiente.

El mundo te pregunta por tu coraje. A cada minuto. Tus enemigos quieren saberlo. Y tus obstáculos también.

Necesitamos saberlo. ¿Eres de los cobardes? ¿Se puede contar contigo? ¿Tienes lo que hace falta?

Séneca dijo que compadecía a los que nunca han experimentado la desgracia. «Atravesaste la vida sin adversario —dijo—; nadie sabrá de qué fuiste capaz, ni siquiera tú».

Por eso la pregunta es fundamental. El mundo quiere saber en qué categoría ponerte, de modo que te coloca en situaciones complicadas. No son inconvenientes ni tragedias, sino oportunidades, como preguntas a respuestas: «¿Tengo *cojones*?». O sin connotaciones de género: «¿Tengo carácter?», «¿Soy valiente?», «¿Voy a enfrentarme a este problema o huiré?», «¿Me plantaré o me rendiré?».

No se responde a esta pregunta con palabras, sino con actos. No en privado, sino en público.

Si tú no, entonces ¿quién?



Durante miles de años, los seres humanos se han visto obligados a plantearse otra famosa pregunta, una adaptación de un interrogante del rabino Hillel:

> «Si yo no, entonces ¿quién? Si ahora no, ¿cuándo, entonces?».

O en palabras de John Lewis:

> «Si nosotros no, entonces ¿quiénes?».

Debemos plantearnos esta pregunta. En uno de los episodios más siniestros de la guerra civil estadounidense, cuando durante meses sitió la ciudad de Petersburg —el único obstáculo que se interponía entre él y el capitolio confederado de Richmond—, Ulysses S. Grant dijo: «Es una tarea importante, y alguien tiene que llevarla a cabo». Implicó casi nueve meses de asedio contra un enemigo atrincherado y desesperado, pero Grant no desistió. No cejó. No se distrajo, no responsabilizó a otro ni fantaseó con una solución menos costosa.

No. Se quedó allí. Se plantó. Se impuso. Con la toma de Petersburg, en el momento oportuno hizo lo que muchos generales no consiguieron. A las

pocas semanas, el Sur se rindió. Había sido una ingente tarea, pero al enfrentarse a ella en vez de huir, terminó el terrible azote de la guerra.

En 1861, Oliver Wendell Holmes era el vástago de una rica y poderosa familia. Podría haber contratado a un sustituto para que luchase en su lugar en la guerra civil. Sin embargo, se alistó, combatió y estuvo a punto de morir en Gettysburg. Después de estudiar en la facultad de Derecho y de ejercer como abogado en un lucrativo bufete privado, consiguió un cómodo trabajo en Harvard que podría haber mantenido el resto de su vida, a salvo en la agradable burbuja del mundo de las ideas. En cambio, lo dejó —con un gran coste de dinero y relaciones— para aceptar un puesto de juez estatal porque creía que los abogados debían ir adonde se hacía la ley. Más adelante fue ascendido al Tribunal Supremo, donde ejerció infatigablemente hasta los noventa años: un récord en los tribunales.

«Creo que, como la vida es acción y pasión —escribiría Holmes—, es necesario que un hombre comparta la pasión y la acción de su tiempo so pena de que se juzgue que no ha vivido».

«¿Quién soy yo para acudir al faraón?», preguntó Moisés cuando le llegó la llamada del destino. La respuesta es la misma para él que para ti: «La persona adecuada para el trabajo adecuado».

Cada uno de nosotros es único. Grant lo fue. Holmes también. Nightingale y De Gaulle, otro tanto. Cada uno de nosotros tiene sus propias aptitudes, sus propias experiencias y conocimientos. Cada uno recibimos una llamada. Si no respondemos, privamos al mundo de algo. Nuestra falta de coraje va más allá de nosotros, afecta a la vida de los demás.

Porque si no adoptas a ese niño, ¿quién lo hará? Si no abres ese negocio, entonces ¿quién? Si no dices hoy esas dos palabras mágicas, ¿cuándo?

A lo mejor nadie, probablemente nunca. Y si alguien lo hace, no serás tú; será otra persona. No será tan buena. No será lo que tú puedes aportar.

El primer paso es creer que un individuo puede marcar la diferencia. El siguiente es comprender que tú puedes ser esa persona.

La preparación te hace valiente



Los demás son más valientes que tú por naturaleza? ¿O solo están más preparados?

«Los conocimientos ayudan», comienza el manual *Army Life* que el ejército de Estados Unidos repartió a cada uno de sus millones de soldados durante la Segunda Guerra Mundial. «Se deriva más bienestar mental —continúa—, más satisfacción personal, de saber cuál es tu sitio y tu papel en este ejército que de cualquier otra cosa que puedas hacer por tu cuenta. Si quieres, enfócalo de forma egoísta; aprende cuál es tu trabajo, porque saber cómo desenvolverte te hará sentir mejor. Saber tus deberes y obligaciones, tus derechos y oportunidades, algún día te hará más valioso para el ejército. Y a largo plazo eso también te proporcionará satisfacción personal».

Aunque el miedo se puede justificar, es más efectivo sustituirlo. ¿Por qué? Por competencia. Por entrenamiento. Por tareas. Por un trabajo que haya que realizar.

Eso es lo que le pasó al ejército romano en el 321 a. C., cuando quedó atrapado en las Horcas Caudinas. Cercadas en un paso angosto por árboles caídos con rocas encima en un extremo y por hombres armados en las alturas en el otro, las tropas quedaron bloqueadas, sin esperanza. Cuando comprendieron la magnitud del aprieto en el que se encontraban —rodeados por obstáculos insuperables por todos los lados y por un ejército atrincherado—, se quedaron paralizados de miedo. Cada hombre miraba al

de al lado pensando que quizá su compañero supiera qué hacer. ¿Cómo era posible que les hubiese pasado eso? ¿Qué se podía hacer? ¿Cómo sobrevivir?

Entonces un soldado sin nombre, anónimo, caído en el olvido, dio el primer paso para la construcción de fortificaciones. De forma instintiva, sin recibir órdenes, los demás lo siguieron. Sí, parecía absurdo levantar una empalizada, dado el carácter desesperado de su situación, pero hacer algo era mejor que nada. Dejaron que la instrucción recibida asumiese el control, y en ello hallaron consuelo y fuerza.

Era una forma de bienestar mental. Era algo con lo que ocupar el tiempo. Era su trabajo. Al ver esa extraña conducta, el enemigo empezó a burlarse y a mofarse de ellos. Los romanos también se rieron de su inútil faena, pero siguieron manos a la obra. En realidad, al fortificar sus posiciones, los romanos se fortalecieron a sí mismos. Pronto desapareció el estupor que sentían, y su determinación se afianzó. El enemigo no tardó en hacer las paces con los romanos antes de arriesgarse a atacar a un oponente tan disciplinado.

El entrenamiento no es exclusivo de los deportistas y los soldados. Es la clave para vencer el miedo en cualquier situación. Aquello que no esperamos, aquello que no hemos practicado, cuenta con ventaja sobre nosotros. Podremos responder a aquello para lo que nos hemos preparado, a aquello que hemos previsto. Como dijo Epicteto, el objetivo al experimentar un infortunio es tener la posibilidad de decir: «Para esto me he entrenado, esta es mi disciplina».

Si no quieres llevarte un susto en ese momento, como dijo Séneca más o menos en esa época, «entrénate hasta que llegue».

Podemos manejar lo que conocemos. El peligro se puede mitigar mediante la experiencia y el entrenamiento. El miedo lleva a la aversión. La

aversión, a la cobardía. La repetición lleva a la confianza. La confianza lleva al coraje.

El matón al que hay que plantar cara. La difícil rueda de prensa. La apuesta arriesgada. La postura impopular pero ética. Los enemigos que te rodean. Hay momentos en los que nuestro entrenamiento debe empezar a dar resultados, porque, si no es así, el miedo lo hará por él. Y la duda. Ocuparnos de nuestros asuntos y seguir el camino fácil lo hacemos de forma instintiva.

Es lo que afirma una famosa frase del exjugador de baloncesto Allen Iverson: «¿Hablamos de práctica?». Sí, hablamos de práctica. Porque es lo más importante. Con práctica, repasas las acciones mentalmente. Desarrollas la memoria motriz de lo que debes hacer en esa situación o en otra. Aprendes a fortalecer tu posición mientras te fortaleces. Haces los ejercicios, tocas las escalas. Le pides a alguien que te plantee las preguntas difíciles. Empiezas a sentirte cómodo con la incomodidad. Entrenas a tu ritmo a determinados intervalos y aumentas tu umbral como corredor. Te familiarizas. Montas el rifle con los ojos vendados, haces ejercicio con un chaleco lastrado puesto. Lo repites mil veces, y luego otras mil mientras no hay presión para que, cuando la haya, sepas qué hacer.

Los conocimientos son útiles, pero la preparación te hace valiente.

Empieza por alguna parte.
Haz algo



El periplo de Daniel Ellsberg como denunciante de ilegalidades comenzó al asistir a una conferencia de paz. Formuló algunas preguntas. Decidió llevarse los documentos a casa para estudiarlos con detenimiento.

Nadie empieza filtrando los papeles del Pentágono. Siempre se comienza por algo menos espectacular. Los franceses hablan de *petites actions*: primeros pasitos, elementos impulsores, detallitos que suman.

Sería fantástico que lo tuviéramos presente cuando nos asustamos o perdemos la esperanza ante un enorme problema.

No hace falta que dirijamos un gran ataque.

Descarta toda idea de desafiar a la muerte con un gesto.

A veces, lo mejor para empezar es un acto pequeño.

Así lo vivió Ellsberg. Trabajaba para una administración que no toleraba disensión alguna ni tampoco las preguntas incisivas e incómodas. Al principio tampoco pretendía filtrar los documentos al *The New York Times*; fue una idea que evolucionó progresivamente a medida que sus tentativas más tradicionales lo orientaban en esa dirección.

Lo mismo ocurre con cada tirano antes invencible —de Richard Nixon a Harvey Weinstein y todos los que han venido después— cuando alguien lo

derriba. Un buen día una persona abre la primera grieta en su armadura. ¿Podrías ser tú?

«Nunca pierdas la oportunidad de comenzar algo, por pequeño que sea —dijo Florence Nightingale—, pues es maravilloso ver que a menudo la semilla de mostaza germina y echa raíces». A ella le pasó. Gracias al trabajo que realizó en el hospital durante un verano, adquirió la confianza necesaria para dedicar su vida a esa labor. Resultó más fácil convencer a su familia de que la dejasen dedicarse a ello cuando dijo que su experimento de enfermería tenía fecha de caducidad. También le costó menos convencerse a sí misma.

Thomas Edison no estaba de acuerdo; para él, la vida era demasiado breve para empezar por cosas pequeñas. Él siempre quería ir a por los problemas difíciles, los proyectos ambiciosos. La fortuna favorece a los audaces, ¿no?

Tal vez la forma de conciliar esas ideas sea empezar por *petites actions* dentro de nuestra gran obra.

Empezar por lo pequeño… para conseguir algo grande.

Eliminar un problema. Mover las cosas una pizca. Escribir otra frase. Enviar otra carta. Hacer saltar una chispa.

Después, ya veremos lo que viene.

Tus faros iluminan solo una parte de la oscura carretera que se extiende delante de ti, pero con eso te basta para avanzar y progresar de manera continua.

¿No es así como se resuelven los grandes problemas? ¿Descomponiéndolos? ¿Centrándonos en lo que tenemos delante? A ser posible pronto, antes de que se complique o quede enterrado por otros problemas (es más fácil vadear un río por su nacimiento, ya sabes). Toma carrerilla y confianza, y empieza a tachar elementos de la lista. Y, por

encima de todo, ¿el entrenamiento no te ayuda con eso? ¿No te indica el primer paso y el más pequeño que debes dar; cuál ha de ser tu trabajo en este momento?

No siempre te saldrá bien, pero no todo gira en torno a ti. Alguien puede retomarlo donde tú lo dejaste. Solo tienes que poner las cosas en marcha. Solo tienes que rendir lo máximo posible en tu parte de la carrera de relevos. Hazlo lo mejor posible, lo que puedas, ya. De eso se trata.

No hay otra forma: tendrás que pasar a la acción. Pero te sorprenderá lo mucho que los pequeños cambios marcan la diferencia.

«El que hace algo al frente de un regimiento —nos recuerda Abraham Lincoln— eclipsará al que no hace nada al frente de cien soldados». Es preferible ganar una batalla pequeña a esperar continuamente una más grande y perfecta en el futuro.[6]

La lucha continúa. Aportamos nuestro grano de arena.

Nos ponemos manos a la obra. Hacemos lo que podemos, donde estamos, con lo que tenemos. Todo suma.

¡Echa a andar!



Charles Lindbergh tenía todos los motivos del mundo para no ir.

Nadie había conseguido cruzar el Atlántico por aire sin hacer escalas. Ni siquiera él había volado antes sobre el mar. No había hecho ningún viaje de larga distancia ni había volado más de ochocientos kilómetros sin la ayuda de un fuerte viento de cola y la capacidad de orientarse a partir de los puntos de referencia del suelo. Nunca había estado en el aire las cincuenta y cinco horas seguidas que necesitaría para completar el vuelo.

Entonces uno de sus rivales sufrió un accidente en un vuelo de prueba en el que tres de sus cuatro miembros resultaron gravemente heridos. Semanas más tarde, dos pilotos que trataban de cruzar el océano de París a Nueva York desaparecieron en pleno vuelo, y no se supo más de ellos.

¿Y él tenía que recorrer cinco mil ochocientos kilómetros a través del mar abierto y uniforme en solitario? ¿En un avión cuya carga era tan precaria que Lindbergh no podía permitirse los diez kilos extra de un paracaídas? Desde luego, el mundo le pedía mucho, más de lo que él se exigía a sí mismo.

El 19 de mayo de 1927 Lindbergh llegó al aeródromo Roosevelt de Long Island y no vio rastro de sus competidores. Hubo un breve cambio del tiempo. Llenó los depósitos. Aquella noche le había costado dormir. Por la mañana hubo más problemas logísticos. Discusiones sobre el viento. Iba a llegar tarde. De repente le vinieron a la memoria todas las objeciones y

dificultades. Los ojos de los hombres del hangar y de la pista de despegue estaban llenos de incertidumbre: no era la primera vez que presenciaban esa escena.

Se sentó en el asiento de mimbre. Se puso las gafas de aviador. Arrancó el motor. A los pocos minutos, rodaba por la pista hacia su destino. Vaciló. Se lo volvió a pensar. Hizo caso omiso y aceleró. A las 7.52 de la mañana las ruedas se elevaron del suelo cuando solo quedaban seis metros de pista. En menos de un día y medio estaría en suelo francés.

¿Cómo vences ese miedo, todas esas razones para no hacer lo que pretendes hacer?

En palabras del condecorado oficial de la Marina Jocko Willink, para vencer el miedo «echas a andar».

Te limitas a hacerlo. Saltas a ciegas. Es la única forma.

Porque, si no lo haces, ¿qué te espera? El fracaso. Los remordimientos. La vergüenza. Una oportunidad perdida. Toda esperanza de avanzar.

«En asuntos así —explicó De Gaulle a los miembros reticentes de su administración— uno debe actuar o morir. He decidido actuar; pero eso no excluye la posibilidad de morir». Y por eso echó a andar, y por eso echó a andar su esposa, mientras Francia caía, sin maletas, paracaídas ni plan alternativo. Avanzó con valentía, como muchas otras veces en su carrera, como en la crisis de Argelia o en las protestas estudiantiles del Mayo de 1968.

Alea iacta est.

«¡Al diablo los torpedos!».[7]

¿Hay riesgos? Por supuesto. Es razonable preocuparse por ellos. Pero no existe posibilidad de éxito si no haces nada, si ni siquiera lo intentas. Nadie puede garantizarte una travesía segura en la vida; nada excluye la posibilidad de fracasar o morir.

Pero ¿qué pasa si no lo haces? Pues que te garantizas el fracaso y sufres otro tipo de muerte.

Más adelante desearás haber hecho algo. Siempre nos pasa.

Eso quiere decir que tienes que echar a andar. Ahora.

Di la verdad a los poderosos



Julio César ordenó a Décimo Laberio que actuase para él.

Para algunos, habría sido un honor. Para otros, una pequeña humillación.

Para Décimo, que no era un adulador, suponía una obligación moral.

La obligación moral de resistir.

Allí, con César entre el público, observado por todos, amonestó a César a la cara, se burló de su tiranía y predijo su doloroso fin. Y lo más impresionante de todo: lo hizo tan bien, con tanta destreza y audacia, que César no pudo hacer nada para castigarlo.

En griego se utilizaba la palabra *parrhesia* para referirse a este tipo de coraje. Consistía en decir la verdad a los poderosos. Se trataba de negarse a aceptar la mentira o a engañar. Sócrates fue el *parrhesiastes* clásico, un hombre que decía lo que otros temían a la gente a la que no se atrevían a decírselo. Citando a un historiador famoso, nadie podía obligar a Sócrates a hacer, decir o pensar algo ajeno a su carácter.

En cierto sentido, es raro que admiremos algo así. ¿No debería ser la norma? ¿No es nuestro deber como personas?

Saber la verdad y no decirla… es traicionarla.

Puede que quedándote callado consigas no sentirte culpable, pero no hay excusa que valga. Eres culpable. Eres un cobarde. Puede que nadie quiera oír la verdad, y quizá le asuste escucharla, pero no puede darte miedo decirla.

En 1934, Dietrich Bonhoeffer, pastor y teólogo alemán, leyó tardíamente el cuento *El traje nuevo del emperador*. Habiendo visto que otros cristianos empezaban a mentirse sobre Hitler, habiendo visto el origen de las atroces mentiras de Hitler, el cuento le impactó. «Lo único que nos falta —escribió en una carta a su hermano— es el niño que al final dice la verdad».

Si el niño del cuento puede desafiar a un rey por instinto, con naturalidad, ¿cuál es tu excusa?

Por supuesto, tienes un millón: te perjudicaría en el trabajo. No caerías bien. Tu situación cambiaría. Te retrasaría en tus tareas. Nadie quiere oírlo. No quieres ganarte su antipatía.

Vale, pelota.

Mira, que te intimiden es muy distinto a que te rebajes.

Es lo que De Gaulle descubrió sobre Hitler: su fuerza dependía de la «cobardía de los demás». Nadie estaba dispuesto a llamar al matón con todas las letras. En Alemania nadie estaba dispuesto a ver que el emperador no llevaba ropa, que en realidad era un sanguinario loco de remate. Desde luego, no estaban dispuestos a decirlo. Y como nadie soltaba prenda, nadie hacía nada, salvo decirle a Hitler lo que quería oír. Y por eso todos se convirtieron en cómplices.

Aun así, conviene dejar claro que la obligación de decir la verdad no autoriza a ser cruel. Sócrates trataba de ayudar a la gente a conseguir lo importante. Su intención no era ofender, sino enseñar. Que eso provocase a algunas personas y que se ganase enemigos no impidió que se dedicase a la búsqueda de conocimiento ni lo apartó de su deber.

La sociedad no puede funcionar sin ese tipo de carácter. No siempre es algo tan serio como mirar a César a los ojos y decirle lo que uno opina sobre él. También lo hace el humorista Dave Chappelle cuando se burla de nuestra hipocresía y absurdo. O el ensayista Nassim Taleb cuando torpedea

nuestras pretensiones y certezas. O Diógenes cuando ponía en duda nuestras premisas más elementales.

Necesitamos personas que cuestionen el *statu quo*. Necesitamos artistas que exploren temas personales y que hagan críticas públicas. Necesitamos políticos que se empeñen en mandar desde la honradez, y ellos a su vez necesitan asesores expertos que no duden en decirles la verdad por desagradable que esta sea. Necesitamos una población que se niegue a tolerar la propaganda, las justificaciones o los encubrimientos. Personas de toda condición están dispuestas a plantarse y afirmar: «Esto no está bien. No quiero seguir con eso».

Necesitamos que tú también lo digas.

Sé tú quien decide

En la memoria del futuro secretario de Estado Dean Acheson quedaron grabadas las dotes de mando del general George Marshall. Diplomáticos y dirigentes no querían dejar de debatir. Sobre qué hacer. Sobre quién tenía la culpa. Sobre qué decir. Sobre qué comer.

Marshall siempre atajaba la disputa con una orden: «¡Caballeros, no combatamos el problema! ¡Decidámoslo!».

Aunque el miedo quiere que te pases el día deliberando, el coraje sabe que no es posible.

Como comprendió Acheson, el don más preciado de los dioses era la capacidad de decidir. Para triunfar en la vida, en la política exterior, en un mundo complicado y desagradable, un líder debe aprender a tomar decisiones con coraje y claridad. Sin evasivas. Sin vacilación.

Marshall tenía esa capacidad. Y Truman. Gracias a ello pudieron salvar la Europa de posguerra del hambre y la bancarrota, además de ayudar a Berlín cuando Rusia bloqueó la ciudad. Estuvieron dispuestos a dar un paso al frente y decidir.

«El trabajo de presidente consiste en decidir —escribió Acheson—. El señor Truman decidía».

En los treinta primeros días de su presidencia, Truman tuvo que tomar decisiones con respecto a:

- La injerencia soviética en Polonia.
- La primera reunión de las Naciones Unidas.
- El primer envío de uranio.
- La entrada de la Unión Soviética en la guerra contra Japón.

A las pocas semanas y meses, también decidiría si lanzar la bomba atómica, si salvar a Europa mediante el plan Marshall, si poner en práctica la doctrina de contención contra la ofensiva soviética, si seguir adelante con el puente aéreo de Berlín, etc.

Pensarás que fueron decisiones difíciles y angustiosas, considerando lo que había en juego y la falta de consenso entre los expertos. En efecto, lo fueron.

Sin embargo, eso solo fue una parte. Truman y Marshall sabían que los criticarían. Sabían que cada decisión era un riesgo. Sabían que eran los responsables: que su nombre figuraría en la decisión, literalmente en el caso de la doctrina Truman o del plan Marshall.

A pesar de todo, no solo decidieron, sino que se centraron en lo que más miedo da en la vida: llevar a término las decisiones.

Un cirujano no puede entretenerse en un quirófano; debe tomar decisiones rápido, actuar en consecuencia y tener el coraje necesario para enfrentarse a resultados de vida o muerte. El boxeador, el vendedor, el intérprete, el director general de una empresa en una reconversión; todo líder se encuentra en el mismo aprieto. Existe una brutalidad intrínseca a esas profesiones en las que las consecuencias penden de un hilo. Hace falta un golpe a la yugular, hay que despedir a gente, firmar cheques. Hay algo terrible en ese salvajismo, pero nadie sale ganando cuando se obra con lentitud o se actúa con timidez, y menos las personas vulnerables que están en riesgo.

Decimos que debatimos para llegar a la decisión adecuada, que

necesitamos más información. En realidad, estamos dando largas. No queremos abandonar la comodidad del *statu quo*. No queremos tener que reconocer las consecuencias.

Nos planteamos si dejar nuestro trabajo, si hacer esa inversión u otra, si vamos a hacer público lo que sabemos, si vamos a dejar marchar a alguien… Lo posponemos una y otra vez, evitamos lo que tenemos que hacer y preferimos considerar interminables conjeturas o distracciones.

Cuando Décimo bajó del estrado después de enfrentarse valientemente a César, también se burló de Cicerón en su cara diciendo que era un hombre que «se sienta en dos escabeles», una referencia a la incapacidad de Cicerón para elegir un bando en la guerra civil. Muy pronto los enemigos de Cicerón tomarían esa decisión por él.

Hay una magnífica expresión que dice: «Lo que no cambias, lo eliges». Más adelante desearás haber hecho algo. Ya sea romper una relación abusiva o crear una empresa, no lo combatas; decídelo. Ya.

Esos preciosos segundos que has perdido dudando te podrían haber alejado más del huracán. El tiempo que has malgastado vacilando si decías lo que pensabas podrías haberlo invertido en mitigar las consecuencias. El primer mejor momento para abordar un problema delicado pasó hace mucho; el segundo mejor momento es ahora.

«El panorama pinta mal —escribió Truman a su hija en 1948, mientras los soviéticos adoptaban medidas drásticas en Checoslovaquia—. Habrá que tomar una decisión, y voy a hacerlo».

No solucionarás un problema debatiendo sobre él, sino decidiendo lo que vas a hacer y luego poniéndolo en práctica. No se trata de decidir por decidir, por supuesto que no, sino de tomar la decisión adecuada ya. Y si te equivocas, vuelve a decidir con el mismo coraje y claridad.

Es bueno ser «difícil»



Sentada al otro lado de la mesa frente a la persona que la interrogaba para un puesto de trabajo tras varias rondas de entrevistas, la química investigadora apenas distinguía la evaluación escrita en la parte superior de la página. Leyendo al revés lo mejor que pudo, Margaret Thatcher vio lo que pensaban de ella: «Esta joven tiene una personalidad demasiado fuerte para trabajar aquí».

Había dos formas de interpretarlo: como un reproche o como un elogio.

El cobarde elige la primera opción y escucha. Con confianza, una crítica como esa se puede pasar educadamente por alto. Hace falta coraje para superarla, para no dejar que te afecte.

Bueno, ¿qué eliges?

Recuerda lo que decían de Serpico.

Lo que decían de De Gaulle.

Lo que decían de Nightingale.

«Eres difícil».

Por supuesto que lo eran. Los que se portan como se espera de ellos, rara vez hacen historia. Si esos hombres y mujeres hubiesen sido un poco más conciliadores, si hubieran estado un poco más dispuestos a aceptar el rol que se les había asignado, si les hubiese importado un poco más lo que los otros pensaran, si hubieran sido más fáciles de disuadir, no habría habido ocasión de que adoptasen una postura independiente desde el principio.

Y puede que los que mandaban pensasen que esas personas eran difíciles, pero la historia ha llegado a considerarlos algo muy distinto: iconoclastas.

A algunos nos da miedo ser diferentes. A casi todo el mundo le asusta ser difícil. Pero en esas cualidades existe libertad para luchar, con agresividad, de forma reiterada, por aquello en lo que creemos. Por poner el listón más alto. Por no ceder. Por no aceptar que «el asunto está zanjado».

Se necesita coraje para hacerlo. Sobre todo en un mundo en el que la gente no quiere que la molesten, que prefiere ir a lo suyo, que no desea que le pregunten por qué.

August Landmesser no estaba pensando en la historia cuando se negó a hacer el saludo nazi obligatorio en la inauguración de una nueva embarcación de la Marina alemana. Solo sabía que no seguía normas ni convenciones que atentaran contra sus convicciones. Por eso en 1935 se casó con una mujer judía, infringiendo la ley. No sabía que lo estaban fotografiando, que pasaría a la historia como un símbolo del alemán solitario que se negaba a apoyar la tiranía: el hombre que se alzaba en contra de la presión de la masa.

Lo consideraron difícil. Lo perdió todo. Pero no lo habría cambiado por nada.

Intentarán castigarte. Por eso tienes que desafiarlos un día sí y otro también. Tienes que ser combativo. Tienes que ser decidido. Tienes que ser tenaz. No, esto no va a quedar así. No, lo que propones no es «lo mejor para todos». No, no pienso quedarme con la boca cerrada. No, esto no ha terminado. No, no voy a «bajar el tono».

Te llamarán loco… porque el coraje es de locos. Tenemos que estar dispuestos a que nos vean así, a ser fieles a quienes somos. No podemos tener miedo de ser nosotros mismos. Tenemos que empeñarnos en ello.

A pesar de los costes. A pesar de la resistencia. A pesar del miedo. No

será fácil, pero valdrá la pena.

Las personas difíciles reconocen la satisfacción de la sonrisa de superioridad que luce John Lewis en la foto policial que le tomaron en Mississippi en 1961 por usar unos servicios públicos para blancos. La satisfacción de causar «problemas buenos». De estar en el bando correcto. La satisfacción del desajuste y, con suerte, a la larga, la satisfacción del bien al triunfar sobre el mal.

Margaret Thatcher era difícil, quizá demasiado para trabajar en aquella fábrica de productos químicos. Pero su obstinación y su vehemencia —fraguadas por los conflictos con las personas que se oponían— la prepararon para dirigir Gran Bretaña en un difícil periodo de la historia moderna. No te conviertes en la primera ministra de Inglaterra si pasas desapercibida.

Fue la Dama de Hierro. Como Serpico, De Gaulle, Lewis y Nightingale, no habría podido ser nada más. Estaban llamados a ser quienes fueron, y tuvieron el coraje necesario para empeñarse en responder a la llamada.

Solo unos segundos de coraje

El 19 de octubre de 1960 Martin Luther King Jr. fue detenido por intentar comer en un restaurante de los grandes almacenes Rich's de Atlanta. Con su enemigo arrestado, las autoridades del Sur aprovecharon la oportunidad para tratar de doblegar a King. Lo acusaron de otros cargos, le negaron la fianza y lo mandaron a la cárcel estatal de Reidsville, donde fue condenado a pasar cuatro meses en una cuerda de presos. Existía el riesgo de que King sufriese palizas o linchamientos, y por eso Coretta Scott King, muerta de preocupación y en una fase avanzada del embarazo de su tercer hijo, apeló tanto a Nixon como a Kennedy, quienes, en plena campaña de unas de las elecciones más reñidas de la historia de Estados Unidos, necesitaban el apoyo del electorado negro.

Resultó que Nixon no solo era amigo de King, sino que había supervisado la labor por los derechos civiles de la administración de Eisenhower. Sus asesores le instaron a actuar, pero él vaciló al considerar los mismos factores que, medio siglo antes, habían pasado por la mente de Theodore Roosevelt. No quería perder el Sur ni verse en medio de la polémica. Le preocupaba que pareciera un acto de lucimiento. Por eso traicionó a King y dejó la puerta abierta a Kennedy para que llamase al gobernador de Georgia y a Coretta, a la que telefoneó desde un aeropuerto para consolarla y tranquilizarla. Mientras, su hermano Robert Kennedy llamó al juez de Alabama y le presionó para que pusiese a King en libertad.

King contó enseguida quién le había ayudado, aunque al principio pensaba votar a Nixon. «Conocía a Nixon —recordó— y me llamaba a menudo para consultarme asuntos y pedirme consejo. Sin embargo, cuando llegó el momento, fue como si nunca hubiese oído hablar de mí. Por eso me pareció un cobarde moral y alguien que no estaba dispuesto a dar un paso valiente y a arriesgarse».

Dos semanas más tarde Kennedy acabó ganando las elecciones por menos de medio punto: solo treinta y cinco mil votos de dos estados decisivos. Dos llamadas telefónicas le habían granjeado la presidencia. Unos segundos de cobardía, el tiempo que habría tardado en hablar con la esposa de un hombre bueno encarcelado de forma injusta, le costaron el cargo a Nixon.

No importa quién eres o qué historial tienes. Lo que importa es el momento, a veces menos incluso que un momento. ¿Lo haces? ¿O te da demasiado miedo?

Solo se tarda dos segundos en darle al botón de enviar ese correo electrónico…

… en soltar esas palabras por la boca.

… en levantar el brazo para ofrecerte voluntario.

… en dar el primer paso para correr a un nido de ametralladoras.

… en cambiar el voto de sí a no o de no a sí.

… en coger el teléfono, como Kennedy, no para salvar la vida de King, sino para consolar a su esposa.

Cuando algo está en marcha, lo demás llega de forma natural. Cumplir con tus responsabilidades. Poner un pie delante del otro. Dejas la universidad y emprendes tu nueva carrera. Presentas la documentación para pedir el divorcio y empiezas a reconstruir tu vida. Entras en la oficina de la Comisión del Mercado de Valores y presentas una reclamación. Estarás

demasiado ocupado para tener miedo. El ímpetu empieza a trabajar a tu favor, no contra ti.

En el guion escrito por Cameron Crowe y Matt Damon para la película *Un lugar para soñar*, basado en la historia real de un escritor británico que compró un zoológico, hay una gran frase. «¿Sabes? —le dice el personaje de Matt Damon a su hijo—. A veces lo que necesitamos son veinte segundos de coraje irracional. Veinte segundos para ser valientes, aunque te dé vergüenza. Y te prometo que el resultado es magnífico».

¿Podemos hacer una promesa como esa? No, la vida no es una película. Los resultados nunca son seguros. Puede que no tengas éxito, pero debes intentarlo, porque la inacción sí que es segura. Esos escasos segundos se nos quedan pegados como una letra escarlata. «Tuve miedo» no es una excusa que envejezca bien.

Cuando el coraje de alguien nos asombra o nos intimida, solemos pasar por alto que no ha sido algo planeado. Empezó por una simple decisión. Empezó por un paso. «Él no sabía que le beneficiaría políticamente», reflexionó King sobre la decisión de Kennedy. Pero lo mismo se puede decir de King: cuando se embarcó en el primer boicot a la empresa de autobuses de Montgomery no sabía que afectaría al resto de su vida y al mundo.

El coraje se define en el momento. En menos de un momento. Cuando decidimos retirarnos o seguir. Lanzarnos o dar un paso atrás.

Una persona no es valiente en general. Somos valientes en concreto.

Por unos segundos. Por unos segundos de coraje, aunque nos dé vergüenza, podemos ser magníficos.

Y con eso basta.

Conviértelo en un hábito

En 1920, Harry Burns era un político normal y corriente de Tennessee. No tenía un historial de decisiones audaces ni de votos atrevidos. No era un activista, ni mucho menos una estrella política. Solo tenía veinticinco años y hacía dos que había ingresado en la Cámara de Representantes estatal.

«Mi voto nunca les perjudicará», aseguró a sus superiores políticos, que se oponían a ratificar la Decimonovena Enmienda de la Constitución, que concedería el derecho de voto a las mujeres. Ellos le creyeron, y él cumplió votando dos veces para posponer la ratificación. Incluso se puso una rosa roja en el ojal, el símbolo que los llamados antisufragistas usaban para anunciar su postura.

Imagínate lo que sucedió cuando el 18 de agosto su voto afirmativo no solo ratificó la enmienda en Tennessee, sino que desencadenó su aprobación en todo el país y concedió el derecho de voto a veinte millones de mujeres. Podemos imaginarnos la sorpresa como también podemos imaginarnos el terror del joven político. Harry era un niño de mamá que mantenía a su madre viuda. Existía el peligro de que estallase la violencia en las calles. Existía el peligro de que él no fuese reelegido. A la mayoría de los votantes no les hacía gracia.

Pero lo hizo.[8] Probablemente fue el momento más aterrador de su vida.

Podemos comparar la atribulada valentía de Harry Burns con un momento parecido de la vida del político John McCain. Casi cien años

exactos después de la crisis de conciencia de Burns, se realizó una votación en el Senado de Estados Unidos para rechazar la reforma del sistema sanitario, o *Affordable Care Act* (ACA). McCain llevaba mucho tiempo criticando lo que pasó a ser conocido como «Obamacare»; de hecho, había hecho campaña en contra de esa reforma. Pero en una dramática votación a última hora de la noche, McCain emitió el voto decisivo —levantando su brazo bueno y girando el pulgar hacia abajo para indicar «no»— contra la iniciativa republicana para tumbar la ACA.

En 2010, McCain había criticado a los demócratas por sus tácticas para aprobar el proyecto de ley, y se negó a apoyar a su partido a hacer lo mismo cuando estuvieron en el poder. Sin embargo, por qué lo hizo es menos importante para nuestros fines que cómo se sintió al hacerlo.

Aunque en ambos casos el voto requirió solo «unos segundos de coraje», no cabe duda de que McCain sintió menos inquietud que Harry Burns. Él no tuvo sentimientos encontrados ni dudó o se cuestionó. Se había especializado en sorprender a la gente.

En ser la persona con la que todos se enfadaban, y en atenerse a sus principios aunque no le conviniera.

Burns cerró los ojos y se lanzó al vacío, quizá bastante convencido de que estaba cometiendo un suicidio profesional. Nunca había hecho algo así; no conocía la sensación que notaba en la boca del estómago. No rebosaba coraje. De no haber sido por una carta de su madre, quizá no hubiera podido enfrentarse a ese momento de miedo e incertidumbre. «¡Viva!, y vota por el sufragio. No les hagas dudar —decía ella—. Me he enterado del discurso de Chandlers y me ha parecido muy duro. He estado atenta para saber cuál es tu postura, pero todavía no me he enterado […] No te olvides de portarte

bien y de ayudar a la señora Catt con la ratificación. Nada más de momento […] Muchos besos, mamá».

La madre de McCain —que tenía ciento cinco años cuando se votó la reforma del sistema sanitario— no tuvo que recordarle nada a su hijo, porque lo había educado para hacer lo más difícil desde que nació. McCain escribiría que aprendió de ella a recibir las dificultades como «elementos de una vida interesante». Él había convertido el coraje en un hábito, como debemos hacer todos. En sus ojos hay satisfacción tras tomar la decisión. Le gustó asestar ese golpe en la cara a los dirigentes de su partido. Fue el gran golpe de su vida y su carrera.

No podemos limitarnos a esperar ser valientes cuando la ocasión lo requiere. Es una cualidad que debemos cultivar. Ningún deportista se limita a confiar en marcar el tanto decisivo del partido; lo practica miles de veces. Lo ensaya en entrenamientos, en partidos y a solas en el gimnasio, cronometrando la jugada mentalmente.

Te recomiendo hacer algo que te dé miedo cada día.

En realidad, no es para tanto. ¿Cómo esperas hacer lo que te da miedo —y asusta a los demás— si no lo has ensayado? ¿Cómo puedes esperar dar la cara cuando hay mucho en juego si no lo haces cuando el riesgo es mínimo?

Debemos ponernos a prueba. Tenemos que convertir el coraje en un hábito.

«Haz siempre lo que te da miedo », dijo Ralph Waldo Emerson. O como escribió William James, debemos «procurar que nuestro sistema nervioso sea nuestro aliado, no nuestro enemigo». Cuando hacemos algo de forma automática, tenemos menos en lo que pensar: menos margen para el error. Como él mismo escribió, no hay persona más desgraciada que aquella «cuyo único hábito es la indecisión». En realidad, sí: nadie es más

desgraciado que el que hace de las excusas y la cobardía su decisión habitual.

No solo su vida cotidiana es un asco, sino que se decepciona a sí mismo y a los demás en los momentos importantes.

Por tanto, lo mejor que puedes hacer es empezar por lo pequeño. Podemos abrir el agua fría de la ducha. Podemos ofrecernos a pronunciar unas palabras ante un público alborotado. Podemos ponernos un disfraz ridículo para complacer a nuestros hijos sin preocuparnos por lo que piense nadie. Podemos reconocer que no sabemos algo, arriesgándonos a que la gente ponga los ojos en blanco y nos trate con condescendencia. Podemos acceder a probar lo que aún no hemos probado.

Y así sabremos qué hacer cuando sea necesario. Así sabremos qué haremos.

Lo valiente. Lo correcto. Lo ejemplar.

Sin importar las consecuencias.

Toma tú la iniciativa



Qué es lo que le desvela de noche?», preguntó una vez un periodista televisivo al general James Mattis.

Antes de que acabase de exponer su duda, el militar ya había empezado a contestarla.

«De noche, soy yo el que le quito el sueño a la gente».

Su respuesta reflejaba la filosofía según la cual ese guerrero —y cualquier otro a lo largo de la historia— vive su vida: basada en el ataque. En la iniciativa. En intimidar al enemigo en lugar de dejarse amedrentar por él, en infundir miedo en vez de ser presa de él. Por eso ordenaba a sus soldados que montasen campamentos en forma de V apuntando en dirección al enemigo. Por eso destituyó a un oficial por lo demás intachable en la guerra del Golfo por ir demasiado despacio. Como dijo el general británico sir Douglas Haigh, en el corazón de Mattis anida un rasgo que deben compartir todos los grandes soldados: «un sincero deseo de enfrentarse al enemigo». Y no espera menos de sus tropas.

¿Vas a esperar a que tu oponente se prepare? ¿Le darás ventaja?

¡Ni hablar!

En el ámbito civil, eso se llama «iniciativa». En los deportes, «deseo de ganar». Y en el despiadado mundo de la guerra, existe la expresión «instinto asesino».

Es imposible tener instinto asesino sin coraje. Uno presupone el otro. Y

es imposible alcanzar grandes logros —en la guerra, en los negocios, en los deportes, en la vida— sin cualquiera de los dos.

Los espartanos no preguntaban cuántos enemigos había, sino dónde estaban. Porque pensaban atacar igual. Luchaban para ganar.

En la campaña en la que Grant decidió asumir el gran riesgo de conquistar Petersburg, riesgo que todos los demás temían correr, se sintió muy frustrado por sus cautos subordinados, hombres castigados por Robert E. Lee y los confederados durante años, mientras Grant ganaba batallas en el Oeste. Preferían no correr riesgos, negándose a presionar, a tomar la ofensiva, advirtiendo a Grant del peligro que había cuando Lee entraba en combate.

Al final Grant, que algo había aprendido sobre exagerar miedos y sobrestimar al enemigo en las llanuras de Texas, se cansó. «Estoy harto de oír hablar de lo que hará Lee —le dijo a un general que había acudido a él con más predicciones funestas—. Parece que algunos de ustedes crean que ese hombre dará una voltereta doble y caerá en nuestra retaguardia y nuestros dos flancos a la vez. Vuelva a su puesto y piense qué haremos nosotros en lugar de qué hará Lee».

De ahí su orden: «Adondequiera que vaya Lee, usted también irá». Se recalcaría ese punto. No volverían a ponerse a la defensiva.

Gracias a ello, casi justo un año más tarde, Lee se entregaría… a Grant.

Ese fue el momento decisivo de la guerra civil, cuando el Norte pasó a la ofensiva. Grant decidió dejar de recibir puñetazos y empezó a asestarlos. Cuando Lee tenía la iniciativa, el Sur era fuerte. En cuanto la perdió, su derrota fue cuestión de tiempo.

Eso se puede aplicar a los adversarios más duros. Nos acosarán mientras se lo permitamos. Pero ¿y si nos enfrentamos a ellos, y si empezamos a

elegir nuestro campo de batalla centrándonos en sus puntos débiles? Al menos tendremos una oportunidad.

Independientemente de cuál sea tu meta, debes perseguirla con uñas y dientes. Cuando obras por miedo, cuando vas detrás de alguien, no tienes oportunidad alguna. De esa forma jamás irás el primero. Para tener éxito, debes dominar la ofensiva. Incluso cuando eres cauto, debes acompañar esa actitud de la premisa del avance continuo, un movimiento insistente hacia la victoria en todo momento. Tienes que exigir el control del ritmo. Tienes que marcar el ritmo: en la batalla, en la sala de juntas, en asuntos de mayor o menor importancia. Te interesa que teman lo que vas a hacer, no al revés.

Mantente firme



Un lunes por la mañana, el joven Frederick Douglass decidió que ya había tenido bastante.

Un esclavista famoso por sus malos tratos llamado Edward Covey fue a castigarlo, pero Douglass lo agarró por la garganta. La resistencia del hombre sorprendió al capataz, que nunca había vivido una experiencia semejante. Todos los esclavos sabían que levantarle la mano a un hombre blanco conllevaba la muerte, pero allí estaba Douglass, con solo diecisiete años, dándole una paliza a uno.

El esclavista pidió ayuda a gritos, pero los refuerzos se asustaron cuando el joven propinó una fuerte patada en el pecho a uno de ellos. Durante dos horas —¡dos horas!—, Douglass y Covey se pelearon en el jardín. El chico luchaba encarnizadamente por su vida, por su dignidad como ser humano; Covey, sorprendido y humillado, no estaba acostumbrado a defenderse. Al final, vencido, exhausto y aterrado, dejó marchar a Douglass y se justificó su comportamiento como si hubiese dado una lección al esclavo.

«Llega un momento en que la gente se harta de ser pisoteada por el pie de hierro de la opresión», diría más adelante Martin Luther King Jr. Esa mañana, en Maryland, Douglass decidió que estaba harto. Y todo cambió.

«Nunca me había sentido como entonces —escribió—. Era una resurrección gloriosa, desde la tumba de la esclavitud hasta el cielo de la libertad. Mi espíritu, aplastado durante tanto tiempo, se puso en pie, la

cobardía desapareció, y ocupó su lugar el desafío audaz; y entonces decidí que, por mucho tiempo que pudiese seguir siendo propiedad de otro, había quedado atrás para siempre el día en que pudiese ser un esclavo de hecho».

Para entender de dónde vino esa llamada de empoderamiento, debemos remontarnos a cuando, a los ocho años, Douglass presenció cómo una esclava llamada Nelly era azotada con brutalidad. El capataz, un hombre cruel pero confiado, acabó teniendo más problemas de los que esperaba con Nelly, madre de cinco hijos. Valiéndose de las uñas y los puños, le costó incluso agarrarla. Gritó y berreó. Arañó la tierra y agarró todo lo que pudo mientras él la arrastraba al poste de los azotes. Uno de sus hijos le mordió en la pierna. «Parecía empeñada en que azotarla le costase al hombre lo máximo posible», observó Douglass.

Cuando el capataz aplicó el castigo, su cara ensangrentada daba fe del éxito de Nelly. La mujer no se sometió ni siquiera durante los azotes. Lo colmó de insultos y denunció el mal de la esclavitud y a sus malhechores. Su piel se desgarró, pero su espíritu se mantuvo indómito.

La escena se quedó grabada en la memoria del niño y plantó una semilla de coraje en Frederick Douglass que aquel día floreció de manera súbita y violenta con su amo, y daría heroicos frutos a lo largo de setenta y cinco años de defensa pública de la justicia.

¿Cómo podrían volver a intimidar a Douglass? ¿Cómo podría frenarlo el destino? ¿Con qué podrían amenazarlo sus enemigos? Había mirado fijamente a una muerte segura y había hecho retroceder un yugo aplastante a pesar de ser un esclavo indefenso. En cuanto pruebas el coraje —y la libertad— y te haces valer, el sabor del miedo es más difícil de soportar. Esto es así tanto para la joven pareja que desafiaba la segregación en la barra de una cafetería en 1956 como para el niño tímido que planta cara al matón de la clase.

«La vieja doctrina que afirma que la sumisión es la mejor cura para el ultraje y el agravio no es aplicable a la plantación de esclavos —escribió Douglass—. Al que azotan más a menudo es el más fácil de azotar, y el esclavo que tiene el coraje de defenderse del capataz, aunque al principio pueda llevarse muchos azotes, al final se convierte en un hombre libre, por mucho que mantenga la relación oficial de eslavo».

«Puedes matarme, pero no puedes azotarme» se convirtió en el lema de Douglass. De hecho, no volverían a darle azotes, y, según él, se volvió medio libre en cuanto se impuso. Muy pronto reclamó el resto de sus derechos, desafiando a los cazadores de esclavos mientras huía hacia la libertad.

Como dijo Martin Luther King Jr., si no doblamos la espalda, puede que nos peguen, pero nadie se nos montará encima. Para Douglass, eso implicó luchar en sentido literal. King y sus compañeros de activismo por los derechos civiles oponían resistencia de otra forma, lanzándose una y otra vez contra los perros, las mangueras y las escopetas de sus opresores hasta que las cárceles estuviesen llenas y el sistema se derrumbase.

No podemos tolerar los abusos, las coacciones ni la injusticia. No podemos escondernos de nuestros problemas. Solo podemos abordarlos. La sumisión no es una cura. Tampoco podemos esperar que los agravios desaparezcan por arte de magia. Debemos decir basta, si no ahora, muy pronto. Debemos reclamar nuestra soberanía. E insistir en ello.

Todos contamos con más poder del que somos conscientes.

Y al exigir nuestros derechos —luchando contra la opresión, los abusos o los malos tratos—, no solo estamos siendo valientes, sino que, como Douglass, ayudamos a los que vendrán después de nosotros.

El coraje es contagioso



Cuando un país extranjero pedía ayuda militar a Esparta, los espartanos no enviaban a su ejército. Mandaban a un comandante espartano.

No hacía falta más.

Porque el coraje, como el miedo, es contagioso. Una persona que sabe lo que hace, que no se asusta, que tiene un plan, basta para fortalecer un ejército poco numeroso, para reforzar un sistema que no funciona, para aplacar el caos donde se ha asentado. Y por eso un solo espartano era todo cuanto necesitaban sus aliados.

Es también la historia del *ranger* de Texas Bill McDonald, a quien las autoridades de Dallas llamaron a principios de la década de 1900 para detener un combate profesional de boxeo. Cuando llegó, el alcalde se quedó horrorizado. «¡¿Solo han mandado a un *ranger*?!», preguntó. «Solo tiene un altercado, ¿no?», contestó McDonald.

Es la frase «Un hombre con coraje forma una mayoría» (de la que hablábamos antes) hecha realidad.

Porque «forma» es la palabra clave. No nace así… se hace.

Tampoco hace falta que seas un general espartano o un *ranger* de Texas para cambiar el *statu quo*. El historiador militar y oficial del ejército de Estados Unidos S. L. A. Marshall diría que «por muy humilde que sea su rango, cualquier hombre que se controla contribuye a controlar a los demás […] El miedo es contagioso, pero el coraje no lo es menos».

No hace falta que seas el más listo del regimiento. Ni el más corpulento. Ni el mejor tirador. No hace falta que tengas respuesta para todo. Solo tienes que saber dominarte. Tienes que hacer tu trabajo y dejar que tu formación te guíe. Haz lo correcto, lo que tienes delante de ti, con valor, calma y claridad.

Seas quien seas. Te dediques a lo que te dediques.

El ciudadano que no se deja distraer por la propaganda manipuladora pide cuentas al gobierno, quien no corre al banco cuando la baja bolsa contribuye a mantener la economía en funcionamiento, el padre que pone al mal tiempo buena cara ayuda a su hijo a luchar contra el cáncer. Igual que el soldado raso ayuda a sus compañeros y hace daño al enemigo ciñéndose el casco, apretando los dientes y negándose a retirarse. Como dijo Marshall: «El coraje de un hombre se refleja hasta cierto punto en el coraje de todos los que están en su campo de visión».

Cuando eres valiente, cambias la realidad porque con ello haces valientes a otros.

Como un virus, la serenidad se transmite por contacto. Se transmite por el aire. La rezumamos, otorgamos a los demás la fuerza que nos sobra y los contagiamos a la que vez que ellos contagian a otros, no con un agente degradante y perjudicial, sino con uno que desarrolla fuerza y propósito.

Cuando el ambiente está cargado de miedo, una chispa puede encender el pánico. Es capaz de garantizar la desmoralización y la derrota. Pero con la misma facilidad, una persona puede cortocircuitar esa peligrosa corriente eléctrica y dar un vuelco a la situación.

Pregúntate: ¿eres tú esa persona? ¿Formas parte del problema o puedes ser la solución? ¿Eres a quien acuden buscando ayuda? ¿O al que tienen que tranquilizar?

Tienes que asumirlo



Sorprende que esto sea tan frecuente. Resulta que a una persona extraordinariamente valiente puede darle miedo algo normalísimo: la responsabilidad.

Lord Lucan ordenó la carga de la Brigada Ligera. Lord Cardigan la dirigió. Juntos, enviaron a unos seiscientos soldados de la caballería británica contra las fuerzas rusas en uno de los ataques más audaces e inútiles de la historia militar.

He aquí sus declaraciones:

> Caballeros, es una maniobra demencial, pero no es culpa mía.

> No estoy dispuesto a cargar ni con la más mínima responsabilidad. Di la orden de atacar en unas circunstancias que consideré de imperiosa necesidad y no cargaré ni con la más mínima culpa.

Lograron enfrentarse a las inmisericordes balas del enemigo. Consiguieron marchar unidos ante el fuego de enfilada. Pero ¿y las críticas? ¿Y la culpabilidad? De eso huyeron, como todos los líderes débiles. No fueron capaces de armarse de valor para cuestionar unas desatinadas órdenes que provocaron una tragedia, se limitaron a transmitírselas a sus hombres y eligieron una muerte casi segura antes que reconocer que eran los responsables.

La norma es la siguiente: decidiste actuar.

Ahora asúmelo.

Sin excusas. Sin excepciones.

Lo único que te pedimos es que hagas lo que te corresponde. Que seas dueño de tus actos. Cuando eres un líder, eso es lo mínimo.

Eres el responsable. Siempre.

«No es culpa mía». «No es mi problema». «No me eches la culpa». Esas frases no pueden formar parte de tu vocabulario.

No si quieres ser grande. A menos que seas un cobarde.

«La disposición a aceptar la responsabilidad de la propia vida —observó Joan Didion— es la fuente de la que brota el respeto por uno mismo».

Las ventajas del liderazgo tienen su precio. El tributo en coraje es muy alto. Tendrás que aguantar el chaparrón.

Si eso te preocupa, puede que estés más contento sin hacer nada, sin hablar, siendo nada.

Sin embargo, siempre creemos que podemos salirnos con la nuestra, escapar por la tangente.

Un enfoque curioso de la historia de la Brigada Ligera: lord Alfred Tennyson, el entonces laureado poeta del imperio, escribió su inolvidable y edificante poema sobre el heroísmo trágico de los soldados que participaron en la carga:

Cañones a su derecha,
cañones a su izquierda,
cañones ante sí
descargaron y tronaron;
azotados por balas y metralla,
cabalgaron con audacia
hacia las fauces de la Muerte,
hacia la boca del infierno
cabalgaron los seiscientos.

¿Y sabes cómo lo publicó? Con seudónimo, porque le preocupaba que el poema pudiese no resultar «decoroso» para alguien de su posición.

Hemos dicho antes que el coraje es contagioso, pero debes asumir que puedes infectarte. Tennyson se sumergió en la valentía de aquellos pobres soldados… pero siguió el ejemplo de sus oficiales.

Si vas a expresar tu opinión, firma con tu nombre. Firma con tu nombre en todo lo que hagas. Es lo más valiente —no, lo mínimo— que puedes hacer.

Si lo rompes, lo compras. Si das un paso, lo asumes. Si lo dices, lo mantienes. Si lo ordenas, aceptas la culpa.

Esa es la fuente de la que brota el respeto por uno mismo y de la que nacen los líderes.

Siempre puedes resistir



Eligieron al comandante Jeremiah Denton para transmitir varios mensajes propagandísticos.

Había pasado diez meses en un campamento norvietnamita de prisioneros de guerra. Había padecido largos días de interrogatorios.

Sentado en una silla enfrente de las cámaras, agotado, hambriento y dolorido, previendo las palizas con que le habían amenazado, consideró sus opciones. Podía no decir nada. Podía intentar contestar a las preguntas de la forma más banal posible. Podía buscar una forma de transmitir un mensaje afectuoso a su familia, la esposa y los siete hijos a los que tanto echaba de menos. Podía decir todas las cosas que los secuestradores querían y ganarse un buen indulto, tal vez incluso un trato especial el resto del tiempo que estuviese en el conocido como Hanoi Hilton.

En cambio, su decisión supuso un increíble gesto de resistencia: mientras respondía a las preguntas mecánicas de sus interrogadores, Denton empezó a parpadear despacio, como si le deslumbrasen las luces de la cámara.

Un parpadeo largo.

Tres parpadeos largos.

Un parpadeo breve, uno largo y uno breve.

Un parpadeo largo.

Dos parpadeos breves y uno largo.

Un parpadeo breve, uno largo y uno breve.

Un parpadeo breve.

Hasta que deletreó T-O-R-T-U-R-A en código morse para que todo el mundo lo viese.

Sus secuestradores pensaban que lo habían destruido. Sin embargo, él los había destruido a ellos volviendo en su contra los actos de sus maltratadores y humillándolos a nivel internacional.

Se ha dicho que un estoico es alguien que manda al destino a la mierda. Así es.

Alguien que resiste. Que lucha.

Que no deja que le obliguen a hacer algo incorrecto. Y menos bajo presión.

El abogado de empresa que viene a recordarte tu acuerdo de confidencialidad cuando acabas de dimitir indignado. El competidor que te dice que vas a hundir tu pequeño negocio si no aceptas su oferta. El chantajista que te pide dinero para desaparecer. El político que quiere que te sometas. El oficial que te exige que te retires.

Puede ser explícito. O puede ser sutil. Por un asunto importante o por algo menor que solo te importa a ti. Aun así, el mensaje está claro: «O ya verás lo que te pasa».

Conviene recordar la historia de la guarnición espartana asediada por el rey Filipo II, el cruel padre de Alejandro Magno. «Si atravieso esta muralla —les dijo—, no será bonito. Si salgo victorioso, os mataré a todos y cada uno de vosotros».

Los espartanos respondieron con una sola palabra: «Si».

Como diciendo: «No nos dejaremos». Como diciendo: «Tendrás que acompañar esas palabras con actos». «Tendrás que pegarme antes». «Puedes matarme, pero no me azotarás».

Rebeldía pura. Una actitud subestimada. Puede ser muy útil. Y si

Frederick Douglass y Nelly pudieron armarse de ella, a pesar de verse sometidos a la opresión del cautiverio, ¿por qué crees que no podrás hacerlo tú?

Ya hemos dicho que John Adams quiso poner a Hércules en el sello de Estados Unidos. Ben Franklin propuso un lema de espíritu similar para la nueva república: «La rebeldía a los tiranos es obediencia a Dios».

No solo a los tiranos, sino también a los abusones, a los mentirosos, a los maltratadores, a los estúpidos, a los farsantes, a los demagogos, a los tramposos y a los conflictivos.

El coraje dice: «Por encima de mi cadáver». El coraje dice: «No si puedo evitarlo». El coraje dice: «Lo hago a mi manera, según mi código, da igual lo que digas».

Pueden hacerte daño. Pueden chillarte. Pueden hacerte cosas terribles.

Pero no estás indefenso. De hecho, tienes más poder del que crees. «Soy demasiado pobre para inclinarme», dijo De Gaulle a sus aliados británicos. No estaba dispuesto a ser sumiso. No estaba dispuesto a andar con pies de plomo: con nadie, enemigos o amigos. Era un luchador, y eso es lo que pensaba seguir haciendo.

Tienes poder. Tienes fuerza. Puedes hacer que se arrepientan de haberse metido contigo.

No aceptes nunca el resultado esperado. Solo un fracasado deja de luchar contra su rival antes de que termine el partido. Pelea por cada centímetro. Pelea por ti.

Nadie puede obligar a alguien a obrar mal. Tenemos ese poder. Todo depende de lo lejos que estemos dispuestos a llegar.

«Si pueden obligarte —hace decir Séneca a Hércules en una de sus obras de teatro—, es que has olvidado cómo morir».

Recuérdalo.

La fortuna favorece a los audaces



Es una de las frases más universales de la Antigüedad: *Audentis Fortuna iuvat* en la *Eneida*; *Fortis Fortuna adiuvat* en una obra de teatro de Terencio; τοῖς τολμῶσιν ἡ τύχη ξύμφορος según Tucídides. Para Plinio, el almirante y escritor romano, *Fortes fortuna iuvat*.

La fortuna favorece a los audaces. La fortuna favorece a los valientes.

Favorece los planes ambiciosos. Favorece los riesgos.

La decisión de dirigir la carga. La decisión de romper filas. La decisión de probar algo nuevo. La decisión de aceptar un reto disparatado. De pedir en matrimonio, de hacer ese viaje, de levantar la mano, de lanzar un pase largo porque el partido está en juego y ya no te preocupa que intercepten el balón. Aunque las probabilidades de éxito suelen ir en contra de esas opciones, debes saber que el curso de la historia está contigo. El público está contigo, listo para aplaudir cuando ganes. Cuanto más te expones, más suerte parece que tienes.

Se dice que el arquitecto Daniel Burnham aconsejaba a sus alumnos: «No hagáis planes pequeños». Con esa frase, los animaba a que pensasen a lo grande. A que abordasen problemas enormes. A que no se quedasen en las actitudes timoratas de la vida, sino que intentasen ir más allá. A que hiciesen algo tan nuevo y distinto que les diese miedo.

Todos los grandes líderes y emprendedores de la historia han tenido éxito porque corrieron riesgos. Porque aunque es posible que estuviesen

asustados, no tuvieron miedo. Porque cometieron grandes audacias. Salieron a la palestra. Tiraron los dados. Tuvieron agallas.

Y la mayoría de las veces alcanzaron el éxito. Si no, no estaríamos hablando de ellos.

«Sostengo que las decisiones atrevidas son la mejor garantía de éxito —escribió el general Erwin Rommel en una carta—. Pero debe distinguirse entre atrevimiento estratégico o táctico, y lo que no sería sino un juego de azar. Puede calificarse de acción atrevida aquella cuyo resultado no es del todo cierto, pero que, en caso de fracasar, deja disponibles las fuerzas suficientes como para salir al paso de lo que pueda ocurrir. El juego de azar es la operación que puede conducir a la victoria o al completo aniquilamiento de las propias fuerzas. Existen situaciones en las que la decisión queda justificada, como cuando la derrota es cuestión de tiempo, o cuando ganar unos días no significa nada y las únicas probabilidades de éxito descansan en una maniobra sumamente atrevida».

La audacia táctica y estratégica de Rommel en el campo de batalla hizo de él un adversario muy astuto en el norte de África al principio de la Segunda Guerra Mundial. Aun así, no podemos evitar condenar su falta de atrevimiento contra Hitler antes de que estallase la guerra. De hecho, la falta de coraje fue el problema de casi todos los generales alemanes, muchos de los cuales consideraban a Hitler un desquiciado repugnante, pero no tuvieron el valor de romper el protocolo militar y desafiarlo cuando secuestró su país. Eran algunos de los hombres más valientes del mundo, se habían enfrentado al fuego y la muerte en muchas ocasiones, pero en las reuniones se acobardaban y esperaban que otro hiciese algo. Al aguardar, esperar y acobardarse, fueron cómplices de crímenes atroces. Nunca alcanzaremos a entender su conflicto, pero la inacción selló su destino.

Al final, después de dejar pasar el momento en el que le habría venido

bien un poco de atrevimiento, lo único que le quedó a Rommel fue el azar. Pero en 1944 el azar estaba justificado. La derrota era cuestión de tiempo, de modo que ¿por qué no intentarlo? Y eso hizo. La fortuna no acabó favoreciendo a los conspiradores que intentaron destituir y matar a Hitler en el atentado del 20 de julio, pero la historia al menos respeta su intento.

Un poco de atrevimiento ahora vale más que el coraje de quienes desafían a la muerte en el futuro. Lo primero requiere menos favor de la fortuna para tener éxito que lo segundo.

Jeff Bezos, fundador de Amazon, ha dicho que él no hace «apuestas que se juegan la empresa». Porque no le hace falta: la complacencia te pone en la situación de tener que correr grandes riesgos. Y es la empresa la que, después de años de no hacer caso a las tendencias, al final tiene que renovarse o morir. Cuando intentas compensar deficiencias previas es cuando tienes que jugártelo todo. Según él, es preferible hacer buenas apuestas a diario. Calculadas en lugar de imprudentes. Graduales en vez de muy peligrosas.

Haz lo difícil ahora.

Hoy sé constante y valiente en todo lo importante.

Tendrás que confiar en que no sea tan arriesgado como crees. En que no estés tan solo como crees.

Aunque no lo parezca, cuentas con un respaldo. La fortuna te acompaña. El destino te sonríe. Pero se cansa rápido. Si le haces esperar, se enfadará contigo.

Mejor arriesgar ahora que apostar más adelante.

En cualquier caso, sé valiente.

El coraje de comprometerse



Como escribió el biógrafo Hermann Hagedorn, la historia de Theodore Roosevelt «es la de un niño que leía sobre grandes hombres y decidió que quería ser como ellos». Detectas en esas palabras una pizca de desdén, ¿verdad?

En realidad, Roosevelt creía. En él. En las historias. En algo más grande que él mismo. Tanto entonces como ahora, a mucha gente le resulta absurdo, incluso peligroso. Además, aparece en la Biblia: «Cuando me hice un hombre, acabé con las cosas de niño».

De Gaulle también fue objeto de mofa. Él creía sincera y fervientemente en la grandeza de Francia. Estaba convencido de que existía el destino. «Francia es una gran potencia», repetía. Una afirmación ridícula cuando el país se hallaba postrado, a merced de los aliados por un lado y en colaboración pasiva con los nazis por otro.

Cuando leemos algunas de sus citas, no podemos evitar torcer el gesto. Tenemos una vena cínica muy arraigada. Queremos que la gente madure. Que sea realista. Que se deje de cuentos.

Sin embargo, sin esa convicción, sin el coraje para seguir adelante a pesar de la condescendencia, de las críticas, de la futilidad de todo, ¿dónde estaríamos? Desde luego, si a De Gaulle no le hubiese importado tanto Francia, no se habría arriesgado para salvarla. Su creencia sincera, casi vergonzosa en el destino lo empujó a hacer historia. Tuvo el valor de

adoptar el papel de un gran hombre y, al hacerlo, reconstruyó una gran nación. Para Roosevelt, la preocupación era una fuente de coraje. Es lo que lo motivó a invitar a Booker T. Washington a la Casa Blanca a pesar de sus dudas. Es la causa por la que cabalgó por montañas para enfrentarse al enemigo, por la que se negó a ceder bajo la presión de intereses corporativos y por la que resistió a la altiva superioridad y la indiferencia de su clase social.

Como dijo el general Mattis, el cinismo es cobardía. Hace falta coraje para preocuparse. Solo los valientes creen, sobre todo cuando los demás están llenos de dudas.

Se reirán de ti. Los fracasados siempre se han reunido en capillitas para hablar de los triunfadores. Los desesperados siempre se han burlado de los esperanzados. Los que tienen miedo hacen lo posible por convencer a los valientes de que intentarlo es inútil. Desde la época de los sofistas, por el motivo que sea, los académicos siempre han utilizado su considerable inteligencia para enturbiar las aguas en vez de aclararlas.

Esa es la niebla que los valientes deben atravesar. El sendero pedregoso por el que andamos no está flanqueado por gente que nos anima, sino por personas que quieren llevarnos por el mal camino o convencernos de que abandonemos. Es más probable que traten de convencerte de que no importa, de que nada cambiará, que te amenacen o te intimiden para que no lo intentes. Se necesita fuerza para conservar la pureza, para seguir preocupándose, para ser explícito y sincero acerca de lo que la gente educada parece considerar torpe.

Por eso no nos gusta hablar del coraje, y no digamos de la virtud. Está pasado de moda. Es incómodo. Es tan guay como un póster motivacional colgado encima de la cama. Mejor aparentar que estás por encima de eso, no sea que te juzguen por no estar a la altura.

Pero ¿acaso alguien ha conseguido algo en un ámbito que no le importase? ¿Alguien ha hecho lo correcto con ironía? Nadie ha alcanzado la grandeza sin creer que valía la pena. Nadie es valiente sin armarse de valor y triunfar sobre el cinismo y la indiferencia.

«No te arredre la grandeza», escribió Shakespeare. Deja que entre en tu sangre y tu espíritu. Pelea por ella.

¿Qué más da si no te entienden? Los que se ríen de que subes la montaña no se imaginan dando el primer paso para pisar terreno incierto. Les demostrarás que se equivocan. Y aunque no lo consigas, habrás tenido el valor de haberte puesto manos a la obra.

El nihilismo es para los perdedores.

Amarás a tu prójimo



Es la piedra angular de la indiferencia y la insensibilidad. La historia que demostró que algo no funciona en nuestro mundo moderno.

A las tres de la madrugada del 13 de marzo de 1964 una chica llamada Kitty Genovese fue brutalmente violada y apuñalada delante del bloque de pisos donde vivía. Cuando pidió ayuda a gritos, nadie le hizo caso. Mientras los sonidos de su asesinato resonaban por el barrio, más de tres docenas de personas subieron el volumen de sus televisores, se dieron la vuelta en la cama o decidieron que no era asunto suyo.

¿Por qué? Por miedo. Por egoísmo. Por enajenamiento. Tal vez pensaban que otra persona haría algo. Tal vez que ellos no podían hacer nada. La cobardía y la indiferencia de la comunidad hicieron sentir tan amparado a un violador y asesino en serie que volvió para robar cincuenta dólares del monedero de la víctima.

¿Qué habríamos hecho si esa noche hubiésemos estado en casa? ¿Un año con 636 asesinatos y nuestra ajetreada vida nos habrían insensibilizado ante los gritos de una mujer agonizante?

Aunque esta historia ha pasado a representar todos los males de la sociedad actual, una vecina de Kitty no se mantuvo tan distante como los demás. En realidad, más de una. Al oír los ruidos, una vecina llamó a Sophia Farrar, una joven que vivía en el edificio, para decirle que creía que Kitty tenía problemas.

Sin pensar en su seguridad, Sophia, con treinta y tantos años y un bebé en casa, se vistió rápidamente y fue corriendo en dirección a los gritos. Kitty yacía delante de la puerta del edificio, manteniéndola bloqueada. Después de abrirla con cuidado, Sophia halló a Kitty casi sin vida, empapada en su propia sangre, apuñalada en el pecho y en los pulmones. Sophia susurró a Kitty con dulzura para intentar salvarle la vida. Gritó hasta que alguien llamó a una ambulancia. La joven alentó a su vecina a que aguantase, diciéndole que la ayuda estaba en camino. Hizo saber a la mujer agonizante que la querían, que alguien estaba allí con ella.

Demasiado tarde. Kitty se desangró en la ambulancia de camino al hospital.

«Solo espero que supiese que fui yo —diría Sophia—, que no estaba sola».

Sí, la historia de Kitty Genovese es una historia de cobardía e insensibilidad, pero también es la historia de una amiga que abraza a otra en sus últimos momentos, del consuelo y la bondad que aún son posibles en un mundo en el que muchas personas han perdido la fe.

¿Qué clase de amigo y vecino eres tú?

Kitty Genovese era una lesbiana que había empezado a vivir con su novia hacía poco; una decisión importante en 1964. Ella y Sophia eran amigas, pero no se limitaban a saludarse por el pasillo. A veces, Kitty llevaba al hijo de Sophia al colegio en coche. Sophia cuidaba del caniche de la pareja cuando se iban de la ciudad. La una podía contar con la otra, se ayudaban, como deben hacer los vecinos. Cuando llegó el momento de la verdad, cuando ocurrió la tragedia de Kitty, Sophia estuvo allí.

«Los hombres glorifican toda clase de valentía menos la que pueden mostrar a favor de sus vecinos más cercanos», comentó George Eliot en *Middlemarch*. Sophia Farrar no es el tipo de persona en la que solemos

centrarnos. No la mencionaron en el famoso artículo del *The New York Times* que dio a conocer el caso a millones de personas. Nunca concedió entrevistas, nunca fue objeto de atención, nunca se defendió de quienes insinuaron que era otra desconsiderada y cobarde vecina más.

Sin embargo, que no se reconociese su mérito, que no lograse salvar a Kitty, no desmerece su coraje. Lo que importa es que Sophia intentó hacer algo. Corrió al lugar del crimen sin pararse a pensar en su seguridad. Pidió ayuda. Dio consuelo. Se preocupó. Eso es lo que hacen los héroes.

No siempre tendremos éxito, pero debemos intentarlo. No podemos endurecer nuestros corazones ni subir el volumen del televisor. No hace falta que esperemos un momento trascendental. Se trata de hacerlo a diario, por nosotros y por los demás.

«Estoy orgulloso de haber decidido desde el principio —explicó Varlam Shalamov sobre la prueba que experimentó en el gulag— que nunca sería un capataz si mi libertad podía causar la muerte de otro hombre, si mi libertad tenía que servir a los jefes oprimiendo a otras personas, prisioneros como yo. En esta gran prueba, mi fuerza física y espiritual resultaron mayores de lo que creía, y estoy orgulloso de no haber vendido a nadie, de no haber llevado a nadie a la muerte ni a otra condena, y de no haber denunciado a nadie».

La libertad del mundo moderno, la libertad de tu éxito, no es libertad para que nada te importe. No te da permiso para ser indiferente. Sí, tienes muchos problemas. Sí, casi todo el mal del mundo no es culpa tuyo. Pero no puedes hacer oídos sordos a los gritos de alguien inocente que pide ayuda.

La vecina de Ana Frank, una chica llamada Miep Gies, casi de la misma edad que Sophia, se arriesgó durante meses para proteger y abastecer a la familia judía escondida en el desván. También sabemos cómo parece que acabó esa historia —un vecino los traicionó—, pero tenemos que centrarnos

en quienes se esforzaron con valentía para impedir que eso ocurriese. Como explica Gies, debemos tener el coraje de ayudar, aunque sea una batalla perdida. «Cualquier intento de actuar es mejor que la inacción —reflexionó años más tarde—. Un intento puede salir mal, pero la inacción lleva inevitablemente al fracaso».

Tenemos que intentarlo. Porque si no lo hacemos nosotros, entonces ¿quién?

No podemos limitarnos a lamentar la oscuridad del mundo en el que vivimos. Tenemos que buscar la luz. Tenemos que ser la luz.

Por nuestros vecinos más cercanos. Unos por otros.

Audaz no es temerario



Un hombre con coraje forma una mayoría.

Es esperanzador. Peligroso también.

¿Y si el hombre se equivoca? ¿Y si es un ególatra? ¿Y si su causa es injusta? Así se crean los déspotas y se levantan los regímenes asesinos. Así las religiones se convierten en sectas apocalípticas.

Un hombre puede despeñarse —y precipitar a la mayoría— con facilidad.

Es importante entender que el coraje, como virtud, debe contraponerse a la también esencial virtud de la moderación. De hecho, Aristóteles utilizó el coraje para ilustrar el concepto de templanza. «El coraje —dijo— es el punto medio entre dos vicios: la cobardía, que es la más conocida, pero también la imprudencia, que es igual de peligrosa».

Con respecto a la carga de la Brigada Ligera, se dijo que lord Lucan, que dio la orden, fue un idiota demasiado precavido, mientras que lord Cardigan, que dirigió la carga suicida sin cuestionarla, fue un idiota imprudente.[9] Ambos son malos, pero tendemos a castigar más lo primero que lo segundo.

Es un error. El miedo puede proteger a una persona. La temeridad absoluta aboca al desastre.

Eso es lo que Marco Aurelio se esforzaba por ser: «Nunca tener prisa ni demorar; no quedarse sin recursos con la mirada baja […] o, al contrario, enojado y receloso». El líder, como el adolescente que busca pelea, acabará

siendo superado y perderá… es posible que más que el orgullo. Y lo que es peor, ¿quién sabe si otra persona puede verse arrastrada y pagar por su arrogancia?

Hay una historia sobre un soldado espartano reconocido por su valentía casi sobrehumana en la guerra contra Tebas. Tras la batalla, el soldado fue multado por los gobernantes de la ciudad por luchar sin armadura. De forma innecesaria, estaba poniendo en peligro un activo de Esparta: él.

El coraje no consiste en demostrar quién la tiene más larga. Ni en fanfarronear porque sí. No equivale a ir en moto sin casco porque te creas invencible. El coraje es cuestión de riesgo, pero solo el necesario. Solo un riesgo pensado con detenimiento.

Por eso las personas realmente valientes suelen ser bastante discretas. No tienen tiempo ni interés en alardear. Además, saben que presumiendo uno se pone una diana en la espalda… ¿Y qué se consigue con eso? Eso no quiere decir que sean asustadizas o retraídas. Como también señala Aristóteles, la franqueza es el justo medio entre la exageración y el menosprecio. El que sabe, sabe.

Cuando te topes con valor auténtico en este mundo, percibirás su intensidad antes de verlo. No se manifestará en una caricatura del amante de las emociones fuertes o el temerario. Como hemos dicho, alguien valiente no va por ahí a lo loco. No es tonto; por tanto, no busca conflicto. A pesar de su osadía, actuará con moderación a menos que por casualidad te lo encuentres en uno de esos escasos momentos decisivos en los que recurre al coraje. Y aun así, en plena acción se mostrará prudente y sereno, metódico y comedido.

El coraje encarnado de esa forma recuerda al retrato que hace Stefan Zweig de Magallanes, el explorador de incuestionable valor:

> Pero es preciso acentuar y repetir que en Magallanes el concepto de «decisión» tiene un matiz

particular. En su caso, obrar con decisión no significa arrojarse sobre algo y atacarlo de manera impulsiva, sino al contrario: emprender algo en extremo peligroso con el máximo de precaución y cálculo. Los planes más atrevidos de Magallanes son siempre como el buen acero, forjado, sí, en la llama de la pasión, pero endurecido después en la reflexión más moderada.

Nuestro modelo no es alguien impetuoso, sino con sangre fría. La gracia bajo presión también se expresa por algo como «elegancia bajo presión». La cautela y el cuidado no son antónimos del coraje, sino complementos.

Asegúrate de combinarlos.

A menudo tenemos motivos para lamentar nuestra impetuosidad.

Pero ¿la valentía?

Jamás.

La capacidad de acción se toma, no se da



Tuvo que llegar 2011, casi cuatro años después de ser atacado, tiempo durante el cual la gente no dejó de decirle «No puedes hacer nada», para que Peter Thiel cambiase de opinión.

O, mejor dicho, para que su mente se abriese.

En una cena en Berlín con un joven conocido como «Señor A», Thiel había estado hablando de *Gawker* y del tormento que le había provocado. Se quejó del terrible efecto que el sitio web tenía en la cultura, la impunidad con la que exponía la intimidad de la gente y el cruel regodeo con el que lo hacía. El Señor A, armado de una buena dosis de valentía, desafió al multimillonario proponiendo que Peter utilizara sus ingentes recursos para tomar cartas en el asunto. «No —contestó Peter, repitiendo como un loro lo que tantas veces le habían dicho—, no es posible».

Entonces llegaron a sus oídos las palabras que todos necesitamos oír: «¿Cómo sería el mundo si todos pensasen así?».

Aunque la capacidad de acción es algo con lo que todos nacemos, pocos decidimos ejercerla. Aceptamos las limitaciones que nos imponen otras personas. Escuchamos lo que según ellos es viable o no. Y tras revisar las probabilidades, las convertimos en una verdad efectiva.

El miedo te priva de tu poder y te hace pensar que no lo tienes. Si no

crees que puedes hacer algo, no solo es poco probable que puedas hacerlo, sino que con total seguridad ni lo intentarás. Por eso necesitamos que más personas se liberen de esa mentalidad.

El momento decisivo para Florence Nightingale fue cuando comprendió que nunca iban a darle lo que sabía que necesitaba. Como escribió en su diario, descubrió que tendría que tomarlo ella misma. Tenía que exigir la vida que deseaba.

«Eso no existe en francés», contestó Napoleón a una persona que le dijo que un problema era imposible de resolver. Y luego fue e hizo lo que los demás decían que no se podía, por sí mismo, por Francia.

«Todo empieza rechazando la injusta tiranía del azar», ha escrito Peter Thiel. Él lo sabía; solo tenía que creérselo.

Olvida el fatalismo. Toma el control de tu vida, como Nightingale. Rechaza la mentalidad pesimista que dice que estamos a merced de fuerzas que escapan a nuestro control. Sí, puedes. Debes hacerlo.

Si nadie cree en la teoría del gran hombre de la historia, ¿cómo se escribirá? ¿Quién la hará?

Desde luego, tú no. Desde luego los héroes que necesitamos tampoco.

Todos tenemos el poder para poner fin a nuestro cautiverio. Todos tenemos los medios para ejercer nuestra capacidad de acción. Empieza por una decisión, pero se afianza con la acción. «Pocos hombres con logros —observó Da Vinci— han llegado adonde están porque les haya pasado algo. No —dijo—, ellos hicieron que pasase».

Así pues, ¿qué vas a ser? ¿El objeto inamovible o la fuerza imparable? ¿El líder o el seguidor? ¿La aceptación pasiva o la resistencia activa?

Tienes que creer en tu capacidad para cambiar el *statu quo*. Tienes que intentar cambiarlo. Porque eso también es una verdad efectiva. Quien no se pliega a las razones de los demás cambia el mundo. Quien cree que puede

decidir el fin de su historia al menos tiene la oportunidad de escribir parte de ella.

Tras esa reunión en Berlín, Thiel financió y supervisó una trama que sorprendió al mundo. *Gawker* se declaró en bancarrota, pues no pudo hacer frente a la multa de 140 millones por su indignante conducta en un caso sin relación alguna que Thiel utilizó poco a poco, furtivamente, contra ellos. [10]

No tienes que estar de acuerdo con la respuesta de Thiel. Es razonable asustarse ante las demandas que acabaron llevando a la empresa a la bancarrota y que casi permitieron al magnate hacerse con todo el sitio web. De hecho, deberías cuestionarla. Por sí sola, la capacidad de acción tiene muy poca importancia; lo que importa es hasta dónde estamos dispuestos a llegar para imponernos nosotros y para imponer nuestro poder.

No obstante, es indudable que lo que él consiguió es algo que pocos podrían haber logrado y que todos tenían miedo de hacer. Alcanzó algo que nadie creía posible. Descubrió capacidad de acción donde otros no veían más que imposibilidad. En vez de ser alguien a quien le ocurrían acontecimientos, se convirtió en quien los provocaba. Hizo lo que quiso, lo que consideró necesario, lo que creyó que haría del mundo un sitio más libre y seguro.

Cuando la violencia es la respuesta



Poco después de declarar ante el gran jurado contra los agentes corruptos del departamento de Policía de Nueva York, Frank Serpico fue destinado al distrito norte de Manhattan. El primer día de trabajo notó que algo no iba bien. Aunque nadie lo miraba, toda la energía de la sala apuntaba hacia él.

Fue una escena arquetípica, similar a las representadas en la sabana o el patio del colegio desde que el mundo es mundo. De pronto un agente, sin duda seleccionado para la misión, abordó a Serpico. Se puso a su lado y sacó del bolsillo una navaja automática que sostuvo con la mano abierta. «Aquí sabemos ocuparnos de los tíos como tú —dijo mientras abría la hoja de la navaja—. Tendría que cortarte la lengua».

Ese agente no entendía que Serpico, como Frederick Douglass, estaba harto. Ya tenía suficiente. Al instante, agarró al hombre por la muñeca y se la retorció hasta que el agente se cayó al suelo. Plantándole la rodilla en la espalda, Serpico lo inmovilizó contra el suelo y le pegó al cráneo su semiautomática de 9 milímetros. «Muévete, hijo de puta —le dijo—, y te vuelo los sesos».

La pistola tenía catorce balas. Suficientes para todas las personas de la sala. Bastantes para que Serpico dejase algo claro: no iba a dejarse intimidar. No iba a dejarse tocar. No pensaba dar marcha atrás.

¿Son admirables o impresionantes esos momentos de tremenda intensidad? No, sería preferible que no tuviesen que producirse. Ningún

tipo bueno debería tener que sacar una pistola para apuntar a un tipo malo. Nadie debería tener que defenderse por hacer lo correcto.

Al mundo le da igual cómo deberían ser las cosas. ¿Habrías preferido que Serpico hubiese aceptado la corrupción en vez de defenderse? ¿Debería haberse dejado matar antes de destaparla? Hasta Gandhi, un hombre de increíble bondad y moderación, sabía que a veces hay que cruzar la línea. «Cuando solo es posible elegir entre la cobardía y la violencia —dijo—, hay que decidirse por la solución violenta».

Querían tapar la boca a Serpico. Querían que escogiese entre su vida y su causa. En vez de eso, él volvió las tornas.

Nadie debería buscar situaciones como esas, pero debes ser consciente de que puedes verte en medio de una. Entonces entenderás una socorrida expresión entre los instructores de autodefensa: la violencia casi nunca es la respuesta, pero cuando lo es, es la única.

Un general espartano hizo la misma observación a unos asustadizos campesinos. Al ver que un ratón cazado por un niño se balanceaba colgando de la cola y mordía a su captor, el general dijo: «Cuando el animal más pequeño se defiende así de sus agresores, ¿qué creéis que deben hacer los hombres?».

Como demostraba ese ratón, ninguna especie sobrevive sin la voluntad de protegerse. Sin valor, sin espíritu guerrero, nadie —ni ningún país— sobrevive demasiado tiempo. Hay muchos pacifistas en el mundo, pero hasta ellos comprenden que su idealismo es viable porque otros están dispuestos a ser pragmáticos.

A veces el coraje físico es necesario para proteger el moral. Habrá momentos en los que corramos peligro, o en los que alguien a quien queremos corra peligro. Unas palabras amables no los evitarán. El aplomo

no nos protegerá. Hará falta intensidad, agresividad, una demostración de fuerza. En esos momentos no podemos asustarnos. No podemos retroceder.

No podemos dejarnos intimidar. No podemos no hacer nada.

En esas situaciones, tendremos que devolver el golpe, y hacerlo con contundencia.

Debemos alzar los puños. Debemos plantarnos. A no ser que queramos acabar de rodillas.

Márchate



He aquí un breve resumen del viaje a Estados Unidos de Maria Giovanna, la madre de Frank Serpico. Ella y su marido querían emigrar de Italia con la esperanza de tener más oportunidades. Decidieron que ella fuese primero, y eso hizo, con solo veintisiete años; viajó por mar embarazada de siete meses.

Durante la travesía se puso de parto y dio a luz prematuramente en el barco. Llegó al nuevo país en pleno invierno, sangrando del parto y sin saber inglés. El pariente que tenía que ir a recibirla no se presentó. Era una época anterior a los cuidados intensivos neonatales, de modo que perdió a su querido bebé y acabó en un hospital de la caridad. Sola.

Una semana más tarde, fue rescatada por unos familiares lejanos con quienes vivió en Brooklyn durante un año, trabajando sin descanso en una fábrica —sin quejarse, de manera estoica— mientras esperaba a que su marido llegase de Italia.

Cuando desembarcó el padre de Serpico, el único trabajo que encontró fue de limpiabotas. Pasaría casi una década hasta que pudiese abrir su propio taller de zapatero, su sueño desde el principio. Con el tiempo criaría a tres hijos, uno de los cuales acabaría desafiando y reformando el departamento de Policía de Nueva York casi sin la ayuda de nadie.

¿Abandonar tu hogar, abandonar lo que conoces, arriesgarlo todo por la esperanza —normalmente una esperanza proyectada, deprimente e ingenua

— de una vida mejor? ¿Cruzar océanos y desiertos, enfrentarte a disparos, prejuicios, muros e incertidumbre? Quizá sea lo más valiente que puede hacer un ser humano.

Es bonito y edificante.

Goebbels se refería a los refugiados y emigrantes de Europa como «cadáveres de permiso». Meros cuerpos, fugitivos, el problema de otra persona, condenados a morir en otra parte. «No mandan a los mejores».

¿La audacia, el riesgo, la tenacidad y determinación férreas? Puede que no fuesen los más cultos, puede que no fuesen los más ricos, es posible que algunos dejasen sus errores y fracasos tras de sí, pero los inmigrantes demuestran una virtud que todos admiramos. ¿Cansados? ¿Sumisos? Hablamos de guerreros infatigables. Son los descendientes de los pioneros y exploradores. ¿Dónde estaríamos nosotros sin esa clase de coraje?

¿Quién no querría que su economía y su cultura se impregnasen de esa valentía? ¿Quién no puede aprender algo del coraje en una vida cómoda y segura como la nuestra?

Pero la emigración no es la única forma de marcharse. A veces marcharse significa tener el coraje para dejar un empleo que está en un punto muerto. A veces equivale a abandonar un proyecto en el que hemos invertido vida y ahorros. O representa salir de un partido político. También es decidir divorciarse después de años de infelicidad juntos.

Hemos hecho lo que hemos podido. Nos hemos esforzado. Hemos luchado ardorosa, intensamente. No ha dado resultado.

Algunas personas utilizan el hecho de que algo no va bien como excusa. Otras aducen su entorno como motivo de desesperación. Algunas creen que la falta de oportunidades es un problema que se resuelve solo. Otras se levantan y hacen algo al respecto.

¿A qué grupo perteneces?

En su diálogo con Laques, Sócrates le pide una definición del valor. Recibe una buena respuesta: «Es una disposición del alma a manifestar constancia en todo». Sócrates no puede dejarlo ahí, claro, porque manifestar constancia en lo que no se debe, continuar con una iniciativa temeraria o imposible, no puede calificarse como sabio.

Marcharse da miedo. El fin de algo puede parecer una especie de muerte. Un lugar o algo nuevo supone incertidumbre. Es arriesgado. Es doloroso. Exige tomar decisiones difíciles. Nadie puede prometerte que el siguiente sitio o la siguiente tentativa irá mejor. Pero es muy cierto que seguir haciendo lo mismo de idéntico modo en ese sitio una y otra vez no solo es una insensatez, sino, a la larga, una forma de cobardía.

Da igual si alguien es de México, Siria o Sri Lanka, o si huye, si se ha desvinculado de un negocio en quiebra o si se ha apartado de un nicho de éxito que se ha quedado estancado. Da igual si esas personas han seguido la ley a rajatabla, si han sido unos angelitos… Lo que importa es que están haciendo algo. Están controlando lo que les pasa, no al revés. Están apostando fuerte. Y para eso hacen falta *cojones*.

Sabiendo por experiencia lo que hace falta para dar el salto, deberíamos admirar esa cualidad cuando la vemos en los demás. Y también debería servirnos de inspiración: ninguna situación es desesperada, siempre tenemos capacidad de acción. Siempre podemos armarnos de valor, liar el petate y marcharnos.

Haz tu trabajo



A las doce menos cuarto del 21 de octubre de 1805, Horatio Nelson ordenó a su abanderado que comunicase por señas a la flota, al comienzo de la batalla de Trafalgar, «Inglaterra espera que todo hombre cumpla con su deber».

Quería que luchasen. Cuerpo a cuerpo. Que hiciesen el trabajo para el que se les había instruido.

No son pocos los motivos que el miedo nos da para no hacer algo: es demasiado difícil. Es demasiado peligroso. Hay demasiados riesgos. Las órdenes son absurdas. El jefe debería haberme puesto al mando.

El coraje elimina el ruido de fondo. Te recuerda lo que requiere la situación. Te recuerda para qué te apuntaste.

Todos tenemos distintos deberes. Está el deber de un médico o el de un funcionario del juzgado. Está el deber de un soldado. El deber de un padre para con su hijo, de un esposo para con su pareja. También está el deber de toda persona con potencial, el deber de todo ciudadano con conciencia. El deber no solo es hacer lo que juraste, ni no hacer lo que la ley prohíbe; es lo que se exige de nosotros como buenos seres humanos. Nuestro deber es hacer lo correcto, ahora.

Tampoco hacerlo sin entusiasmo, sino con todo el ahínco y el compromiso de los que seamos capaces. Con la convicción de que podemos cambiar algo. De que debemos hacerlo.

Será difícil. Puede que el juramento de tu cargo te ponga en una situación imposible. Puedes verte como Helvidio, a quien el emperador le ordenó retirarse, pero el deber y el respeto por sí mismo le impedían obedecer. Habrá tensión entre intereses. Críticas y riesgo.

Pero ¿qué?

¿Y…?

¿Sabes lo que pasa cuando evitamos lo difícil? ¿Cuando nos decimos que no importa? ¿Cuando alguien no hace su trabajo en el momento, pasa una decisión complicada a alguien de arriba o la deja para más adelante? Que obligamos a otra persona a hacerlo, a veces a un precio más alto. La historia de la contemporización y la procrastinación nos lo demuestra: la factura acaba llegando con intereses.

El problema del deber es que tenemos la opción de no hacerlo, pero al mismo tiempo sabemos que en realidad no hay otra opción. O, mejor dicho, hay una única opción.

Durante cinco horas y media, la flota británica luchó contra los franceses y los españoles en la batalla de Trafalgar. El enfrentamiento supuso el punto culminante del plan de Napoleón para conquistar Europa. Fue una de las batallas navales más reñidas de la historia.

Nelson podría haberla contemplado desde un lugar seguro, y considerando que había perdido un brazo en una batalla anterior, quizá hubiese sido lo más prudente. Pero había demasiado en juego para dirigir el combate desde la distancia. Además, un almirante debe enfrentarse a los mismos riesgos que quiere que corran sus soldados. De modo que se paseó por la cubierta de su barco, inmune a los peligros, dictando órdenes y haciendo ajustes. Puso toda la carne en el asador contra el enemigo y se entregó al máximo.

Entonces una bala perforó la columna de Nelson.

Cuando lo llevaron bajo cubierta, pronunció sus últimas palabras: «Gracias a Dios he cumplido mi deber».

Todos deberíamos morir orgullosos con semejante pensamiento. «Cualquier lugar peligroso es defendible si lo protegen hombres valientes», dijo John F. Kennedy.

Lo defienden los que hacen su trabajo. Los que responden a la llamada. Serpico cuando se encaró a sus compañeros de la policía. Nightingale cuando desafió la burocracia y la apatía de su época. Roosevelt cuando alborotó el gallinero invitando a cenar a Booker T. Washington.

Churchill mantuvo ese espíritu al no rendirse para salvar Gran Bretaña. Como Nelson, creía que había «algo en el espacio y el tiempo y más allá del espacio y el tiempo, que, nos guste o no, representa el deber».

Le llamó. Él respondió. Muchos han respondido. ¿Lo harás tú?

Puedes vencer a la adversidad



Él mismo se había metido en el lío, pero no por ello era menos complicado.

Los norcoreanos habían invadido Corea del Sur y habían superado con rapidez a las fuerzas de la República de Corea. El general Douglas MacArthur, el comandante de las fuerzas de Estados Unidos en la zona, había sido sorprendido en Japón. Respaldado por la ONU, inundó de tropas Corea del Sur, pero apenas bastaron para aguantar.

Seúl cayó. Se complicó la situación. Las tropas de Estados Unidos, atrapadas en lo que se llamó el Perímetro de Pusan, recibieron la orden de «resistir o morir».

La esperanza de obtener la victoria era mínima; para todos menos para el general MacArthur, a quien se le ocurrió una idea: preparar una invasión anfibia en el puerto de Incheon, a unos doscientos cincuenta kilómetros de la costa de Corea del Sur, desembarcando detrás de los invasores. MacArthur creía que, si pillaban al enemigo por sorpresa, podrían dar un vuelco a la guerra.

Sin embargo, había un problema. Era difícil pensar en un puerto que dificultase más una invasión que el de la gris e industrial Incheon. Contaba con todos los obstáculos geográficos imaginables. Marismas. Orillas rocosas. Rodeado de rompeolas y embarcaderos de hormigón, con la marea baja el puerto sin playa era un campo de extermino en potencia y, con la

marea alta, una traicionera y mortífera corriente de resaca. Solo podía accederse a él dos días al mes. Incluso entonces, solo unas horas… si no estaba ya bloqueado con minas.

Todo el mundo tenía reservas.

Menos MacArthur. Dirigiéndose a una pizarra, escribió en francés: «*De qui object?*» («¿Cuál es el propósito?»). Sorprender al enemigo. Presionarle. En el mapa, dibujó un círculo alrededor del puerto. «Ahí debemos desembarcar, en Incheon: lanzarnos a la yugular». No debían «dejarse aconsejar por sus miedos», dijo: era cuestión de fuerza de voluntad y coraje.

Sus superiores repasaron la operación. No les causó buena impresión. «La operación no es imposible —dijo el vicealmirante de la Marina a MacArthur—, pero no la recomiendo».

Ese juicio debería haber resultado desalentador. En cambio, animó a MacArthur. Le estaban diciendo que existía una posibilidad. Eso es lo que significa «No es imposible». Ya sea un 1 por ciento de probabilidades o un 0,0001 por ciento, lo único que necesita oír el coraje es que existe una posibilidad.

¿Es difícil? ¿Poco probable? Da igual.

En realidad, a MacArthur le gustaban las posibilidades de la operación por su improbabilidad extrema. «Los norcoreanos considerarían imposible un desembarco en Incheon —dijo—. Así podré pillarlos por sorpresa». Los obstáculos grandes, pero no insuperables, representan la oportunidad perfecta para que los valientes obtengan increíbles victorias.

Ningún comité de Washington para señalar las «realidades» de la situación iba a convencer a MacArthur. Se acordó de las palabras de su padre: «Doug, los consejos de guerra solo engendran cobardía y

derrotismo». Según sus cálculos, las probabilidades de éxito eran de una entre cinco mil.

Bastaba. «Casi puedo oír el tictac del segundero del destino —dijo—. Debemos actuar ahora o moriremos […] El desembarco en Incheon será un éxito. Y salvará cien mil vidas».

El 15 de septiembre de 1950 los cañones abrieron fuego y dieron comienzo a la invasión. Con solo unos minutos de antelación, desembarcaron unos trece mil marines. Cuando MacArthur puso un pie en tierra, lo primero que hizo fue vomitar. Pero lo había conseguido. Había vencido a la adversidad. La fortuna favorece a los audaces.[11]

¿Dónde estaríamos sin personas con el valor suficiente para desafiar a la adversidad? Si todos los emprendedores, activistas y generales hiciesen caso de las predicciones, ¿en qué mundo viviríamos? Si todos los oncólogos aceptasen la realidad de sus diagnósticos, ningún paciente se salvaría. Si todos los equipos que van perdiendo en el último cuarto de partido creyesen que están vencidos, no habría remontadas. Si en 1940 todos los pilotos de la RAF se hubiesen fijado en los números —una posibilidad entre diez de morir en cada salida—, ¿habría resistido Gran Bretaña?

Si solo hiciésemos aquello de lo que estamos seguros, si solo actuásemos cuando la situación es favorable, la historia no se haría. Las medias siempre han estado en contra de todo acontecimiento.

No debemos olvidar que esas encuestas, esas estimaciones, esos detallados modelos, son estáticos. Lo que no pueden predecir, lo que no pueden tener en cuenta, es al individuo con capacidad de acción, al ser humano que provoca los acontecimientos en vez de quedarse cruzado de brazos esperando a que le pase algo.

Hace falta coraje para mirar las medias y decir: «Yo no soy como la media». Para afirmar: «Alguien será la excepción, y puedo ser yo».

Eso es el coraje. De hecho, no existe coraje sin pronósticos desfavorables, sin la disposición a arriesgarse a perder: el empleo, el partido, el trato, la vida. Si fuese una apuesta segura, ¿qué tendría de valiente?

Tienes que ser consciente de que no eres como la media. Nunca lo has sido. Eres único. Tienes lo que hace falta para desafiar a la adversidad.

Si no te lo crees, ¿quieres que te recuerde que tu existencia tal vez es el acontecimiento más improbable del mundo? Según estimaciones científicas, las probabilidades de que nacieses son de casi una entre cuatrocientos billones, pero eso es quedarse corto. Considera todo lo que tuvo que pasar para que tus padres se conociesen, para que sobrevivieses, para que te encuentres aquí y ahora, pensando en la aventura en la que puedes embarcarte. Eres más que un milagro, eres un milagro dentro del espectro de milagros improbables. Y, sin embargo, aquí estás.

¿Vas a dejar que te frene el hecho de que el éxito sin obstáculos no sea habitual? ¿Vas a dejar que las estadísticas te digan lo que puedes y lo que no puedes hacer? ¿Vas a dejar que te desgasten y te convenzan para jugar sobre seguro? ¿O para no jugar? No es una receta para vivir, para la grandeza, para el bien.

Claro que no puedes despreciar sin más los peligros porque sean inoportunos, sobre todo cuando otras personas dependen de ti. Como ya hemos dicho, el emprendedor que no deja de hacer «apuestas que se juegan la empresa» acabará en la ruina. Puede que cambie de proyecto para volver a apostar, pero los empleados acabarán pagando.

Aun así, no hay escapatoria: a veces debemos tener el valor necesario para desafiar a la adversidad, pero solo cuando existe una posibilidad real de éxito. Y hacerlo solo cuando no nos queda más remedio.

Haz que se sientan orgullosos



La última palabra que Marco Porcio Catón pronunció al enfrentarse valientemente a la muerte en el campo de batalla fue el nombre de su padre.

¿Y las últimas de Porcia, la hija de Catón, cuando murió por culpa del papel que desempeñó en una conspiración contra César? «Soy la hija de Catón».

Su padre le había dado ejemplo. Sus hijos no le decepcionarían. Morirían luchando.

Aunque pocos de nosotros provenimos de una estirpe tan famosa como los hijos del tenaz e incorruptible Catón el Joven, todos descendemos de una larga e ilustre tradición. De manera indirecta, somos herederos de Catón y de todos los demás héroes que han existido a lo largo de la historia, porque no estaríamos aquí sin ellos.

De modo que, ¿cómo podemos fallarles?

Como escribió Longfellow:

La vida de los grandes hombres nos recuerda
que podemos sublimar la nuestra,
y, al partir, dejan tras de sí
sus huellas en las arenas del tiempo.

Aquí, en este momento difícil —a nivel personal, profesional, político—, podemos hallar fuerzas en los ejemplos del pasado. Podemos dejar que las

grandes obras y las palabras edificantes fortalezcan nuestra determinación y afiancen nuestro compromiso.

Cuando Apple se desvió de sus principios innovadores y rebeldes, Steve Jobs recurrió a esa táctica para volver a encarrilar la empresa. «Una forma de acordarte de quién eres —dijo— es recordar quiénes son tus héroes».

Puede que para ti esa figura sea Jesús cuando se negó a huir y se dirigió a la cruz con valentía. Puede que sea Audie Murphy —el soldado más condecorado en la historia de Estados Unidos—, cuando se subió encima de un tanque en llamas y utilizó su ametralladora de calibre 50 durante más de una hora para mantener a raya al enemigo, incluso después de resultar herido, negándose a ceder un centímetro y controlando el bosque hasta que llegaron los refuerzos. Tal vez sea Muhammad Ali, cuando lo arriesgó todo para manifestarse contra la guerra de Vietnam. Tal vez Florence Nightingale, cuando se impuso a sus padres y a las limitaciones de su época para anunciar el camino a un nuevo mundo.

Harry Burns no quería arruinar su carrera política porque su madre viuda dependía de él. Sin embargo, al final, su madre no fue un estorbo, sino una fuente de inspiración. Burns hizo lo correcto por ella, aunque su madre corriese cierto riesgo. Y lo mismo puede decirse de nuestras familias. Avanzamos y progresamos porque queremos que se sientan orgullosos. Porque jamás los traicionaríamos.

La mayoría de nuestros antepasados y predecesores ya no están, pero ¿no vuelve a nosotros su ejemplo? ¿No nos sobrevuela su recuerdo para que recurramos a él cuando lo necesitemos?

Debemos acudir a ellos en nuestros momentos más aciagos. Podemos valernos de su coraje cada vez que sentimos que empezamos a dudar. Piensa en los que llevaron una vida valiente antes que tú y en tu conexión con ellos.

«Tuvisteis a un hombre valiente por abuelo —escribió el padre de Séneca, esperando motivar a sus hijos y a los hijos de sus hijos—. Procurad ser más valientes».

Imagina que tus antepasados —de sangre y de valor— estuviesen aquí, observándote, vigilándote. Recuérdate lo que ellos harían aquí y ahora. No puedes fallarles.

De modo que sé más valiente. Ahora. Aquí, en este momento decisivo.

Cuando vamos más allá de nosotros mismos...



Al hombre lo empujan impulsos. Pero lo arrastran valores.

VIKTOR FRANKL

Aunque el coraje tiene cierto elemento irracional, hay algo todavía más difícil de explicar. El altruismo. El desinterés. De hecho, tanto psicólogos como biólogos y dramaturgos se han esforzado por entenderlo durante años.

«La estupidez humana —observó el historiador estadounidense T. R. Fehrenbach— es más fácil de explicar que el valor humano».

El coraje tiene recompensas claras. Uno corre un riesgo porque espera un beneficio; algo que otros no se atreven ni a intentar alcanzar. Pero ¿sacrificarse uno mismo? ¿O sacrificarse mucho por algo? Está el coraje y luego el heroísmo, la forma más elevada de coraje. El valor encarnado por los que están dispuestos a dar, tal vez a darlo todo por otra persona.

Hubo una vez un líder especialmente cobarde que, mientras estaba en un cementerio militar contemplando las tumbas de los que habían caído en las guerras del país a lo largo de los siglos, dijo: «No lo entiendo. ¿Qué ganaron?». Cuando la mayoría de la gente se plantea esa pregunta, lo hace por una suerte de humildad o asombro, un deseo de entender un fenómeno increíble. Pero para los interesados, los cobardes y los egoístas, la

perplejidad es sincera. ¿Por qué daría la vida alguien por otra persona? ¿Qué clase de trato es ese?

La lógica de la supervivencia es fuerte, sobre todo en aquellos de nosotros con rasgos pragmáticos. Hace falta una persona más fuerte para imponerse a ella. Se trata de una extraña paradoja: es poco probable que los que no tienen una conciencia muy marcada de sí mismos sean valientes. Sin embargo, la forma más elevada de valentía exige cierto desinterés que en algunos casos es suicida. ¿Cómo es eso? Tal vez no se puede explicar con palabras. Tal vez escape a nuestro entendimiento fuera del momento en el que ocurre, como esas proezas de fuerza física sobrehumana en las que una madre levanta un coche para rescatar a un niño atropellado.

No obstante, sabemos que es imprescindible para nuestra supervivencia como especie, y no digamos como hombres de bien. Hay un motivo por el que nuestras mejores obras de arte lo celebran, por el que los nombres de esos héroes siguen siendo referentes siglos después de sus gestas.

El coraje es poco frecuente, pero el heroísmo es la forma más rara de coraje, tan poderosa que nos cuesta mirarla a la cara. La oímos en los discursos de agradecimiento de soldados que reciben la medalla del honor, o en la entrevista con el héroe que acaba de lanzarse delante de un tren para salvar a alguien: «Solo he hecho lo que habría hecho cualquiera». Si fuese cierto, no le estaríamos dando tanta importancia.

El verdadero heroísmo nos avergüenza. Nos da una lección de humildad. Nos lleva más allá de la razón porque proviene de algo situado más allá de ella. Y por eso lo idolatramos tanto.

Es evidente por qué la tasa de supervivencia de los que consiguen alcanzar esa grandeza no es muy elevada. Pero esa es la belleza del heroísmo: hay personas que murieron para que nosotros pudiésemos vivir.

Si no nos esforzamos por entender el significado de ese sacrificio, les fallamos a ellos y a nosotros.

TERCERA PARTE

Lo heroico



En el extenso campo de batalla de este mundo,
en el campamento de la vida,
¡no seas como un buey mudo aguijado!
¡sé un héroe en el conflicto!

HENRY WADSWORTH LONGFELLOW

Si el coraje —moral y físico— es el acto de jugarse el pellejo, la definición de lo heroico es muy simple: consiste en arriesgarse por alguien. Se trata de jugársela no solo buscando tu beneficio, sino por el de otra persona, de algo o de una causa mayor. ¿Acaso no es una de las mejores expresiones de la especie humana? En las situaciones en las que hay verdadero peligro, en las que la esperanza ha desaparecido, nadie necesita un gestor. Nadie necesita el razonamiento calculado de un lógico. Lo que se necesita es acción, un héroe: alguien que salve a las personas, que dé un paso al frente y haga lo que no podemos por nosotros mismos. Y respondiendo a esa llamada, el

héroe accede, aunque sea brevemente, a un plano más elevado. Esas personas acarician el rostro de los dioses. *Megalopsuchia*. Los estoicos lo llamaron «grandeza del alma». Coraje súper, podríamos llamarlo nosotros. A De Gaulle le preguntaron una vez a qué se refería cuando hablaba de la «grandeza» de Francia. El general contestó: «El camino que uno toma para superarse a sí mismo». Ese es el valor que elevamos por encima de los demás porque es muy poco común, muy profundo, algo que solo vemos de forma fugaz. Para alcanzarlo, debemos triunfar sobre el miedo, debemos cultivar el coraje en nuestra vida cotidiana y debemos estar listos para aprovechar las oportunidades que nos presenta la vida, ya sean grandes o pequeñas. Necesitamos mucho a los héroes. ¿Estás dispuesto a ser uno?

Ir más allá de la llamada...



Los griegos no eran perfectos. Los espartanos, menos aún.

Pero no eran serviles, sino mejores que el rey tiránico e insaciable que se lanzó sobre ellos en el 480 a. C.

Jerjes, el soberano del enorme Imperio persa, buscaba sometimiento y venganza. Los griegos le habían ofendido al rechazar a sus emisarios con insolencia y frustrar la invasión de su padre una década antes, y ahora, dotado de un inmenso ejército, invadía Grecia.

Algunas ciudades Estado griegas vieron lo que se les venía encima y se rindieron. Otras aceptaron grandes sobornos para cambiar de bando. La ya inestable confederación de colonias griegas —de Esparta a Atenas, Tebas, Argos y Corinto— estaba al borde de la desaparición, y de ella dependía el futuro de la civilización occidental, aunque en su momento no podían saberlo. ¿Jerjes conquistaría Occidente? ¿Apagaría un rey todopoderoso idolatrado como un dios las ascuas de la libertad y la igualdad, y destruiría un estilo de vida del que tenemos la suerte de disfrutar hoy?

Mientras los aliados se esforzaban por reunirse y prepararse, se decidió que un pequeño ejército formado por trescientos espartanos y su monarca, Leónidas, acudiría raudo a las Termópilas, a las «Puertas Calientes», para frenar el avance de los persas en cuanto pudiesen. Si lograban contener al enemigo, tal vez animasen a Grecia a seguir luchando.

«Dicen que el bárbaro se aproxima y que está cerca, y que nosotros, en

cambio, nos retrasamos —dijo Leónidas a sus soldados—. En efecto, o matamos pronto a esos bárbaros o nos disponemos a morir». Así pues, trescientos de los soldados más selectos de Esparta —todos padres de al menos un hijo vivo—, emprendieron la marcha y atravesaron unos cuatrocientos kilómetros para enfrentarse a la que tal vez sea la situación más desfavorecida de la historia militar. Captaron refuerzos de algunos estados vecinos, pero se cree que entre cinco y siete mil griegos acabaron luchando contra una fuerza persa que algunos historiadores antiguos han cifrado en hasta un millón de hombres.

¿Su única ventaja? Las Termópilas, un estrecho desfiladero situado cerca del mar Egeo que neutralizaría la fuerza arrolladora de Jerjes. Además, a diferencia de sus invasores, los espartanos luchaban por algo: estaban dispuestos a pelear —y a morir— para que otros siguiesen siendo libres.

«Si conocieras la belleza de la vida —dijo Leónidas a Jerjes—, te apartarías del deseo de lo ajeno; para mí es mejor morir por Grecia que ser monarca absoluto de la gente de mi raza».

Naturalmente, los insaciables conquistadores de la historia no saben nada de eso. Lo primero que hizo Jerjes fue tratar de sobornar a los espartanos. Había dado resultado con algunas de las ciudades Estado más débiles, y desde luego era la clase de tentación sobre la que Jerjes se habría abalanzado si hubiese estado en la misma situación.

Pero Leónidas no. Un descendiente de Hércules no. ¿Elegir la opción fácil? ¿Traicionar a los demás por ganar el beneficio propio? ¿Ascender de posición mediante la traición? «Los griegos han aprendido de sus padres a conquistar territorios, no con la cobardía sino con el valor», contestó Leónidas.

Eligió la virtud. Eligió el coraje.

Esa idea de valor —no solo coraje, sino un compromiso con algo mayor

que uno mismo— convenció a los griegos de que valía la pena emprender la misión. «¿Cómo podéis correr semejante riesgo con tan pocos hombres frente a tantos?», preguntó un aliado a Leónidas. «Si pensáis en el número —respondió—, ni toda Grecia sería suficiente, ya que no es más que una pequeña parte del número de ellos; pero si es por el valor, nuestro número es suficiente». Por eso, cuando Jerjes pidió a los espartanos que entregasen las armas, su lacónica respuesta fue: «Ven y tómalas tú mismo».

Durante cuatro días, la amenaza de pelearse con los espartanos mantuvo a raya a los persas. En algún momento del 18 de agosto, dio comienzo el ataque. Una fila tras otra de soldados griegos se lanzaron contra la falange de griegos. Se enfrentaron entre las rocas; los espartanos luchaban coordinados, no solo por su país, sino como los auténticos héroes, por el hombre que combatía a su lado.

Hacia el final del primer día, Jerjes ordenó a sus soldados más temibles, los diez mil inmortales, que penetrasen en la brecha. Un espartano comunicó a Leónidas que los inmortales estaban cerca. Leónidas le tranquilizó diciendo: «Sí, y nosotros también estamos cerca de ellos». Jerjes, que se levantó tres veces de su trono con impotencia y angustia, descubrió horrorizado que hasta esas tropas eran rechazadas con grandes pérdidas.

Cuando el primer día dio paso al segundo, Leónidas no se dejó engañar por las victorias que había obtenido. Siempre había sabido que, pese a la esperanza de los refuerzos, era una misión sin retorno. Y aun así se había embarcado en ella. Luchaba para ganar tiempo. Y también estaba allí para demostrar algo: su acto de *devotio* pretendía ser un llamamiento al coraje para los griegos que dudaban si rendirse o resistir. La batalla continuó, y el segundo día fue tan brutal como el primero.

Al tercero, estaba claro que los persas habían hallado una forma de atacar

por la retaguardia. Los espartanos fueron advertidos de la fuerza del enemigo: los arqueros de Jerjes dispararían suficientes flechas para oscurecer el sol. «Tanto mejor, así lucharemos a la sombra», dijo Leónidas. A continuación, ordenó a sus hombres que cenasen bien, porque era muy probable que la siguiente vez lo hicieran en el más allá. Seleccionó a tres hombres heridos para que regresasen a Esparta con noticias, esperando salvarles la vida de ese modo. Todos rechazaron la oportunidad: «He venido con el ejército a luchar, no a llevar mensajes», contestó el primero. El siguiente: «Sería un hombre mejor si me quedase aquí». El tercero: «No pienso quedarme detrás de estos, sino ser el primero en la contienda».

Cuando no les quedó nada que decir, los espartanos permanecieron en silencio. ¿Quién de ellos no tenía heridas del combate del día anterior? ¿Quién no estaba agotado? ¿Quién no pensaba en sus hijos? ¿En el país que habían dejado atrás?

A las nueve había salido el sol, y con él, el calor. Los soldados sudaban bajo sus armaduras. Por sus cuerpos corrían las reservas de adrenalina y patriotismo que les quedaban. No volverían a ver Esparta ni a sus familias.

Leónidas dio la orden de avanzar. Abandonaron la protección de las puertas rocosas para recibir al enemigo al descubierto y libraron su última batalla. Los persas los atacaron con furia, azotados por sus negreros, respaldados por soldados que podían permitirse pisotear a sus compañeros heridos o caídos mientras seguían las interminables oleadas de hombres, una tras otra.

Los espartanos los despachaban metódicamente con el mismo encarnizamiento que en días anteriores; en ocasiones incluso fingían que habían roto filas, dejaban que los persas avanzasen corriendo y se reagrupaban para matarlos. En cada ocasión, sonaba un grito de euforia. Por ese breve instante, el valor infrecuente era una virtud común. Los hombres

se superaron luchando y combatiendo con una excelencia casi sobrenatural. Pero los espartanos sabían que era el fin.

No envejecerían. Caerían abatidos por un hombre. Y pronto.

Leónidas fue eliminado a mitad del último día, y cumplió una profecía en la que creía desde hacía mucho, según la cual un rey espartano tendría que morir para que Grecia no fuese destruida por un invasor. Sus hombres salieron a toda prisa en una, dos, tres tentativas por recuperar su cuerpo. A la cuarta, lo consiguieron. Luego, siguieron luchando.

Sus lanzas se rompieron por el uso. No llegaron refuerzos. Entonces corrió la voz entre las filas: había llegado el momento. Se retiraron de nuevo a las puertas. Allí lucharon armados solo con sus espadas y, cuando las perdieron, recurrieron a sus manos y dientes.

Al final, de manera inevitable, fueron arrollados. Habían sido tres días de batalla, más los cuatro anteriores. Consiguieron una semana para su país. A Jerjes le costó innumerables hombres, pero sobre todo un tiempo que no tenía. Es más, minó su confianza. «¿Cuántos espartanos más hay en Grecia? —preguntó a uno de sus asesores—. ¿Todos luchan así?». «Hay miles más —le contestó—. No son comparables a estos hombres, pero luchar se les da igual de bien a todos».

Grecia también entendió lo que estaba en juego. Nadie podría negar el gesto de los espartanos. Nadie podría negar el llamamiento a cumplir con su parte.

Siglos más tarde, Churchill dijo acerca de la increíble defensa de Gran Bretaña llevada a cabo por la RAF durante la batalla de Inglaterra que «nunca tantos debieron tanto a tan pocos». No era del todo cierto, pues la resistencia de esos pocos también tenía una deuda con los trescientos espartanos. No es exagerado decir que todos los logros de la civilización

occidental, del Renacimiento a la independencia de Estados Unidos, no habrían sido posibles sin el sacrificio de las Termópilas.

Y de esa forma esos trescientos soldados que se sacrificaron, como los de Gettysburg, como la RAF, se convirtieron en más que hombres. Se convirtieron casi en dioses.

Hoy es un tópico casi ofensivo decir «La libertad no es gratis». Sin embargo, es cierto. Gracias a la gloriosa derrota de las Termópilas, los griegos lograron las victorias de Salamina y Platea. La Carta Magna, la Declaración de Independencia, las Naciones Unidas… todas tienen su origen en la contienda de las Puertas Calientes. La libertad que a todos nos gusta pero de la que muchos tienden a abusar también la ganaron allí aquellos padres que lucharon codo con codo, sabiendo que no vivirían para ver los frutos de su esfuerzo, igual que el árbol bajo el que te sientas fue plantado hace mucho por un hombre o una mujer preocupada por el futuro.

Su cometido no era saber el porqué. Era actuar y morir. Como reza la antigua inscripción grabada en el campo de batalla: «Oh, extranjero, informa a Esparta de que aquí yacemos, todavía obedientes a sus órdenes». Su ejemplo de coraje y desinterés es eterno. Ninguno sobrevivió, pero resultaron mucho más inmortales que los persas que los mataron.

Puertas de fuego, la épica novela histórica sobre esa batalla escrita por Steven Pressfield, circula hoy de soldado en soldado, de lector en lector, como una suerte de tributo a ese ejemplo. La pregunta fundamental que plantea es «¿Qué es lo contrario al miedo?». No basta con dominarlo o aplacarlo. Al escribirlo, Pressfield quería saber, como los espartanos, qué hay más allá de ese sentimiento. Si el miedo era el vicio, ¿cuál la virtud? No es el simple coraje. Puedes ser valiente por motivos egoístas. Tienes que vencer el miedo para tirarte de un avión, cierto, pero si lo haces por diversión, ¿es tan valioso?

No solo aquellos hombres y sus armas posibilitaron las hazañas de las Termópilas. También son obra de las esposas que, además de dejar marchar a sus hombres, tuvieron el coraje y la férrea autodisciplina necesarios para convertirse en la columna vertebral del país. La resistencia y el desinterés de las mujeres espartanas son legendarios. Un rey espartano fue asesinado víctima de un cruel golpe, y la madre del soberano corrió junto al cadáver. Cuando los asesinos le ofrecieron perdonarle la vida si se quedaba callada, la mujer se levantó y los desafió. Sus últimas palabras al ofrecer el cuello fueron: «Que esto solo sirva a Esparta».

Nos equivocamos al ver a los espartanos como meros guerreros, como simples combatientes valerosos. Tal como concluye Pressfield, lo contrario del miedo —la auténtica virtud que contrasta con ese vicio— no es la audacia. «Lo contrario del miedo es el amor». Amor por los demás. Amor por las ideas. Amor por tu país. Amor por los vulnerables y los débiles. Amor por la próxima generación. Amor por todo. ¿No es eso lo que nos impacta en el plexo solar cuando oímos las emotivas últimas palabras de Leónidas a su esposa antes de partir? «Cásate con un hombre bueno que te trate bien, dale hijos y vive una buena vida».

Ese amor profundo nos permite elevarnos por encima de la lógica de la supervivencia y alcanzar la verdadera grandeza, ya sea al proteger a alguien de una bala, al arriesgar el empleo para hablar en defensa del bien común o al luchar —contra toda esperanza— por una causa que sabes que es justa.

Florence Nightingale se preocupó con gran ternura por el sufrimiento de los enfermos de su país. De Gaulle luchó hasta la extenuación para proteger Francia. En las Puertas Calientes, los espartanos dieron un paso más allá, actuaron de forma desinteresada, ofreciendo lo máximo que una persona puede ofrecer. Sí, no todas las formas de desinterés exigen el sacrificio definitivo, pero no hay desinterés sin sacrificio. El sacrificio que ellos

hicieron fue increíble, más aún porque no lo hicieron por ellos ni por su pueblo. Si hubiese querido, Leónidas podría haber sobrevivido. Él y sus espartanos quizá hubieran gobernado toda Grecia. Sin embargo, decidió morir para que todos los griegos fuesen libres. Para que lo fuéramos nosotros.

Si el coraje es raro, esa clase de heroísmo es una especie en grave peligro de extinción. Si el coraje de por sí escapa a la razón, esa forma elevada de amor —el desinteresado— es insensata. Es desconcertante en su majestuosidad. Es la auténtica grandeza humana. Supone trascender la lógica, el interés propio y millones de años de biología humana para situarse, aunque sea brevemente, en un reino más elevado.

Los espartanos son los héroes que identificamos como la encarnación de esa idea, pero debemos recordar que son símbolos. Representan el coraje anónimo de innumerables resistentes de todas las épocas para personas que declararon en juicios y se enfrentaron a las represalias, que se inscribieron en el censo electoral y recibieron palizas, sindicalistas que plantaron cara a magnates ladrones, pioneros que organizaron grupos de rescate, deportistas que siguieron jugando pese a tener lesiones que podrían haber puesto fin a sus carreras para que sus equipos aguantasen o para dar de comer a sus familias. Todos esos casos fueron momentos desinteresados de *megalopsuchia*.

Lo que estamos dispuestos a dar —esa dedicación plena al proyecto, a un extraño, a lo que hay que hacer— nos eleva. Nos permite pasar de valientes a heroicos. Tal vez por un momento, tal vez para una sola persona, tal vez para ser recordados en los libros de historia por toda la eternidad.

La causa lo es todo



A medida que el medio sensacionalista *Gawker* se ahogaba bajo la lenta e implacable presión que Peter Thiel ejercía en secreto, su directiva se desesperaba. Necesitaban generar más tráfico. Querían demostrar sus transgresoras credenciales. Tal vez eran conscientes de que los tiempos estaban cambiando, pero como nunca les habían pedido responsabilidades, se creían invencibles.

El momento crítico llegó en julio de 2015. El sitio web publicó un artículo en el que se revelaba la homosexualidad de un ejecutivo del sector de los medios de comunicación que estaba siendo chantajeado por un acompañante al que había solicitado servicios. Era una de esas noticias jugosas y sensacionalistas que tantas veces habían corrido a publicar en el pasado, el tipo de dato que los demás medios no se atrevían a dar. Pero algo había cambiado: la situación de las finanzas y las relaciones públicas de la empresa obligaron al dueño de *Gawker* a retirar la noticia. Trató de explicar a sus empleados lo mucho que se habían alejado de lo que el público aceptaba y de lo que él estaba dispuesto a aceptar como homosexual.

Oponiéndose a toda intromisión de la directiva, los dos jefes de redacción del portal se rebelaron y dimitieron. No estaban dispuestos a que los empresarios los cuestionasen. No estaban dispuestos a que los censurasen. Pagarían con sus empleos para hacer hincapié en ello.

Está claro que hace falta coraje para dimitir por principios, para arruinar

tu carrera por una noticia. También es evidente para cualquier persona con moral que esa no era la causa más noble por la que morir luchando. Era una causa en la que no deberían haberse embarcado.

Lo verdaderamente valiente habría sido mirarse en el espejo y lidiar con lo que habían hecho. Pero no pudieron. De modo que se obstinaron y se jugaron sus empleos.

En ese acto había valentía, pero como dijo un general francés viendo marchar a la Brigada Ligera a la muerte de manera innecesaria: «*C'est magnifique… c'est de la folie*» («Es magnífico… es un locura»). En efecto, lo era. ¿Quién se acuerda hoy de por qué estalló la guerra de Crimea? Por aquel entonces nadie lo sabía.

La independencia editorial es importante. Pero ¿para qué? ¿Por qué motivo?

Los directores de *Gawker* no te lo podrían haber dicho.

En la Confederación hubo muchos soldados valerosos. Lo mismo se puede decir del ejército británico en las guerras que libró en India y África. O de Japón cuando defendió las islas que había conquistado en el Pacífico.

Al leer sobre algunas de esas gestas, te quedas boquiabierto.

Sin embargo, intuitivamente, sabes que hay algo vacuo en ese coraje. Ese vacío responde a lo cobarde e injusto del motivo por el que lucharon.

Como dijo el poeta Lord Byron:

> *Es la causa la que lo es todo*,
> *degrada o santifica el coraje vencido*.

El coraje no es un bien independiente. Los héroes tienen un motivo. ¿De qué sirve una acción si se hace porque sí? ¿Qué importancia tiene el valor como truco de magia o como ejercicio de vanidad? ¿Y si no se aplica a lo correcto?

En su libro *Perfiles de coraje*, John F. Kennedy destaca la postura política de Edmund G. Ross, que se opuso a su partido y votó contra la destitución de Andrew Johnson. De todos los capítulos del libro, es el que peor ha envejecido. Siempre es difícil quedarse solo, pero en este caso Ross defendía el mantenimiento de la supremacía blanca. Y, lo que es peor, se oponía a un cambio controvertido en su momento —la primera impugnación de un presidente en funciones—. Ross contribuyó a sentar un precedente que, desde entonces, ha puesto muchas trabas para destituir a los malos presidentes del cargo.

El director general de una empresa que se enfrenta a increíbles obstáculos para impulsar un negocio abusivo y tóxico. El antivacunas que se arriesga a padecer el oprobio y la enfermedad yendo en contra del rebaño. El dictador que se hace con el poder mediante un golpe asombroso y temerario. El policía que dimite por solidaridad cuando castigan a un agente por tumbar a un anciano en Búfalo. Los soldados detenidos por negarse a declarar contra el coronel William Calley tras la matanza de My Lai.

Coraje. Coraje vano.

Como explicó un instructor de la academia naval de Estados Unidos: tirarse sobre una granada solo importa si lo haces para conseguir algo, para salvar a alguien. La diferencia entre el coraje puro y el heroico está en el quién. ¿Para quién iba? ¿Realmente era desinteresado? ¿Se buscaba el bien común? El heroísmo tiene una lógica, pese a lo ilógico de anteponer algo a tu supervivencia.

«Los estoicos —escribió Cicerón— definen con satisfacción la fortaleza cuando afirman que es la virtud que lucha en defensa de la justicia […] Nadie que haya alcanzado la gloria por su propia fuerza se ha ganado la alabanza mediante asechanzas y malignidad».

Es bueno ser valiente. El mundo quiere saber si tienes *cojones*.

Pero el porqué, el dónde y el cuándo importan.
La causa lo es todo.

Lo más valiente es no luchar



Lincoln ganó la guerra civil.

Sin embargo, sus esfuerzos para impedir el conflicto jamás se le han reconocido lo suficiente.[12]

A pesar de su limpia victoria en unas elecciones democráticas, a pesar de asegurar una y otra vez que no tenía la intención de abusar de su autoridad constitucional, el Sur se separó antes de que él hubiese jurado el cargo.

Pero ¿con qué concluyó Lincoln su primer discurso inaugural? Con un llamamiento a los hombres justos que todos llevamos dentro. «No somos enemigos, sino amigos —dijo con vehemencia—. No debemos ser enemigos. Si bien la pasión puede tensar nuestros lazos de afecto, jamás debe romperlos».

Y cuando el Sur empezó a asediar fuertes y prisiones militares, Lincoln siguió en esa línea. No cedería a la ira. No se dejaría provocar. Incluso en el conflicto de Fort Sumter en Carolina del Sur Lincoln decidió enviar solo los alimentos y provisiones imprescindibles a los hombres atrapados, no armas ni soldados, porque no quería intensificar sin necesidad una situación muy tensa.

Un enfrentamiento que no tiene por qué suceder no debería producirse. Hay que ser valiente para soportar el sufrimiento, la inquietud, la preocupación. Pero la sabiduría y la compasión nos obligan no solo a evitarlos cuando son innecesarios, sino también a intentar proteger a los

demás de ellos. Por eso los héroes luchan con el mismo valor para impedir un conflicto que dentro del problema en el que se hallan.

Gandhi dijo que prefería la violencia a la cobardía. Él y otros practicantes de la no violencia se decantaron, sin embargo, por algo más grandioso y heroico. Era necesario más coraje para combatir sin armas, para luchar con el alma y el espíritu contra hombres armados y furiosos. Imagínate el coraje de la joven Malala Yousafzai, que fue víctima de un atentado y dada por muerta por los talibanes por intentar ir al colegio. «Aunque hubiese tenido una pistola en la mano y él hubiese estado delante de mí —dijo—, no le habría disparado».

¿No es su dureza superior a la del guerrero más duro?

El problema es que ese heroísmo suele ser menos cinematográfico que una carga de caballería. La gente quiere leer libros sobre guerras, no sobre la diplomacia que impidió que se produjeran. La gente quiere saber de personas que tiraron de la manta, no de los dirigentes que lograron reformar empresas desde dentro sin necesidad de llegar a ese punto. Creamos películas sobre los valientes iconoclastas que lo hacen todo de forma distinta… pero ¿y sobre alguien que lo cambia todo y logra adaptarse y funcionar en sociedad?

Recuerda: a nadie le reconocen el mérito de lo que no ha pasado. Pensemos en Franklin Delano Roosevelt y en cómo se enfrentó a la Gran Depresión. Sus auténticos logros fueron las reformas que evitaron infinidad de nuevas depresiones en el futuro, que permitieron descubrir a delincuentes económicos y estafas, reformas que aún hoy siguen funcionando en segundo plano.

Un país debe tener soldados valientes (coraje físico) y hombres de Estado sabios (coraje moral). Unos libran las batallas, y los otros cultivan las relaciones y las políticas que reducen su necesidad. Necesitamos generales

y objetores de conciencia porque a su manera los dos son guerreros valientes que luchan por causas importantes.

Como ya hemos dicho, hacer las cosas porque sí no es de valientes. «Macho» suele ser sinónimo de masoquismo. Poco valor hay en buscar bronca, y jugar a la ruleta rusa no tiene nada de admirable. No hay gloria en ganar una batalla —física o verbal— para fomentar fines inmorales. Y nada es más inmoral que un conflicto innecesario.

Tener razón no importa. No importa quedar mal. ¿Es necesario que alguien muera por eso? ¿Es necesario que alguien pierda la reputación por ello? ¿Podría resolverse si se tomasen mejores decisiones en el futuro? ¿Y si alguien estuviese dispuesto a evitar que el otro quedase mal? ¿Y si tú fueses esa persona?

Son preguntas heroicas. Si se puede evitar, debe hacerse. Como suele decirse, una retirada a tiempo es una victoria.

Una retirada requiere coraje: hay que estar dispuesto a hacer el ridículo, a ser criticado, a asumir la responsabilidad, a hacer lo que sabes que es correcto. No todo el mundo puede. Como explicó la activista por los derechos de las mujeres Hannah Johnston Bailey: «Un hombre no tiene el coraje moral necesario para abogar por la paz por miedo a que se le acuse de afeminamiento o cobardía». Esa fue la trampa de Lyndon Johnson en Vietnam. Él sabía que era un caso perdido, pero no quería quedar como un blando.

Hannah Johnston Bailey creía que las mujeres estaban especialmente dotadas para evitarlo. Pero ¿por qué?

Tal vez por empatía. En lugar de pensar en cómo les hará quedar una decisión, ellas hacen algo más heroico, más desinteresado: piensan en cuáles serán las consecuencias para los demás.

Si actúas desde el miedo o el egoísmo, no lo entenderás. No podrás evitar

que se intensifique el conflicto. Nadie gana una guerra, metafórica o literal. Sun Tzu decía que es mejor ganar sin luchar: hacerlo de tal forma que el enemigo pierda antes de empezar.

Así es.

Por cierto, es lo que le funcionó a Lincoln. A pesar de sus denodados esfuerzos, no pudo detener a los que preferían hacer la guerra en vez de dejar que el país sobreviviese. Sin embargo, gracias a su moderación, consiguió que el Sur adoptase el papel de agresor en la guerra civil. Los dirigentes del Sur cometieron la imprudencia de disparar primero en una guerra de la que afirmaban ser víctimas. Fue una contradicción moral que nunca superaron.

Es más, no se dieron cuenta de que el enemigo los superaba por mucho. No tenían recursos. No tenían visión estratégica. No tenían aliados ni el apoyo internacional necesarios para vencer al Norte. No tenían conciencia de lo devastadora y costosa que sería la rebelión. El Sur tomó la iniciativa al principio de la guerra, mientras Lincoln reunía esos ingredientes decisivos que lo llevarían a la victoria.

Sí, debemos estar dispuestos a negociar. Estamos dispuestos a ceder. Pero ¿huir? No. Evitamos las peleas triviales con el fin de estar listos para las importantes. Cuando el Sur trajo la guerra, Lincoln luchó con el mismo ímpetu que Churchill, De Gaulle y generaciones posteriores. Luchó con el ímpetu con el que debemos hacerlo nosotros.

¿Cómo se logra esa cuadratura del círculo? ¿Cuándo aflojar? ¿Cuándo entrar en tromba?

Tanto si es una batalla física como moral, debemos seguir el consejo de Shakespeare en el famoso discurso de *Hamlet*:

> *Guárdate de riñas, pero, si peleas,*
> *haz que tu adversario se guarde de ti.*

Debes cruzar el desierto



Séneca se exilió. Epicteto también. La filósofa germanoestadounidense del siglo XX Hannah Arendt fue detenida por la Gestapo, estuvo ocho días en la cárcel y siete años en el destierro. Galileo se pasó el resto de su vida bajo arresto domiciliario tras afirmar que la Tierra giraba alrededor del Sol y negarse a retirarlo, aunque nadie le habría culpado si se hubiese desdicho.

A Eleanor Roosevelt sus padres la mandaron al extranjero cuando era una niña y luego vivió décadas a la sombra de su marido. Herman Melville fue atacado ferozmente por los críticos. Steve Jobs fue despedido de Apple. Charles Darwin pasó veintitrés años en el purgatorio antes de publicar sus ideas sobre la evolución.

No pensarás que a ti te querrán y apreciarán por todo lo que haces, ¿verdad?

Sería maravilloso que valorásemos a nuestros héroes y que los tratásemos con todos los honores. En cambio, los castigamos. Los torturamos. Los desterramos.

Churchill no solo fue prisionero de guerra de joven, sino que en la cima de su carrera política fue expulsado de la vida pública. ¿Su crimen? Tuvo parte de razón con respecto a Alemania. Nadie quería otra guerra. Nadie quería que él estuviese en lo cierto en relación con el peligro que suponía Hitler. Era más fácil echarlo que demostrar que se equivocaba.

Durante casi diez años Churchill languideció en su finca en las afueras de

Londres. O eso creían sus enemigos. En realidad, se dedicó a leer. Se dedicó a escribir. Se dedicó a descansar. Se dedicó a establecer contactos valiosos. Se dedicó a esperar su momento.

«Todo profeta debe surgir de la civilización —explicó Churchill—, pero tiene que marchar hacia el desierto. Debe poseer clara conciencia de lo que es una sociedad compleja […] pero ha de vivir periodos de aislamiento y meditación. Este es el proceso mediante el que conforma su dinamita psíquica».

«Dinamita psíquica» es lo que Steve Jobs tenía. Lo que Eleanor Roosevelt tenía. Lo que Serpico y Florence Nightingale desarrollaron. Si su camino hubiese sido más fácil, no la habrían conseguido.

¿Cuánto tiempo estás dispuesto a aguantar que te malinterpreten? ¿Cuánto tiempo puedes estar solo? ¿Estás dispuesto a ser el único de tu empresa que haga saber lo que piensa? ¿El único de tu partido que exprese las críticas? ¿Qué estás dispuesto a aguantar para ser fiel a tus valores? ¿Para hacer lo que debes?

Churchill podría haber abandonado por razones egoístas, como tú puedes hacer en cualquier momento. En 1929, el político británico tenía cincuenta y dos años. Podría haberse jubilado. Por inquina, podría haberse retirado para dedicarse a sus intereses y placeres.

Sin embargo, no lo hizo.

Cuando por fin Inglaterra lo llamó, no solo estaba listo para responder, sino que se había preparado para la crisis que le pidieron que resolviese. Churchill sería el explosivo que los ingleses —y el mundo— necesitaban.

¿Correr un riesgo? ¿Luchar por aquello en lo que crees? ¿Estar dispuesto a sufrir por tus convicciones? Son pruebas de coraje… y caldos de cultivo del valor. Pocos líderes están totalmente sincronizados con su época; suelen ir por delante de ella. Eso equivale a mirar a su alrededor y darse cuenta de

que están solos. Eso equivale a unos comienzos con poco público y escasos partidarios.

Lo que no pueden hacer es moderar sus convicciones por miedo a ser expulsados de la sociedad y con la esperanza de encajar.

Nadie quiere que lo excluyan, pero puede que sea justo lo que necesitemos (por eso no podemos permitir que el miedo a ese resultado nos impida hacer lo que debemos a diario). Al final, si eres una persona independiente, adelantada o con principios, te verás aislado. Aislado de tus iguales. Aislado de la tónica de tu época. Puede que te despidan. Puede que te expulsen de un cargo o te conviertan en un paria. O, en el mejor de los casos, puede que te sigan la corriente pero no te hagan caso.

Puedes dejar que eso te destruya o que te transforme en la persona que el destino te ha llamado a ser. Porque sabes que tu trabajo es importante, porque sabes que te trasciende.

De Gaulle mostraba especial simpatía por los políticos que tenían que «cruzar el desierto». Él mismo lo hizo no solo en Inglaterra, durante la guerra, sino también después. Pasó doce años lejos del poder, de 1946 a 1958, mientras Francia sufrió grandes convulsiones y estuvo al borde del desastre. Para devolver al país su grandeza, De Galle tuvo que soportar años de soledad, de impotencia, y ser desterrado al desierto. Aunque Francia lo rechazó, nunca abandonó la esperanza de salvarla. Ese rechazo, ese fracaso, conformó su dinamita psíquica.

Recuerda: entre las montañas está el valle. Puede que hayas caído de las alturas que ocupaste en el pasado. Puede que te hayan tirado. O que simplemente te hayas perdido. El caso es que ahora estás aquí. Es un punto bajo. ¿Y qué?

Un largo desierto. Un valle inhóspito. En cualquier caso, tendrás que cruzarlo. Necesitarás paciencia y aguante y, sobre todo, amor. No puedes

permitir que este periodo te amargue. Tienes que asegurarte de que te convierte en alguien mejor.

Porque la gente cuenta contigo.

No pierdas la esperanza. No pierdas la confianza en ellos. No saben lo que hacen. Tú, en cambio, sí que lo sabes. Se te ha concedido este desierto, este yermo, para que lo cruces. Forma parte de tu viaje.

Las dificultades hacen que el destino sea glorioso. Y heroico.

El desinterés del amor



En el verano de 1969, el capitán James Stockdale tenía cuarenta y seis años. Había sufrido palizas brutales y grandes privaciones. Lo estaba pasando mal. Tenía miedo.

Ellos solo querían que se afeitase y se arreglase para el público. Solo querían que fuese con ellos a sentarse ante las cámaras y dijese que todo iba bien.

En cambio, James Stockdale usó la maquinilla de afeitar que le dieron para abrirse un corte de siete centímetros en la frente. Intuyendo que no sería suficiente, cogió un taburete de madera y se golpeó repetidamente la cara con él hasta que apenas veía nada.

Así empezó su campaña de resistencia contra sus secuestradores en el Hanoi Hilton.

No era un prisionero de guerra. Era un prisionero en guerra. Y estaba luchando por sus hombres, todavía más que por su país.

En otoño de ese año, a medida que las torturas de sus compañeros se intensificaban, Stockdale decidió poner fin a la situación. Se sacrificaría por el equipo. Daría la vida.

Atado a una silla, Stockdale se acercó como pudo a la única ventana de cristal de la cárcel y la rompió. A continuación se cortó las muñecas con un gran trozo de cristal. «Lo que menos necesitaban los norvietnamitas era que yo muriese —escribió más tarde—. Cuando me reanimaron, había un grupo

de altos cargos norvietnamitas muy serios en la habitación. Las torturas en la cárcel, como las que habíamos sufrido en Hanói, acabaron para todos esa noche».

Por lo tanto, Stockdale, por voluntad propia, llegó al límite en dos ocasiones. No lo hizo por él. No sabía que iba a sobrevivir al intento de suicidio. Tenía esposa e hijos en casa. Tenía sueños y esperanzas. Tenía mucho que perder. ¿Y estuvo dispuesto a cambiarlos por la esperanza de aliviar el sufrimiento de otros?

Los carceleros no lo entendían. Creían que podrían enfrentar a los prisioneros entre ellos. Creían que estarían tan doloridos, que tendrían tanto miedo, que no les importaría lo que les pasase a los demás. Es la vieja pregunta «Y yo, ¿qué?».

Les sorprendió descubrir que los prisioneros creían en una idea antigua que se remonta a las Escrituras. «La idea es que eres el guardián de tu hermano», declaró Stockdale. Es la otra cara de «¿Qué saco yo de eso?».

Amar a tu prójimo es una cosa. Pero ¿ser el guardián de tu hermano? ¿Sacrificarte por él? «Nadie tiene amor más grande —reza el versículo de la Biblia— que el que da la vida por sus amigos».[13]

Mientras tanto, nos da miedo dar la cara por el otro porque «nos hemos esforzado mucho» para llegar donde estamos.

Un héroe no solo es alguien que se enfrenta solo a los elementos. No eres tú contra el mundo. Ni eres tú furioso contra el mundo. Se trata de lo que estás dispuesto a hacer por el mundo.

Piensa en Thích Quảng Đức, que vivió el mismo conflicto trágico que Stockdale. Consternado y rabioso por la persecución a la que los survietnamitas sometían a los ciudadanos budistas, tuvo un gesto de rebeldía aún más increíble: se prendió fuego. Nadie que haya visto una foto del incidente puede evitar sentirse impactado por el tremendo coraje de

Thích Quảng Đức, sentado totalmente inmóvil y con absoluto dominio de sí mientras las llamas arrasan su cuerpo.

Es toda una coincidencia que la raíz de «coraje» signifique «corazón». El corazón de Thích Quảng Đức se mantuvo intacto gracias a esa manifestación de resistencia casi sobrehumana, pero también sobrevivió al proceso de cremación posterior. Hoy se expone como reliquia sagrada, como símbolo de desafío.

¿Qué empujaría a una persona a hacer algo así?

No es un desafío porque sí. Es amor. El amor es el motivo. Amor por los inocentes. Amor por el futuro, aunque esas personas no lleguen a verlo.

El amor nos convierte en héroes.

Stockdale y sus compañeros de cautiverio se transmitían entre ellos las letras U y S por señas. ¿Qué significaban? ¿*United States* («Estados Unidos»)? No, *Unity over Self* («Unidad antes que Individualidad»). Se lo recordaban cuando se sentían solos, cuando se los llevaban para torturarlos y cuando estaban en las celdas castigándose por lo que podían haber dicho bajo tortura.

¿De qué todo unificado formas parte?

¿Qué amor te impulsa?

¿Tu país? ¿Una causa? ¿Un compañero?

Es la otra cara de la moneda de «¿Qué saco yo de eso?». Así superamos nuestros límites.

Haz crecer a los demás



Martin Luther King Jr. La mayoría de la gente ha oído hablar de él.

De Ralph Abernathy, que renunció a su parroquia a petición de King para convertirse en su número dos, se ha hablado menos. Y menos aún de Stanley Levinson, que financió muchos proyectos de King, le escribió discursos y, cuando el FBI le tendió una trampa acusándolo de espía comunista, cortó los lazos con King de manera discreta y desinteresada para no perjudicar al movimiento.

«No dejaré que Martin tome esa decisión», dijo Levinson cuando se enteró de que el presidente estaba amenazando a King por su relación con él. Fue un golpe dolorosísimo, pero se alejó sin discutir, sin quejarse, negándose a que su amigo sufriese por ello.

Hay dos tipos de deportistas. Por una parte, están los talentos de cada generación, los prodigios de la genética y la excelencia física que hacen jugadas que nos dejan sin aliento. Y luego hay otro tipo un poco menos dotado, menos impresionante, pero sin el cual no sería posible un partido.

Estos últimos son los que desempeñan papeles, los compañeros, los líderes que unen a los demás y dotan al equipo del corazón que necesita para ganar. John Wooden decía que lo importante no era lo alto que eras, sino lo alto que jugabas. Todavía más asombroso es el deportista que hace crecer a todo el equipo. Cuando pensamos en los Bulls de Chicago, nos viene a la cabeza Michael Jordan. Nos olvidamos de Bill Cartwright, el

capitán que fue el centro del equipo cuando logró sus tres primeros títulos consecutivos.

Abernathy y Levinson hacían crecer a King. Fortalecían el movimiento.

¿Se puede decir lo mismo de ti y de la gente que tienes a tu alrededor?

No falles a tu compañero; esa es la base del coraje militar. Pero un héroe va más allá. La esencia de la grandeza radica en algo más que el talento o la habilidad. Como dijo Jackie Robinson, una vida no tiene sentido si no afecta a otras. El deportista que hace mejor a su equipo. El deportista que también lo consigue fuera de la cancha. El líder que saca más de la gente que le rodea. El artista que motiva a su público. El soldado cuya serenidad es contagiosa.

Nos referimos a eso.

Longfellow plasmó el verdadero heroísmo de Florence Nightingale en un poema. No era solo su valentía ni las privaciones que soportaba sin quejarse. Era lo mucho que hacía por los demás.

> *Honra a aquellos cuyas palabras o hechos*
> *nos ayudan así en nuestras necesidades diarias,*
> *y con su desbordamiento*
> *nos sacan de lo profundo*.

Ella hacía crecer a la gente. Ella la hacía mejor.

En las Termópilas, en las Puertas Calientes, en aquella muestra de unidad y desinterés, los espartanos hicieron más grande a Grecia al derramar su sangre para sellar una alianza entre los estados griegos. Hasta los críticos de De Gaulle tuvieron que reconocer que él había hecho lo mismo: logró que Francia se irguiese en su momento más bajo a base de fuerza de voluntad.

Ya hemos dicho que la serenidad es contagiosa. En realidad, lo que hacemos es tomar lo que nos sobra —en el caso de Nightingale era

compasión; en el de Abernathy, coraje; en el de Levinson, sagacidad empresarial— y repartirlo entre la gente que lo necesita.

Se puede hacer por medio del ejemplo. Podemos ofrecer palabras edificantes, como Churchill. Podemos aconsejar, podemos convencer a alguien que quiere dejar este mundo para que se aparte de la cornisa. Podemos repartir esperanza, tranquilizar, aliviar la carga, apuntalar pilares. Puedes decidir hacer las tareas desagradables o difíciles que otros no están dispuestos a asumir porque el equipo necesita que alguien las haga. Puedes ser quien diga las verdades necesarias: al poder, al mundo, a un amigo.

Recuerda, una gota provoca que el agua del vaso se derrame. Una jugada provoca la remontada. Una persona que dice una palabra puede detener una retirada… o provocarla…, puede tranquilizar a una multitud o enardecerla.

Cualquiera puede ser esa persona. Tú puedes aportar ese esfuerzo, hacer esa jugada, ser esa gota.

¿Es demasiado obvio apuntar que «encorajar» significa «animar»?

Longfellow habló de dejar huellas en las arenas del tiempo. Pero ¿cuál es la finalidad? El rastro que dejan.

> *Huellas por las que quizá otro que navegue*
> *por el solemne océano de la vida*,
> *un hermano náufrago desolado*,
> *al verlas, recobre la esperanza*.

Eso es lo que hacen los héroes. Causan impacto. Cambian la vida de los demás. Hoy y siempre.

Si les recompensan o no por ello, les da igual. El éxito no es nuestra motivación. «Bienaventurado aquel de quien no solo la presencia —escribió Séneca— sino hasta el recuerdo nos mejora». Aunque nos maten, aunque no estemos para disfrutar de los frutos de nuestro sacrificio porque nos han

despedido o asesinado, sigue valiendo la pena. Nuestro recuerdo vive en la mente de los testigos.

De todas formas, es para lo que hemos venido al mundo. Nuestro deber nunca ha sido ser solo la mejor versión de nosotros mismos, sino ayudar a los demás a que alcancen su mejor versión. Aunque, como a veces pasa, nos toque pagar un precio.

No hay tiempo para dudas



Cuando el Vesubio entró en erupción, los que pudieron escapar lo hicieron. Los que estaban muy lejos solo vieron las columnas de humo y ceniza.

A Plinio el Viejo, un almirante y científico aficionado, enseguida le llamó la atención. Iba a ir a investigar el fenómeno cuando un mensajero le llevó noticias urgentes de un amigo atrapado al pie de la montaña. Tras reunir a la flota, Plinio corrió sin miedo a la escena de la erupción para rescatar por barco a todos los que pudiese.

Cuando llegó, halló la orilla bloqueada con restos. Un timonel le aconsejó que diesen la vuelta.

Ya hemos dicho que «la fortuna favorece a los audaces». ¿Sabes de dónde viene esa expresión? De Plinio, que se negó a dar la vuelta. «*Fortes fortuna iuvat: Pomponianum pete*», ordenó. «La fortuna favorece a los audaces, ve a casa de Pomponiano», el amigo al que quería salvar.

Unos segundos de coraje. Sin vacilar. Porque el militar antepuso su compromiso con los demás a sí mismo.

Como relató su sobrino, «lo que había empezado con ánimo científico lo terminó como un héroe». Por desgracia, no sobrevivió. Puede que la fortuna favorezca a los audaces, pero no ofrece garantías. La única certeza es que, si vacilamos en el momento de crisis, no conseguiremos nada ni salvaremos a nadie.

En 2008, los cabos Jonathan Yale y Jordan Haerter estaban trabajando en

un puesto de vigilancia de Ramadi cuando un camión bomba se dirigió a toda velocidad hacia la pequeña base que protegían. A escasa distancia había una salida que les habría permitido ponerse a cubierto. Los policías locales no dudaron en usarla cuando vieron que se acercaba el camión. Aquellos dos marines, que se habían conocido momentos antes, dieron un paso al frente al mismo tiempo y empezaron a disparar. Casi mil kilos de explosivos estallaron mientras ellos descargaban sus armas contra el camión desbocado.

Pasaron seis segundos desde que el camión entró en el callejón y su explosión letal.

El cráter que marcó los últimos momentos de vida de los dos hombres, de solo veinte y veintidós años, medía más de dieciocho metros de ancho y un metro y medio de hondo. El general John Kelly, que entrevistó a los testigos de la escena, escribió unas conmovedoras palabras sobre el sacrificio que realizaron aquellos héroes sin dudas ni contemplaciones. «Podrían haber huido, y quizá hubiesen sobrevivido, pero no lo hicieron —dijo—. No creo que nadie los hubiera considerado unos cobardes por ello. Se tomaron en serio los deberes y las responsabilidades de un marine en su puesto, y se mantuvieron firmes antes de permitir que nadie ni nada pasase. Por su entrega, perdieron la vida. Gracias a lo que hicieron, ahora solo hay dos familias con el corazón roto […] en vez de una cincuentena. Esas familias nunca sabrán lo cerca que estuvieron de que esa noche llamasen a la puerta de sus casas».

Solo unos segundos de coraje; ya hemos hablado de ello. Es lo único que hace falta. También puede ser lo único que tengas tú.

Sí, voy a hacer una donación, lo necesitan… aunque no puedo permitírmelo. Sí, asumiré la responsabilidad, alguien tiene que hacerlo… aunque podría ir a la cárcel. Sí, voy a dejar el trabajo para cuidar de mi

madre enferma… aunque no tengo ni idea de cuánto durará ni de lo que me espera.

Si tuvieses más tiempo, te lo pensarías demasiado. Se te ocurriría un motivo. Se activaría tu instinto de supervivencia. Te asustarías. Te paralizarías.

¿Y cómo afectaría eso a tus amigos? ¿Cómo afectaría a tus compañeros? ¿Y a tu causa?

No, tienes que actuar. Tienes que darle a «Enviar». Tienes que apartar al niño. Tienes que dar un paso al frente. Tienes que decir lo que piensas; antes no hay tiempo ni para aclararte la garganta.

No puedes consultarlo con la almohada. No puedes plantearte todas las situaciones posibles. No puedes pedir consejo. Porque hay gente que depende de ti. Porque es para lo que te has formado. Porque es lo que la situación requiere, lo que exigen tus ideales.

Confía en tu intuición. Cumple con tu deber.

Puede que dé resultado. Puede que no.

El héroe lo hace igual.

Como diría Kelly de esos marines, fueron seis segundos en el callejón. Un segundo para reconocer la situación. Dos segundos para levantar las armas y disparar. Dos segundos decisivos más para que las balas hicieran su cometido y detuviesen el camión. Y solo un fugaz segundo para vivir, menos de lo que has tardado en leer esta frase.

Seis segundos.

«No es tiempo suficiente para pensar en su familia, su país, su bandera, su vida o su muerte —dijo Kelly más tarde—, pero es más que suficiente para que dos hombres tremendamente valientes cumplan con su deber […] para toda la eternidad. Esa es la clase de personas que esta noche vigilan en todo el mundo… por ustedes».

No les falles.

Creamos nuestra propia suerte



Los sociólogos y los historiadores hablan de algo llamado «suerte moral».

No todo el mundo se encuentra en posición de revelar un secreto gubernamental que cambie el mundo. No todo el mundo está presente cuando alguien se cae al agua y no sabe nadar. No todos los que reciben la llamada de la enfermería encuentran un campo tan rudimentario que hasta un mínimo de conocimiento puede ser revolucionario.

No todos tuvimos la «suerte» de estar en edad de servir en el ejército cuando Leónidas eligió a sus trescientos hombres, ni de ser un guionista llamado a declarar contra sus compañeros de Hollywood ni de ser feminista durante el movimiento sufragista. Si eso es lo que consideras suerte…

Escribiendo sobre el conde de Rosebery, Churchill observó con tristeza que ese hombre vivió en «una era de grandes hombres y pequeños acontecimientos». Aunque es cierto que una tediosa tranquilidad caracterizó el periodo victoriano (Rosebery vivió de 1847 a 1929), también está claro que puede ser una seductora justificación.

A mediados del siglo XIX hubo importantes acontecimientos, y grandes injusticias clamaron ayuda.

¿Dónde estaban esos «grandes» hombres?

Estados Unidos no abolió la esclavitud hasta 1865, y Brasil, hasta 1888. Durante toda la vida de Rosebery, las condiciones laborales en las fábricas de Inglaterra fueron atroces. El sistema colonial de Gran Bretaña y todos

sus abusos se mantuvieron con pocas objeciones. El problema de Irlanda se cernía sobre la política británica, y la mayoría de los líderes consideraban que no tenía remedio. Los países solían ir a la guerra sin demasiadas razones y sin pensar demasiado en la gente afectada. Millones de personas morían de hambre. Millones sufrían malos tratos. Infinidad de cosas estaban por inventar, por reformar y por defender.

En esos años se podría haber hecho mucho. Lo mismo pasó durante los importantes acontecimientos de la época de Churchill. ¿Por qué no se dio unos golpecitos en el hombro para no desatender la hambruna de Bengala? ¿Por qué oyó tan mal el llamamiento moral de Gandhi? Churchill vivió sus momentos gloriosos, pero no pudo librarse de la culpabilidad por aquellos a los que llegó tarde. Y sigue ocurriendo hoy día. Quienquiera que seas, dondequiera que vivas, pase lo que pase. Puedes hacer más.

Un héroe es una persona que hace lo que hay que hacer no solo por sí mismo sino también por los demás. Es decir, un héroe se crea su suerte: los acontecimientos no solo le pasan. Shakespeare dijo que tomamos las circunstancias como nos llegan, pero también tenemos que buscar el tiempo y los momentos.

No podemos ser pasivos. No podemos esperar. Debemos tomar cartas en el asunto.

Como escribió Marco Aurelio: «Ser afortunado consiste en haberte asignado un buen lote: las tendencias del alma, buenos impulsos, buenas acciones».

Nunca estamos tan atados de manos como pensamos. Siempre hay algo que un héroe puede hacer, siempre hay alguien a quien puede ayudar.

De modo que sí, puede que no nos veamos en el lugar de De Gaulle, ni de Sophia Farrar ni de Frederick Douglass. Puede que nuestro momento no

sea tan épico, y puede que no haya tanto en juego. Probablemente sea un detalle positivo. Pero eso no nos exime.

Tenemos que crear nuestra suerte, grande o pequeña. Que no oigamos una voz como Nightingale no quiere decir que no estemos llamados a algo, a nivel local o mundial.

¿Maldecir la oscuridad o encender una vela? ¿Quejarse de los mares en calma o construir un motor?

Con fuerza de voluntad, hacemos realidad nuestra meta. Elegimos ser héroes.

Y si no, es nuestra decisión.

Motiva a través de la valentía



Para un hombre famoso por sus apuestas, tal vez esa fue su mayor jugada. El 30 de agosto de 1945 el general Douglas MacArthur aterrizó en Japón. Una década antes de su audaz golpe en Corea, la situación era igual de crítica. El conflicto entre los aliados y las potencias del Eje hacía poco que había cesado. En seis años de guerra mundial, el suelo japonés no había sido hollado por botas enemigas.

Todos los informes de inteligencia advertían de peligro en todas partes. Todos los asesores le recomendaban esperar.

Sin embargo, MacArthur se adentró desarmado en el corazón del territorio enemigo. Al ver cómo sus hombres se enfundaban las pistolas antes de partir del cuartel general para volar a Tokio, dio la orden. «Dejadlas —dijo—. Si quieren matarnos, las armas de mano no nos servirán. Y nada les impresionará más que si les demostramos que no tenemos miedo. Si no saben que están acabados, esto les convencerá».

En caso de que uno se pregunte cómo Japón pasó tan rápido de ser suicida y belicista a convertirse en una nación pacífica y abierta, y en un firme aliado del país que lo arrasó, la respuesta la encontrará en ese día. MacArthur aterrizó y en ningún momento mostró miedo o duda. Cada pequeño gesto era intencionado: comió sin comprobar si le habían envenenado la comida y levantó la ley marcial. Venía en son de paz. Tenía plena confianza.

No era igual que enfrentarse al fuego de artillería, pero quizá requiriese más disciplina y compromiso. Churchill lo consideró el acto más valeroso de la Segunda Guerra Mundial. MacArthur jamás pensó en su seguridad personal, solo en establecer las bases de la paz y la reconstrucción.

¿Cuántas vidas salvó? ¿A cuántos guerrilleros disuadió? ¿Cuánta resistencia impidió? En todas las islas del Pacífico habían tenido lugar encarnizadas y mortales batallas, pero Tokio se entregó sin un solo disparo. La entrada de MacArthur les hizo darse cuenta de que se había acabado… y le creyeron. Un comandante más nervioso no lo habría logrado, tampoco uno furioso o vengativo.

Mientras daban vueltas sobre la pista de aterrizaje, al asomar la cabeza del avión por primera vez, cuando probó la cena en un hotel con un personal que días antes lo hubiera matado, ¿hubo algún momento en el que MacArthur se asustase? ¿Deseó estar otra vez en el cuartel general? Por supuesto, pero por sus hombres, por su país, por la paz en el mundo, tuvo que dejarlo todo de lado. Tuvo que mostrar que no tenía miedo. Tuvo que lanzarse de cabeza con aplomo.

Todos los grandes líderes lo entienden. De Gaulle también practicaba lo que él llamaba *bain de foule*: sumergirse en las multitudes de entusiastas ciudadanos franceses, bañarse en su espíritu y su amor mutuo. Igual que los asesores de MacArthur le habían desaconsejado esas demostraciones públicas, a los hombres de De Gaulle les preocupaba la seguridad de su líder, pero él sabía que debía hacerlo justo por lo arriesgado que era.

La decisión de desfilar por los Campos Elíseos después de la liberación, mientras acechaban francotiradores y los tiroteos proseguían, ayudó a liberar Francia. A costa de su vida, afianzó una relación con el pueblo francés de la que dependió el resto de su carrera. Brindó a los franceses el coraje que los sostiene aún hoy.

Un líder no puede quedarse en su torre de marfil o tras los gruesos muros de su castillo. No puede protegerse de todos los peligros y los riesgos mientras deja que sus seguidores, empleados o soldados se lleven la peor parte de lo que el mundo nos depara.

No, un líder debe arriesgarse de verdad. Ya sea al invertir dinero de su bolsillo en la empresa cuando está en su peor momento o al viajar en coches descapotables, al dejar abierta la puerta del despacho o compartir información delicada que otros ocultarían, la relación que se forja con esos gestos proporciona más seguridad que la que la prevención de riesgos puede garantizar. El patrón se acerca a los micrófonos y responde a todas las preguntas hostiles del público, incluso a las embarazosas sobre sus errores, y asume la responsabilidad de aquello que no es culpa suya. El jefe no puede quedarse en la retaguardia; conduce las tropas a la batalla. El padre no se limita a decirle a su hijo que se enfrente a sus miedos; tiene que enseñarle lo que significa hacerlo en la vida real.

Debes preocuparte por las personas que están bajo tu custodia. Debes anteponerlas a ti. Debes demostrárselo con tus actos. Exhortarlas a algo más elevado.

Cuando Martin Luther King Jr. fue a la cárcel, sus seguidores vieron que era más que un predicador. Estaba con ellos. Arriesgó la vida por ellos. Era uno de ellos.

No podemos tener miedo, o seremos incapaces de hacer lo que debemos. Además, por medio de esa valentía —la disposición a representar la causa, en persona, contra todos los peligros—, demostraremos a los otros que ellos tampoco tienen por qué preocuparse.

El líder se arriesga por nosotros. Da un paso al frente. Contagia su coraje.

¿Qué estás dispuesto a pagar?



Mejor rojo que muerto», dice la frase de Bertrand Russell. No debemos juzgar el coraje de otro hombre, pero podemos decir sin miedo a equivocarnos que esa frase —pronunciada no solo desde la seguridad de la torre de marfil sino muy posiblemente, en el caso del mujeriego Russell, desde la cama de la esposa de otro— es la cumbre de la cobardía.

Para Russell, la vida era más importante que la dignidad. Ningún principio, ni siquiera la libertad, valía más que la supervivencia. Prefería ceder ante el totalitarismo soviético a morir.

Si nos remontamos a Epicuro, vemos que algunos filósofos han cuestionado por qué una persona debe dar la vida por la de otro. Han cuestionado la idea de arriesgarse por una causa, y no digamos la de morir por ella. ¿Qué tiene de malo ser un la meculos, preguntan, si te permite seguir respirando? ¿De qué sirven los principios si te cuestan la vida?

Esa forma de pensar tiene una lógica. Solo que es patética.

Otro filósofo (más valiente) como John Stuart Mill reconocía que la guerra era fea —la ambición también lo puede ser—, pero, decía, «el estado moral y el sentimiento patriótico decadente y degradado que cree que nada merece una guerra es mucho peor». Tienes que preocuparte por poner un límite, porque, si no lo haces, a la larga es mucho más feo que la mayoría de los excesos de la historia.

Lo bueno es que en el fondo sabemos que hay algo mucho peor que

morir. Por eso admiramos a los héroes, famosos o no, que lucharon y desafiaron, apostaron y se sacrificaron por aquello en lo que creían.

Catón dio la vida para resistirse a Julio César. Trásea y Catón cayeron oponiéndose a Nerón. Los espartanos prefirieron luchar como hombres libres a vivir como esclavos ricos a las órdenes de Jerjes. ¿No es eso lo que identificamos en la grandeza de Sócrates? Podría haber escapado, salir de la cárcel valiéndose de sobornos, pero no lo hizo. ¿En Jesús también?

Detengámonos un momento a conmemorar a algunos héroes menos conocidos: a los negros anónimos que fueron apaleados, a los que perdieron trabajos, a los que les pidieron la devolución de sus préstamos pero, a pesar de todo, se inscribieron en el censo electoral. Las innumerables parejas interraciales que se casaron desafiando a los nazis o el *apartheid*. Una madre de sesenta años llamada Lori Gilbert-Kaye se lanzó delante de su rabino durante un tiroteo masivo en 2019 y lo protegió con su cuerpo y con su vida. Leonard Roy Harmon, un cocinero negro de un barco de la Marina, usó su cuerpo para proteger a los heridos evacuados en Guadalcanal y murió por un país que seguía negándole ilegalmente el derecho a votar y a vivir libre. Anne Dufourmantelle, la filósofa francesa, murió rescatando a dos niños que se estaban ahogando mientras estaba de vacaciones. Wilfred Owen, el poeta citado antes, volvió a prestar servicio en la Primera Guerra Mundial cuando su amigo y también poeta Siegfried Sassoon resultó herido de gravedad. Como Bertrand Russell, Owen era antibelicista, pero creía que alguien debía documentar los horrores de la guerra. Moriría en combate solo una semana antes del armisticio en una guerra a la que se oponía, pero cumpliendo con un deber en el que creía.

«Téngase con el cuerpo un cuidado muy solícito», escribió Séneca. Lo mismo es aplicable a nuestra profesión, nuestro estatus, la vida que nos

hemos forjado. «Mas de tal suerte que cuando lo exija la razón, la dignidad, la lealtad, estemos dispuestos a arrojarlo a las llamas».

Antes hemos dicho que el miedo pregunta «Pero ¿y si…?». Le preocupa el precio, sobre todo para nosotros. Un héroe no piensa en eso. Acepta la cuenta por hacer lo correcto.

Piensa en un líder maduro que se jubila para hacer sitio a la nueva generación (como el general Mattis intentó hacer en 2016 o como lo hizo Lou Gehrig en cuanto decayeron sus aptitudes deportivas). Piensa en un político que cava su propia tumba desde el punto de vista político para aprobar una ley necesaria. (Lyndon Johnson al firmar la Ley de Derechos Civiles: «Creo que acabamos de dar el Sur a los republicanos», dijo). Piensa en el artista que ofende al público o al patrocinador para seguir su vocación creativa. (En la cúspide de su carrera, Norman Rockwell abandonó su lucrativo empleo como portadista del *The Saturday Evening Post* para buscar mayor libertad artística… y rápidamente la empleó para pintar sus obras más inolvidables y emotivas sobre el racismo en Estados Unidos). Se calcula que manifestarse contra el reclutamiento le costó a Muhammad Ali más de diez millones de dólares en ingresos profesionales.

Durante la pandemia de la COVID-19, algunos negocios estuvieron dispuestos a sacrificarse en aras de la salud pública, a diferencia de otros. Parece una reacción lógica, pero si lo fuese todo el mundo lo habría hecho.

Ya hemos hablado del coraje de los empresarios que toman decisiones difíciles, pero tal vez la más difícil para una empresa es dar prioridad a las personas por encima de los beneficios. Reed Hastings tuvo que armarse de coraje para abandonar su empresa de alquiler de DVD, pero habría sido más valiente si se hubiese enfrentado a Arabia Saudí cuando el país exigió la retirada del controvertido episodio de una serie que criticaba su gobierno por asesinar a un periodista disidente. Pensando en el precio de sus

acciones, Hastings explicó: «No nos dedicamos a plantar cara al poder, sino al entretenimiento».

Como las personas, todos los negocios tienen intereses conflictivos. En última instancia, hay algo más importante que los dólares, y como humanos respondemos a lo que está más allá de la sala de juntas, como cuando CVS dejó de vender cigarrillos, aunque los productos derivados del tabaco granjeaban a la cadena unos 2.000 millones de dólares al año. No es comparable a cuando Jonas Salk declinó patentar la vacuna contra la poliomielitis, pero sigue siendo notable. Al final, tuvo un efecto real, porque los clientes no se limitaron a comprar en otra tienda, sino que muchos dejaron de fumar. Las ventas de tabaco se redujeron en todo el sector —a pesar de que ningún otro gran comerciante siguió su ejemplo—, todo porque una tienda estuvo dispuesta a sacrificar los ingresos por el bien común.

Asumir la responsabilidad por otra persona o por otro motivo. Es lo que hacen los héroes. Un cobarde piensa en sí mismo.

El coraje nos obliga a cuestionarnos: «Si no ahora, ¿cuándo?» y «Si no yo, entonces ¿quién?». Nos empuja a ser atrevidos. También nos pregunta: «¿Y si todo el mundo fuese egoísta? ¿Cómo iría todo?». Nos anima a apostar por nosotros, a abrir un camino no trillado. Pero no podemos olvidar que la otra parte de la pregunta del rabino Hillel es igual de importante. «Si me ocupo solo de mí, ¿quién soy?».

Nos resistimos a la insidiosa influencia del nihilismo, afirmamos nuestra capacidad de acción sobre el azar y el destino, pero ¿por qué? No puede ser solo por nuestra supervivencia. La poeta Maya Angelou dijo una vez que el coraje consiste en defenderte a ti y a los demás.

Eso es lo que hacemos aquí. De hecho, para eso estamos aquí.

El gran porqué



Superar las objeciones de sus padres, los juicios de la sociedad, pasar tiempo en el desierto, seguir la llamada? Entendemos que eso exigiese un enorme coraje por parte de Florence Nightingale, como se lo exigiría a cualquier chico o chica de un pueblecito si quisiera perseguir sus sueños en la gran ciudad.

Imagínate a los agentes y anunciantes que intentaron convencer a Michael Jordan de que no cambiase el baloncesto por el béisbol. Cuando Jeff Bezos le contó la idea de Amazon a su jefe de Wall Street, este se lo llevó a dar un paseo y le dijo: «Es una buena idea, pero sería mejor para alguien que no tuviese trabajo».

¿Admiraríamos tanto a Florence si la finalidad de su fuga hubiese sido empezar una nueva vida como una bohemia del siglo XIX? ¿Y si Pat Tillman hubiese dejado el fútbol americano para convertirse en un capitalista de riesgo? Se necesita coraje para desviarse del camino convencional; es heroico cuando se hace por motivos desinteresados.

Maya Moore llegó a lo más alto en su deporte. Ganó cuatro anillos de la WNBA. Jugó seis veces el partido del All-Star. Se proclamó máxima anotadora, máxima robadora de balones, además de conseguir el premio a la Rookie del Año y un Wooden.

Sin embargo, hizo un alto y dejó su carrera deportiva. No para ganar más dinero en televisión ni para descansar de la rutina; no, para poner en

libertad a un hombre encarcelado injustamente. Y lo consiguió. Ahora están casados.

David Brooks ha hablado de la «segunda montaña»: aquello que nos dedicamos a escalar por motivos que van más allá de la intrépida afición a un reto o las recompensas derivadas de desafiar a la adversidad que han frenado al resto de la gente. La montaña que escalamos después de enfrentarnos a las dificultades de la primera montaña y de descubrir que tener éxito no es tan satisfactorio.

Cuando separamos el coraje del heroísmo, en parte nos basamos en esa distinción. No es solo que la causa lo condicione todo, sino que hay algo distinto en entregarte a algo que puede estar en conflicto con tu propio interés.

Cuanto mayor es el sacrificio, mayor es la gloria. Aunque los logros no parezcan tan notables…

… la madre que deja de lado su sueño para cuidar de un hijo enfermo.

… el inmigrante que cada día se pone un delantal a pesar de tener el título de Medicina por una universidad extranjera.

… el empleado que deja un trabajo bien remunerado o muy considerado porque cree que está haciendo del mundo un lugar peor.

… la persona cuya reputación, de manera injusta, sufre un revés público al proteger en silencio a alguien.

La decisión de Moore supuso renunciar a millones de dólares, a aparecer en televisión, a los mejores años de su carrera. Lo correcto podía costarle todo… pero lo hizo.

La gente sospechó de ella. La criticó. Nadie creía que el hombre al que quería liberar fuera inocente; si lo hubiese sido, la batalla legal no habría durado tantos años. Ella se enfrentó a la situación. La recompensa no era segura. La contrapartida era el futuro de su carrera y su vida.

«El carácter —reflexionó De Gaulle al final de su vida— es ante todo la capacidad de hacer caso omiso a los insultos o al abandono del propio pueblo. Uno debe estar dispuesto a perderlo todo. No existe un riesgo a medias».

Es una magnífica definición del heroísmo.

Volver al valle



En 1939, Dietrich Bonhoeffer llegó sano y salvo a Estados Unidos. Desde su púlpito, había presenciado con horror el ascenso de Hitler y ahora estaba fuera de peligro. Sin embargo, nada más desembarcar en el puerto de Nueva York, empezó a sentir remordimientos. Solo pensaba en Alemania, en la gente a la que había dejado atrás, en lo útil que podría haber sido allí.

Era como estar de vacaciones mientras su país ardía.

Al final, decidió volver. «He llegado a la conclusión de que cometí un error al venir a Estados Unidos —explicó—. Debo vivir este difícil periodo de nuestra historia nacional con mi pueblo. Después de la guerra, no tendré derecho a participar en la reconstrucción de la vida cristiana de Alemania si no comparto las dificultades de este tiempo con mi gente […] Los cristianos de mi país tendrán que enfrentarse al terrible dilema de desear la derrota de Alemania para que la civilización cristiana sobreviva o anhelar la victoria de su país y, por lo tanto, la destrucción de la civilización. Sé cuál de esas alternativas debo escoger, pero no puedo tomar esa decisión desde la seguridad».

Cuando Hitler llevó a Europa a la guerra, Bonhoeffer decidió librar su propia batalla contra Hitler, aunque debía de intuir, e incluso saber, que regresar suponía ir voluntariamente a la horca.

Al final sería detenido, encarcelado y ahorcado por conspirar contra Hitler, después de haber estado a punto de asesinar al mayor monstruo de la

historia. La inscripción del monumento que rinde homenaje a Bonhoeffer y sus cómplices reza: «En resistencia a la dictadura y el terror, dieron la vida por la libertad, la justicia y la humanidad».

El inmigrante y el refugiado necesitan un coraje increíble para dejar sus hogares e intentar ofrecer una vida mejor a sus familias. Pero del mismo modo que el destino de algunas personas es cruzar océanos y desiertos, puede que el nuestro sea quedarnos, en sentido literal o figurado.

La madre de Frank Serpico buscó prados más verdes al otro lado de las agitadas aguas del Atlántico. Él, atrapado en la corrupción del departamento de Policía de Nueva York y la cultura tóxica que la permitía, debió de fantasear con marcharse en incontables ocasiones. Optó por quedarse y luchar… incluso después de que le disparasen a la cara por testificar.

«¿Por qué iba a marcharme? —dijo—. No soy yo el que está haciendo algo malo».

A pesar del grave riesgo político y personal que corría, Alexéi Navalni se quedó en Rusia. Xu Zhiyong podría haber hallado una forma de salir de China, pero no lo hizo. A los extranjeros siempre les resulta un tanto desconcertante cuando esos disidentes acaban siendo detenidos o, en el caso de Navalni, casi asesinados, y luego —tras recuperarse y despedirse de su esposa mientras ella le enjugaba las lágrimas— se enfrenta a un juicio que es una farsa, empeñado en seguir luchando por el alma de su país.

¿Por qué no escaparon?

Como en el caso de los reformistas, creían que podían ser más útiles si se quedaban que si se iban, si regresaban que si vivían en el exilio. Estuvieron dispuestos a correr riesgos. Sabían cómo reaccionarían las autoridades y tuvieron la valentía de pronunciarse. Al cantante y activista social Paul Robeson le preguntaron por qué no se marchaba de un país racista como Estados Unidos a una tierra más acogedora como Europa. «Porque mi padre

fue esclavo —contestó—, y mi pueblo murió para crear este país. No pienso largarme y renunciar a una parte de él […] Ningún fascista me echará de aquí. ¿Está claro?».

Por eso nos presentamos cada día en el trabajo, aunque no nos quieran. Aunque sea peligroso. No somos culpables de nada. Por tanto, ¿por qué debemos dejarnos espantar? Si otras personas quieren irse, si quieren abandonar, si otras personas han decidido que no hay futuro, que sepas que no tienes por qué estar de acuerdo. Puedes quedarte. Puedes volver.

De hecho, tal vez eso sea lo más valiente que puedas hacer.

Cuando nos sacrificamos de esa forma, como Robeson, como Navalni, animamos a otros a que sigan nuestro ejemplo, ya sea negándonos a abandonar a un amigo cuya crisis personal le ha convertido en un apestado o siguiendo una línea de investigación que sabemos que dará frutos, aunque todos hayan perdido la fe. Que se marchen los demás; nosotros no pensamos dejarnos disuadir con tanta facilidad. No vamos a abandonar nuestro partido político ni nuestra ciudad natal; nos quedaremos a arreglarlos. Porque sabemos que es lo correcto.

Cuando la policía tomó medidas extremas durante el boicot de los autobuses de Montgomery, Martin Luther King Jr. se marchó a Atlanta. Era libre. Estaba a salvo. Su padre y otras personas le rogaron que se quedase allí y dirigiese la causa desde la distancia. «Debo volver a Montgomery —les dijo King—. Sería un cobarde si no lo hiciese. No podría vivir conmigo si me quedase aquí escondido mientras mis hermanos y hermanas están siendo detenidos en Montgomery». Ese era el compromiso de su vida. Cuando se convirtió en un hombre marcado, podría haberse quedado en el Norte, haber encabezado el movimiento de los derechos sociales y haber llegado a viejo. En cambio, como repetidamente decía en sus discursos, debía «volver al valle». Su misión le obligaba… y su fe le guiaba.

A veces estamos llamados a irnos. Pero otras el destino exige que nos quedemos: que volvamos a las garras del monstruo, que nos quedemos a luchar. Por nuestro trabajo, por nuestra causa, por nuestra vida. Por nuestra familia. Por nuestros vecinos.

Y los héroes lo hacen, aunque les salga muy caro.

El silencio es violencia



Uno de los conspiradores que se confabuló contra Nerón fue atrapado e interrogado: «¿Por qué lo has hecho?».

«Porque era la única forma de ayudarle», contestó el soldado al emperador devorado por sus demonios y delirios.

Lo mismo les dicen a personas que destapan ilegalidades, filtradores de secretos y activistas de toda condición. «¿Por qué lo haces? ¿No ves en qué problemas te has metido? ¿Tenías que armar tanto jaleo? ¿Por qué no nos has dejado lavar nuestros trapos sucios?».

La respuesta es la siguiente: porque aman demasiado, porque se preocupan demasiado. Se preocupan por «ello» más que por ellos mismos. Y no decir o no hacer nada es más perjudicial que cualquier molestia derivada de ser tan insistente, o de atraer la atención pública sobre un asunto desagradable.

En un momento crítico de la guerra de Corea, un joven ayudante le dijo lo que pensaba al secretario de Estado, Dean Acheson. Le preocupaba que las órdenes para MacArthur, redactadas por la Junta de Jefes de Estado Mayor, fuesen demasiado vagas, que la indecisión de los militares permitiese a MacArthur intensificar la guerra sin necesidad. «Por el amor de Dios —contestó Acheson atareado y confundido—, ¿cuántos años tienes? ¿Estás dispuesto a asumir el puesto de la Junta de Jefes Estado Mayor?».

El ayudante, que solo tenía treinta y dos años, no estaba dispuesto. Aparcó sus objeciones. Su carrera era más importante.

Unos días más tarde los chinos, soliviantados por las agresivas medidas de MacArthur, inundaron Corea de tropas. Estuvo a punto de estallar la Tercera Guerra Mundial.

Cuando rehusamos implicarnos o arriesgar nuestra reputación, tenemos que ser conscientes de que no solo nuestra carrera o nuestra vida está en juego. Hace dos mil años, mucho antes de la famosa cita sobre lo que se necesita para que el mal triunfe, Marco Aurelio se recordó que «muchas veces comete injusticia el que nada hace».

¿Quieres pensar en un mundo en el que Florence Nightingale no hubiese revolucionado la enfermería por no querer enfadar a sus padres o por no enfrentarse a los burócratas que mandaban? ¿Un mundo en el que De Gaulle hubiese seguido entre los hombres de Pétain, en el que los espartanos no hubiesen luchado en las Termópilas sino que hubieran aceptado un buen trato?

Quizá si ellos hubieran decidido pensar primero en sí mismos, o si se hubieran quedado callados, no estaríamos aquí.

Desde luego, de no ser por los sacrificios de los artistas que se enfrentaron a censores, los científicos que desafiaron a la Iglesia, los inventores que difundieron advertencias y los manifestantes que actuaron a pesar de las multitudes y los perros, no estaríamos aquí.

Conviene señalar que no todos esos hombres y mujeres sobrevivieron a sus valerosas andaduras.

La triste realidad es que a veces lo correcto es una misión suicida, normalmente no en sentido literal, sino figurado. A veces nuestra lanza debe romperse contra el escudo. A veces debemos estar dispuestos a llegar hasta el final. Debemos estar dispuestos a perder el trabajo, a quedarnos sin

clientes, a perder nuestra posición, a separarnos de nuestros amigos o a hacer el sacrificio.

Por supuesto, da miedo. Nos enfrentamos a nuestro temor y a nuestro instinto de supervivencia.

Pero por algo hemos cultivado el coraje en nuestra vida. No ha sido para tener un poco más de éxito. No ha sido para experimentar lo que nos ofrece la vida, aquello para lo debemos superar el miedo.

Cultivamos el coraje para ocuparnos del importante trabajo del que depende la gente.

Como dijo Martin Luther King Jr., «Llega un momento en el que el silencio es traición».

Lo sabía por experiencia. Estaba en deuda con Kennedy por haberle salvado de cumplir condena en una cuerda de presos o de ser linchado, pero también con el sargento Shriver, el cuñado de Kennedy, que había hablado a su favor. Varios miembros de la campaña habían aconsejado al presidente que no interviniese. Sus advertencias habían hecho que Kennedy desechase la idea. Shriver decidió que merecía la pena arriesgarlo todo para hacerse entender. «Nunca utilizo a los contactos de mi familia ni pido favores, pero te equivocas, Kenny —le dijo al principal asesor de campaña de Kennedy —. Esto es demasiado importante. Quiero estar un rato a solas con él».

Allí, en una habitación de hotel, con su influencia y su reputación en juego, Shriver consiguió apelar a la moral de Kennedy. Perseveró hasta que lo consiguió, aunque le advirtieron: «Si sale bien, no te apuntarás el tanto; si no sale bien, te llevarás toda la culpa». De hecho, esa fue su recompensa: al principio le gritaron que a Kennedy le costaría la campaña… y cuando los resultados electorales demostraron que él estaba en lo cierto, su papel fue olvidado de inmediato. Todo pegas, ninguna ventaja… pero siguió adelante.

Es heroico aceptar un trato tan desfavorable.

Si no hacemos lo correcto, ¿quién lo hará? Y si alguien no lo hace, ¿cuántos sufrirán?

No podemos quedarnos callados. No podemos permanecer pasivos.

Tenemos que estar dispuestos a plantarles cara.

Es la única forma de ayudar.

La audacia de la esperanza



En 1961, un hombre dejó inconsciente a John Lewis cuando intentó entrar en una sala de espera exclusiva para blancos de una estación de autobuses de Carolina del Sur. Fue una de las muchas palizas que recibió en sus valientes campañas como Viajero de la Libertad y activista de los derechos civiles. Esa, como cualquier otra, podría haber acabado doblegando su corazón y su espíritu. Allí estaba él, que solo esperaba la más mínima decencia humana, e intentaban matarlo por eso. De hecho, bastantes amigos y muchos niños inocentes habían sido y serían brutalmente asesinados por atreverse a exigir sus derechos constitucionales.

¿Cómo no iba a afectar eso a una persona? ¿Cómo no iba a hacer que se cerrase en banda? Sin embargo, cuarenta y ocho años más tarde, Lewis tuvo la oportunidad de coincidir cara a cara con su agresor, un hombre llamado Elwin Wilson. Porque Wilson estaba listo para pedir disculpas.

Y lo más sorprendente, Lewis estaba dispuesto a aceptarlas.

La mayoría de nosotros perderíamos la fe en la humanidad después de la primera, la cuarta o la decimoquinta paliza. ¿Cuántas veces podríamos soportar ir a la cárcel? (¡John Lewis fue detenido cuarenta y cinco veces!). ¿Cuántos años de progresos interrumpidos podríamos aguantar? ¿No sería normal sentir ira y desesperación?

¿Amor? ¿Compasión? ¿Optimismo? ¿Volver a bajar la guardia? Anda ya.

Poco hay más absurdo y valiente en este puñetero mundo que no perder

la esperanza.

Porque hay muchos motivos para perderla:

El dolor.

Los fracasos.

Los buenos que son castigados.

El desfile continuo de avaricia y egoísmo, estupidez y odio.[14]

Es muy fácil decir «¿Para qué?».

Pero si nos rendimos, perdemos.

No puedes ganar una batalla o realizar un cambio a los que has renunciado.

John Lewis se negó a renunciar. Mientras Elwin Wilson estaba en su despacho, Lewis dedicó un libro a su antiguo agresor. «Para Elwin Wilson: con fe y esperanza. Ten siempre clara tu meta».

Había algo en esa fe. Cuando crees en algo, es más fácil creer en la gente. Es lo que ayuda a soportar el dolor y los inconvenientes. Además, ¿podía haber mayor casualidad que el hecho de que el segundo nombre de Wilson fuese *Hope* («Esperanza»)?

«Mi trabajo, mi esperanza, mi amor, mi valor —escribió una joven Ana Frank en su diario—. Todo ello me mantiene en pie y me hace ser buena». Si ella no perdió la esperanza en la humanidad ni siquiera entonces, escondida en un desván de las tropas de asalto, ¿cuál es nuestra excusa?

No nos referimos a una esperanza concreta: «Oh, esto terminará en diciembre». «Oh, estamos a punto de salir del túnel». «Oh, mi dolor desaparecerá por arte de magia». Tampoco a fantasías ridículas («Si puedes soñar sin que los sueños te dominen»). La esperanza tiene que ser más honda, más profunda. Es la esperanza de Shackleton en que sobreviviría a la adversidad y volvería a rescatar a sus hombres. La de De Gaulle en que, a

pesar de estar solo, si perseveraba, dejaría de estarlo. Esa es la esperanza que se puede convertir en una verdad efectiva.

Incluso después de un divorcio, incluso después de un robo, incluso después de un fracaso inesperado y de la posterior bancarrota, no podemos abandonar a la gente ni la esperanza en un futuro mejor. «Me niego a aceptar que el banco de la justicia está en bancarrota». «Me niego a aceptar que el hombre sea irredimible». «Me niego a aceptar que no puedo arreglar esto». «No pararé hasta dar sentido a este sufrimiento».

No creer en la esperanza es escurrir el bulto. Es nihilismo, como ya hemos dicho, un motivo siniestro para no tener que preocuparnos ni intentarlo. Pero ¿tener esperanza? Tener esperanza es una obligación. También es una luz. La esperanza es aquello con plumas, como dijo Emily Dickinson. Se posa en nuestra alma. Nos guía a través de la tormenta. Nos da calor. Y como también dijo ella, no nos pide nada a cambio.

Sin embargo, no es del todo cierto. La esperanza requiere coraje y algo más.

Llevamos el fuego aún a riesgo de quemarnos. Estamos de buen humor a pesar del horror y la desesperación. Mantenemos el corazón abierto aunque se nos ha roto. Obramos sin hacer caso de la tremenda adversidad.

La esperanza nos impulsa, y sembrándola realizamos un acto heroico.

Recuerda: los líderes son vendedores de esperanza. Nadie quiere vivir en un mundo sin mañana, sin un motivo para seguir, sin un punto en el horizonte al que enfocar. Y si queremos eso, tendremos que crearlo. Por ellos y por nosotros, con heroísmo.

Independientemente de lo que hagamos, no podemos ceder a la amargura. Debemos rechazar el sacrilegio de la desesperación. No podemos perder la esperanza en nosotros ni en los demás. Tenemos que contarnos un relato —

sobre la historia, sobre nuestra vida— que haga hincapié en la voluntad, el progreso y la posibilidad de redención.

Tenemos esperanza contra todo pronóstico. Esa es la semilla de la grandeza.

Esa es la clave para un mañana mejor.

Debes quemar la bandera blanca

La resistencia es una cosa. Negarse a rendirse, otra.

Se dice que su amo torturó a Epicteto esperando que le suplicase que parara, advirtiéndole una y otra vez que le iba a romper la pierna. Al final, se la partió. «¿Qué te he dicho?», comentó.

Se trata de ese compromiso, esa perseverancia que trasciende la simple resistencia. Epicteto no estaba dispuesto a permitir que doblegasen su espíritu, no pensaba ceder a la amargura ni a la desesperación. Y gracias a eso acabó sobreviviendo a treinta y dos años de esclavitud y destierro.

Catón no solo se negó a entregarse a César mientras luchaba por mantener la República de Roma, sino que insistió en que nadie pidiese misericordia ni clemencia en su nombre. Eso habría significado que lo habían derrotado, que las fuerzas de la tiranía lo habían vencido, y no era el caso.

Ese es el comportamiento propio de un héroe. No solo quema todas las naves, sino también la bandera blanca.

En su famoso discurso «Libertad o muerte» —inspirado en Catón y en su resistencia—, Emmeline Pankhurst resumió este tipo de compromiso:

> Mientras las mujeres consientan en ser dominadas sin justicia, lo serán, pero si las mujeres dicen: «Retiramos nuestro consentimiento; si el gobierno es injusto, ya no nos dejaremos dominar», ni con las fuerzas de la guerra civil podrás dominar a la mujer más débil. Puedes

matarla, pero entonces se te escapa; no puedes dominarla. Ningún poder sobre la tierra dominará a un ser vivo, por débil que sea, si este o esta le retira su consentimiento.

Aunque haya situaciones que exijan una retirada táctica, jamás nos rendiremos.

Pueden excluirte.

Pueden encadenarte.

Pueden confiscar tus propiedades.

Pueden humillarte en la prensa.

Pueden atacarte en los juzgados.

Pueden descargar sobre ti el poderío de sus recursos empresariales.

Pueden desterrarte a una roca en medio del mar.

Pueden quitarte muchas cosas, pero mientras estés vivo, no pueden obligarte a abandonar.

Unos alborotadores quemaron el autobús en el que llegaron los Viajeros de la Libertad. ¿Sabes qué hicieron los pasajeros? Subieron al siguiente autobús. Les cosieron las heridas en el hospital y siguieron adelante. Porque tenían algo por lo que luchar.

«Si ve al presidente —le pidió Grant a un periodista mientras perseguía a Lee—, dígale de mi parte que pase lo que pase no habrá vuelta atrás». No estaba seguro de que fuese a ganar, pero como los espartanos, iba a volver con su escudo o sobre él. Nadie puede prometer la victoria, de modo que Grant se estaba comprometiendo a dar todo lo que podía, incluida la vida.

«Los estoicos minimizaban el daño físico, pero no por arrogancia —escribió James Stockdale—. Hablaban de él comparado con el angustioso dolor de la vergüenza que imaginaban que sentían los hombres buenos cuando sabían que no habían cumplido su deber con sus semejantes o con Dios».

El héroe obtiene su poder del alma. No se trata de quién tiene el ejército

más grande o las mejores armas, ni de quién cuenta con más razones o mayor presupuesto. Ganará el que no abandone, si no ahora, más adelante; si no en esta vida, en la próxima.

Si succiderit, de genu pugnat. «Si te fallan las piernas, pelea de rodillas». Se levanta, aunque no sea posible en sentido literal.

Churchill no estaba seguro de que Gran Bretaña pudiese aguantar. Nadie podría haberlo estado. Estaba seguro de cómo respondería él si llegaban los nazis. «¿Qué debemos hacer?», le preguntó su nuera. «Nada te impide coger un cuchillo de trinchar de la cocina —le contestó él—, nada te puede impedir cargarte a unos cuantos de esos desgraciados».

Nadie dice que no puedan acabar venciéndote, solo que la rendición es una opción. Abandonar la causa depende de ti.

Resistencia hasta… lo que te quede por dar.

Hemingway nos recuerda que si bien es muy posible ser destruido —por la vida, por el enemigo, por una racha de mala suerte—, nadie puede vencernos. La decisión es nuestra. Está en nuestra mano. Y solo ocurre cuando nos rendimos. La única forma de perder es abandonar el coraje.

La derrota es una opción. El valiente nunca la escoge.

Nadie es invencible



Creemos que el coraje significa ser invencible.

No.

Significa volver a levantarte cuando te han vencido.

Porque tus hijos están mirando.

Porque la causa te necesita.

Porque no vas a permitir que triunfe el mal.

Significa recuperarte para hacer lo que debes hacer por ti y por los demás.

Sin embargo, a algunos nos da miedo hacerlo. No nos da miedo seguir adelante, sino ser tan vulnerables como para reconocer que estamos heridos, que necesitamos restablecernos, que hemos sufrido un revés.

En uno de los pasajes más hermosos de toda su obra, Hemingway escribe:

> Cuando los individuos se enfrentan al mundo con tanto valor, el mundo solo los puede doblegar matándolos. Y, claro, lo hace. El mundo quiebra a los individuos y, en la mayoría, se les forma cal en el lugar de la fractura; pero a los que no quieren dejarse doblegar, a esos, el mundo los mata. Mata indistintamente a los muy buenos, a los muy dulces y a los muy valientes.

El mundo es un lugar duro y cruel. Y que durante al menos cuatro mil quinientos años ha seguido invicto. Desde especies enteras de depredadores alfa hasta Hércules y el propio Hemingway, ha albergado a criaturas muy

fuertes y poderosas. ¿Y dónde están ahora? Se han ido. Son polvo. Muchos antes de tiempo.

Porque confundieron fuerza con resiliencia.

El estoicismo —un hondísimo coraje— te ayuda a recuperarte cuando el mundo te vence y, durante la recuperación, te hace más fuerte a un nivel muy profundo. Los estoicos se curan centrándose en lo que pueden controlar: su respuesta. La reparación. El aprendizaje de lecciones. La preparación para el futuro. La transformación de la vida de los demás. La petición de ayuda. El cambio. El sacrificio por el bien común.

No se trata de una idea exclusiva de Occidente. En el arte japonés hay una disciplina llamada *kintsugi* que se remonta al siglo XV. En ella, los maestros reparan platos, tazas y cuencos rotos, pero en lugar de limitarse a arreglarlos devolviéndoles su estado original, los mejoran. Los pedazos no solo se pegan, sino que se funden con una laca especial mezclada con oro o plata. Según la leyenda, esa forma de arte se creó después de que enviasen un cuenco de té roto a China para que lo reparasen. Sin embargo, la pieza devuelta no era bonita: el mismo cuenco de antes, pero agrietado. El *kintsugi* se inventó como manera de transformar las grietas en algo hermoso.

Esa es la pregunta que a veces se plantea el mundo. Sabe que somos valientes, de modo que la cuestión es: ¿muerte o *kintsugi*?

¿Darás con la forma de fortalecerte en los puntos de las fracturas? ¿O te aferrarás tanto a las viejas costumbres que te harás añicos?

Un héroe vuelve a levantarse. Se cura. Crece. Por él y por los demás.

Audie Murphy concluye sus memorias con esa idea. La guerra le ha afectado. Es consciente de ello. Ha visto imágenes horribles. Como muchos veteranos y supervivientes a un trauma, padece trastorno de estrés postraumático. Pero se niega a que eso le condicione. «De pronto, la vida

nos hace frente —escribe—. Me juro a mí mismo que estaré a la altura. Puede que esté marcado por la guerra, pero no me dejaré vencer por ella».

Volveré a casa, dice. No piensa rendirse. No dejará que ganen sus demonios. Encontrará a la chica de sus sueños, se casará con ella y formará una familia. Buscará una nueva profesión, una nueva meta. «Aprenderé a mirar la vida con los ojos libres de cinismo —se dice, como debes hacer tú también—, a tener fe, a conocer el amor. Aprenderé a trabajar tanto en paz como en guerra. Y, por último, como muchos otros, aprenderé a volver a vivir».

El coraje es virtud. La virtud es coraje



Las virtudes son como la música. Vibran con un tono más alto, más noble.

STEVEN PRESSFIELD

En el principio fue la Palabra», escribe Goethe al comienzo de su obra de teatro *Fausto*.

Luego se corrige. No, en el principio fue la acción.

El coraje es el tema de este libro, el primero de una serie acerca de las virtudes cardinales. Llegados al final, conviene señalar que las palabras no importan. Las acciones sí.

De hecho, nada lo demuestra más que la relación entre el coraje y las otras tres virtudes: la templanza, la justicia y la sabiduría. Las tres son imposibles, inútiles incluso, sin una base de coraje.

Como escribió C. S. Lewis: «El coraje no es solo una de las virtudes, sino la forma de cada virtud cuando se pone a prueba». Intenta vivir con moderación. Intenta ser sincero. Intenta perseguir el conocimiento. Intenta hacerlo en un mundo que ha renunciado a la sabiduría, el autocontrol y la justicia, y verás.

Verás lo lejos que llegas sin coraje. Se burlarán de ti. Te criticarán. Te

minarán. Te pondrán trabas. Descubrirás que tu saldo se acerca a cero. Todo es una prueba.

Sin coraje, no la superarás. La masa te alcanzará… o te convertirás en parte de ella. La tensión te romperá… o dejarás de comprometerte con lo que te causa tensión.

El coraje es la única solución. Es el pilar del resto.

Lo necesitarás.

Y es que hablar de virtud es fácil. Ha discurrido con fluidez por estas páginas, avalada por siglos de poesía, literatura y memorias. Pero el objetivo de la escritura de este libro, y las horas que has pasado leyéndolo, no era el simple entretenimiento.

Lo que queremos es mejorar. Queremos responder a la llamada, tomar esa decisión hercúlea. Hoy. Mañana. En todo momento.

¿De qué sirve cualquier virtud si solo existe en el papel? ¿Qué sentido tiene si no eres lo bastante valiente para aplicarla en la vida? ¿Para ser el único que la defienda? ¿Para insistir en ella, a pesar de las múltiples recompensas que ofrece el camino opuesto?

Sí, existe una relación entre el estudio y la práctica, pero en algún momento hay que ponerse manos a la obra. Contemplamos la verdad y luego tenemos que actuar en consonancia. La asimilamos en el alma. A los antiguos les gustaba la expresión «El carácter de un hombre es su destino».

Significaba que lo que creías determinaba lo que hacías. La finalidad de las cuatro virtudes era infundir carácter —buen carácter— para que, llegado el momento crítico, una persona pudiese actuar de manera instintiva. El coraje no es algo que uno declare, como la bancarrota; es algo que se gana, que forma parte de uno. Del mismo modo que un escritor solo se hace escribiendo —y un gran escritor, escribiendo obras dignas de ser leídas—,

«corajudo» es una paga excepcional por el curso de una vida de decisiones con coraje.

Las personas cuya vida hemos seguido hasta ahora —de Charles De Gaulle a Leónidas, Frederick Douglass, Theodore Roosevelt, Eleanor Roosevelt, Marco Aurelio, Sophia Farrar, Frank Serpico y James Stockdale — no fueron perfectas. En ocasiones, demostraron todo lo contrario de las virtudes que estamos viendo, y conviene señalarlo. Aun así, es innegable que en un momento crítico y decisivo su carácter los impulsó a hacer algo extraordinario. No solo entonces, por las personas a las que ayudaban o la causa que promovían, sino también por nosotros, en la actualidad, como fuente de inspiración.

Lo importante no fueron sus palabras, sino quiénes fueron.

Es lo que Lincoln expresó en Gettysburg: no importa lo que digamos aquí, sino lo que ellos hicieron allí. Ya fuese en las Termópilas en el 480 a. C. o en el mismo desfiladero dos mil años más tarde con las tropas británicas e idéntico objetivo en juego, ya fuese Florence Nightingale al responder a su llamada o Maya Moore al responder a la suya, tanto si entendieron el sacrificio que hacían o las consecuencias de la postura que adoptaban como si no, su coraje sigue resonando.

Su virtud fulgura.

No podemos sacralizarla. Es eterna por sí misma. Un sacrificio ofrecido a las llamas.

Porque sabemos que no estaríamos aquí de no ser por la valentía de los que nos precedieron.

Solo hay una forma de corresponderles.

Consiste en aportar nuestras acciones y retomar su «obra inacabada». Debemos seguir la tradición de la que hemos formado parte, tanto si lo sabemos como si no. Debemos seguir a Hércules.

El proceso empieza al elegir la virtud. No la ostentación de esta, sino una vida virtuosa.

Podemos aprender todo lo que queramos de la virtud, pero, al llegar a la encrucijada, tendremos que tomar una decisión.

Empezamos este libro con la Biblia y John Steinbeck. Pongámosle fin reuniéndolos de nuevo. En *Al este del Edén*, el autor concluye que la palabra más importante de la historia del cristianismo es *timshel*. Cuando leemos los mandamientos traducidos a nuestra lengua, los interpretamos como eso, mandamientos. Pero Steinbeck cree que la versión hebrea es más fiel: no «Tú lo dominarás [el pecado]» sino «Tú podrás».

«Ahí reside la responsabilidad individual y el invento de la conciencia —reflexionó mientras escribía esas páginas, dirigiéndose a su editor—. Puedes si quieres, pero depende de ti. Esta pequeña historia es una de las más profundas del mundo. Siempre me ha parecido que lo era, pero ahora lo sé».

Ya proceda de la Biblia, de Hércules o de *Al este del Edén*, el mensaje de la parábola es el mismo: podemos elegir. Elegimos entre la cobardía y el coraje, la virtud y el vicio.

El coraje nos llama cuando tenemos miedo. Nos llama a realizar los actos de valor y perseverancia que requieren nuestros deberes. Y nos llama a pensar más allá de nosotros mismos por el bien común.

Cómo responder a la llamada es nuestra decisión. No solo una vez, sino mil en la vida. No solo en el pasado y en el futuro, sino ahora mismo, hoy.

¿Qué decidirás?

¿Serás valiente? ¿Por quién y por qué lo serás?

El mundo quiere saberlo.

Epílogo



Debía de tener veintitrés años cuando Dov Charney, el director general de American Apparel, me pidió que filtrase unos desnudos de una mujer que lo había demandado.

Me negué.

Él creía que esas fotos y los mensajes de texto que las acompañaban lo exculparían. Hasta cierto punto tenía razón. También constituían lo que ahora llamamos «pornovenganza».

Le dije que no quería participar.

En su día, ese momento de coraje moral me hizo sentir cierta satisfacción conmigo mismo. A medida que ha ido pasando el tiempo, y tras escribir las páginas que has leído, aquella decisión sigue siendo igual de válida, pero me sabe a muy poco. Por un lado, desafiar a Dov Charney no era algo que la gente acostumbrase a hacer en American Apparel, al menos si querían mantener el empleo, y no digamos si pretendían llevarse bien con el jefe. Por otro lado, ¿por qué no me di la vuelta, salí del despacho y no volví la vista atrás? ¿Por qué no dimití en el acto? ¿Por qué no lo hizo todo el mundo? ¿Por qué quise conservar el trabajo?

Recuerdo entrar en su oficina unas semanas más tarde y presenciar una videollamada entre él y unos periodistas de importantes medios de comunicación en la que vieron las fotos. Yo solo había puesto fin a mi

participación en el plan. No había hecho nada para impedir que ocurriese. A los pocos minutos, aparecerían en internet y en la prensa.

¿Por qué me falló el coraje?

Es una pregunta que me he hecho muchas veces desde entonces, porque no fue el primer dilema moral que me encontré en American Apparel. Durante años me dije que me quedé porque quería proteger a las personas que trabajaban para mí. Lo hice porque pensaba que podría ser más útil si me quedaba. Porque creía en la misión de la empresa (hacía bien al mundo). Porque no era como los demás ni como él. En cierta medida, era verdad. Pero siempre encontramos motivos para no hacer lo que es difícil pero correcto. A esa edad me preocupaba mucho renunciar al dinero, al trabajo más importante que había tenido en la vida y desbaratar mis planes de futuro.

La ironía del asunto es que, al tiempo que ocurría eso, planeaba hacer algo que me inspiraba más respeto: dejar el mundo empresarial y convertirme en escritor. Creo que me daba miedo tomar una decisión que supondría cortar mi fuente de ingresos periódica. Dudaba acerca de quedarme sin sueldo. Me frenaba la incertidumbre, el salto al vacío. Pero, al vacilar, me ponía a mí mismo y ponía mi seguridad por encima de lo justo y de los demás.

Durante tres años seguí en la empresa como asesor y estratega. Mi trabajo consistía principalmente en interceder a favor de los empleados a los que podía ayudar y evitar que el coche se estrellase. Impedía que se tomasen malas decisiones. Orientaba las decisiones en una dirección más ética. Trataba de controlar a Dov. A mi modesta manera, contribuía a mantener la empresa a flote, ayudando a que miles de trabajadores de la confección siguiesen ganándose la vida. Seguía cobrando y, por consiguiente, no puedo desentenderme de todo lo malo que pasó después.

No era un ejemplo de coraje.

En 2014, tras consolidarme como escritor de tres libros, los acontecimientos dieron un giro repentino. Dov, cuya percepción de la realidad antes era intermitente, ahora deliraba. Dormía en un catre en el almacén. Pegó a un empleado. Vociferaba como un loco. Había hecho caer más que nunca el precio de las acciones. Seguían interponiéndole pleitos porque no podía controlarse.

Durante el proceso de enajenación de Dov, mantuve frecuentes conversaciones con algunos miembros de la junta de American Apparel sobre la situación en la empresa. A medida que las noticias empeoraban, la junta decidió tomar medidas contra su director general. Seguí diciendo que Dov necesitaba ayuda, como Nerón: expulsarlo era la única solución. Había tardado demasiado en llegar a ese punto, pero cuando tomé la decisión no me cupo ninguna duda de que era la vía correcta. El día que terminé la gira de presentación de mi libro *El obstáculo es el camino*, recibí una llamada de Dov y otra de su número dos. Al final, la junta había decidido despedirlo.

¿Podría haber cambiado las cosas si hubiese recomendado antes esa medida? ¿O me habrían echado? Si en 2011 hubiese dimitido en señal de protesta, ¿habrían captado el mensaje o habría caído en saco roto? Si no hubiese esperado, no habría estado cuando llegó el momento decisivo. Al menos… eso es lo que me digo.

En aquellos momentos desesperados, Dov, que no estaba al tanto de mis gestiones, intentó comprar mi lealtad. «Te compraré un sello editorial», me dijo. ¿Podría haber cumplido esa promesa? Quizá no. Daba igual, porque no me interesaba. Había cruzado mi Rubicón. Me fui a Los Ángeles e intenté reconstruir la empresa y salvarla de Dov, que en lugar de marcharse con una fortuna bajo el brazo decidió que si no podía estar al frente de la compañía,

prefería atacar lo que se había pasado toda la vida construyendo. Era una carrera para impedir que prendiese fuego a la empresa.

Wall Street lanzó una opa hostil, y la junta, una píldora venenosa. No fue mucho tiempo zona de guerra, pero en mi vida había visto semejante nivel de caos. Tuve que hacer frente a críticas e intrigas y a toda clase de despropósitos. Me sentaba y me interrogaban para distintas investigaciones. Les enseñaba dónde se habían enterrado los cadáveres y en qué se había gastado el dinero. Convencía a otras personas de que compartiesen sus historias y las protegía de las represalias. Resolvía viejos problemas y anulaba políticas que nunca deberían haberse implementado. Consolaba a la gente. Trataba de enderezar la situación. Trabajaba muchas horas lejos de casa, intentando salvar las ruinas de la empresa mientras mi mujer esperaba pacientemente sola. Era agotador.

Sin embargo, no se pueden ganar todas las batallas. La nueva directiva de la empresa vaciló en un momento crítico. Algunos empleados habían cometido corruptelas durante años y tenían que ser despedidos. Cuando los mantuvieron en sus puestos por miedo a disgustar a alguien, Dov aprovechó para sabotear la empresa a través de ellos. Luego, el fondo de inversión que compró la compañía cedió a la presión y volvió a introducir a Dov. Ya había alertado contra esa situación en repetidas ocasiones, de modo que dimití y renuncié al resto de mi contrato.

Lo habían despedido por motivos que se habían negado y disculpado demasiado tiempo. En aquel momento, la idea de cambiar de rumbo era inconcebible para mí. Pero los expertos estaban convencidos de que sabían lo que hacían. La empresa acabaría declarándose en bancarrota. Dos veces. Más de diez mil personas perdieron su empleo.[15]

He recibido amenazas de muerte por lo que he escrito, pero ninguna me ha puesto tan nervioso como uno de los bufonescos matones de Dov, por

teléfono, ese verano. Pasas de trabajar para alguien y admirarlo —pensando que creéis en lo mismo— a darte cuenta de que te habías vendado los ojos. Te das cuenta de que te habías rebajado. Te das cuenta de que casi todo era mentira. Y, de repente, te preocupas por tu seguridad y temes que te hayan pinchado el coche y el despacho.

Sentía tristeza y miedo, pero también una sorprendente seguridad. Fue mejor marcharse, hacer lo difícil, que vivir los años de conflictos morales, pese a lo interesantes y a veces divertidos que habían sido. Y también mucho más gratificante.

Cuando American Apparel explotó, leí mucho a Séneca. Es una figura fascinante porque, a pesar de sus maravillosas obras sobre el estoicismo —el coraje y la justicia, sobre todo—, también trabajó para Nerón. ¿Había sido yo un equivalente menor de él en el siglo XXI? ¿Un escritor que no vivía según sus palabras? En cierto modo, sí. Era indiscutible que no había estado a la altura. Había transigido. Debería haber tenido más juicio. Podría haber sido más valiente.

Creo que gran parte del problema es que había estado hirviendo a fuego lento. Empiezas por una serie de premisas basadas en la realidad a la vez que tratas de entenderla, o en acuerdos a los que estás dispuesto a llegar. Nerón era joven cuando Séneca lo conoció. También yo conocí a Dov de joven. Las cosas cambian. Aprendes. Suceden acontecimientos. Pero si a medida que creces y la situación cambia no estás dispuesto a tomar decisiones —y muy difíciles—, eres un cobarde.

La falta de capacidad de acción es contagiosa. En American Apparel solíamos decir que todos «veíamos el programa de Dov». Nadie se planteaba tomar cartas en el asunto. Era como si todos fuésemos observadores pasivos de nuestra surrealista vida, incluidas las horas y horas que nos veíamos obligados a quedarnos sentados observándole vociferar y

desvariar. A veces era brillante. Otras, terriblemente malévolo. Parece que a nadie le pasó por la cabeza que podíamos hacer algo al respecto. Tal vez esperábamos que otro tomase la iniciativa, que los adultos nos salvasen. A medida que crecíamos —igual que Séneca se hizo poderoso por méritos propios—, nos olvidábamos de que éramos nosotros los que teníamos que acudir al rescate.

Acuerdos de confidencialidad, despidos, coches de alquiler, amistades… compartimentación, nuestros problemas paternos. Él era el jefe, y su firma estaba en nuestros cheques. Cuando tienes un vínculo personal con alguien, te ciega. No conocíamos a nadie que nos llamase a la huelga. Y aunque hubiera sido así, ¿le habríamos hecho caso? ¿O nos habría sumido más en la disonancia cognitiva? El miedo —en sus muchas formas— era un elemento disuasorio. Se imponía al coraje. Al menos en mi caso.

Séneca también decía que la virtud consta de dos partes. El estudio de la verdad, seguido de la conducta. Si hay una tercera, decía, sería la amonestación y las advertencias: el proceso de revisión, reflexión y creación de normas basadas en nuestras experiencias. Por lógica, la conducta es la más importante. Mi historia es prueba de ello. Pero al fracasar —y al mirarnos después al espejo— logramos crecer y aprender, y con suerte ser mejores la próxima vez. Es lo que le ocurrió a Séneca. Al final, rompió con Nerón. Murió como un héroe.

En 2016, también yo había aprendido de mis experiencias. Tenía una columna en el *The New York Observer*, propiedad de Jared Kushner, entonces conocido como constructor y yerno de una figura habitual de los *reality shows*. Ese verano escribí un artículo en el que dudaba de la idoneidad de Donald Trump para el puesto de presidente. Hasta ese momento, mis textos no habían necesitado aprobación editorial, pero de repente el periódico vetó la publicación de mi artículo. Años antes me

habría dado miedo levantar polvareda o perder el dinero que podía derivarse de mi trabajo. En ese momento ni se me pasó por la cabeza no publicar algo que consideraba importante.

Además, sabía que no me equivocaba, y eso significaba que hacía bien en decirlo.

Publiqué el texto en otra plataforma y enseguida se volvió viral. Sabía que mis días como columnista del *Observer* estaban contados. Poco después escribí otro artículo crítico centrado en el sitio web de extrema derecha *Breitbart*. De nuevo, no lo publicaron, de modo que lo difundí por mi cuenta. Meses después me informaron de que alguien relacionado con la campaña de Trump había llamado para hacer serias acusaciones de plagio contra uno de mis libros. La denuncia era ridícula, pero no se trataba de eso: era una advertencia. Querían que supiese que intentarían arruinarme si no me callaba.

No funcionó.

¿Qué habría pasado si me hubiesen retirado la columna por el texto sobre Trump? ¿Y si me hubiesen obligado a rebatir falsas acusaciones? ¿Y si alguien hubiese venido a por mí? Lo habría manejado igual que la pérdida del sueldo: con los instrumentos que siempre he tenido, como dijo Marco Aurelio. Ceder al miedo es negar los dones y aptitudes que te han llevado adonde estás. Es privarte de la capacidad de acción que te dieron al nacer.

En cierto modo, agradezco las experiencias que viví en American Apparel porque me enseñaron —tarde— la importancia de escuchar a mi voz interior. En medio de todo el caos y la corrupción, a veces cuesta oír la llamada del coraje. En ocasiones solo eres consciente de los peligros de dudar o de no cantarle la verdad al poder después de presenciar lo que os pasa a ti y a los demás cuando eso no ocurre.

Descubrirás que la intimidación descarada de la que he hablado es poco

frecuente. Son más efectivos los incentivos habituales de la vida. Si le dices a la gente lo que quiere oír, tendrás un público numeroso. No hables de política. Abstente de poner en duda la identidad de alguien. Cualquier escritor moderno puede fijarse en el porcentaje de usuarios que dejan de seguirle o retiran la suscripción a su cuenta, y aprende rápido que exponer la cruda realidad suele perjudicar a la cartera. Solo tienes que leer los comentarios de tus seguidores cuando entras en temas controvertidos: «¿Por qué has dicho eso?», «No pienso volver a leerte».

No soy perfecto. Es evidente que no siempre he sido tan valiente como me habría gustado. Pero a medida que he madurado como escritor me ha quedado cada vez más claro que nuestra obligación es con la verdad, le guste o no a la gente. Puede que te castiguen, como a Helvidio. Puede que te desacrediten o te maten por ello. Pero como suelo decir a mis lectores enfadados, no he creado una plataforma para no usarla para decir aquello en lo que creo.

He reservado esta historia para el final del libro porque es compleja y habitual. Doce mil personas trabajaron en American Apparel a lo largo de los años. ¿Quién fue el más culpable? Nadie lo sabe. Si lees las noticias sobre las fotos filtradas, verás lo turbia que fue la situación. Tal vez leas la columna que escribí sobre Trump y pienses que me equivocaba de plano y que no debería haberse publicado.

Lo que pretendía con esos artículos era mostrar que el coraje es algo a lo que todos tenemos que aspirar en nuestra vida, la mayoría bastante pedestres. Samuel Johnson dijo en broma que «todo hombre tiene mal concepto de sí mismo por no haber sido soldado». Lo entiendo. He lidiado con esa idea mientras escribía el libro: ¿estoy cualificado? ¿Puedo escribir sobre el coraje sin haberle salvado la vida a nadie aparte de llamar alguna

vez a urgencias y hacer la reanimación cardiorrespiratoria a una persona en la acera delante de un bar?

No siempre he sido valiente. No siempre soy valiente. Incluso dudé en escribir este capítulo, y algunas personas me dijeron que no lo incluyese… Pero entonces recordé que las dudas deben reforzar la determinación. Puedo afirmar que cada vez se me da mejor el eterno desafío de aplicar el coraje a la vida real. Me preocupa menos lo que piense la gente hoy que ayer. Avanzo más a menudo de lo que me quedo atrás. Escribir y publicar este libro ha sido ejemplo de ello. Pero me gustaría demostrarlo más con mi vida y actos privados que con las palabras.

Tenemos que dejar de pensar en el coraje como lo que tiene lugar en el campo de batalla o en un autobús durante el movimiento de los Viajeros de la Libertad. También es no tener miedo a tu jefe… o a la verdad. Es la decisión de seguir tu vocación creativa. Es poner límites éticos. Es ser un bicho raro si así es como eres. Es votar lo que te dicta la conciencia, no lo que dice la masa. Ni lo que quieren tus padres.

Es no limitarte a actuar cuando el destino te llama al escenario mundial. También es, como ya he dicho, hacer del coraje una costumbre. Algo que aplicar en asuntos mayores y menores, un día sí y el otro también, de manera que resulte natural en todo momento, independientemente de quién esté mirando y de lo que haya en juego.

El coraje nos llama a todos.

¿Responderemos?

Quizá eso sea demasiado. ¿Podemos responder cada vez mejor? ¿Dar un paso al frente más veces de las que lo damos atrás?

Empecemos por ahí.

RYAN HOLIDAY

The Painted Porch Bookshop
Bastrop, Texas, 2021

¿Qué leo ahora?



A la mayoría de la gente le aburren las bibliografías. Para los aficionados a la lectura, en cambio, es la mejor parte. En este libro, basado en tantos escritores y pensadores maravillosos, no podía incluir una bibliografía completa. En lugar de eso, he preparado una lista no solo con todos los libros que influyeron en las ideas que acabas de leer, sino también con lo que saqué de ellos y por qué te podrían interesar. Para recibir la lista, envía un correo electrónico a **books@courageiscalling.com** o a **courageiscalling.com/books**. También te mandaré una colección de grandes citas sobre el coraje.

¿Me recomiendas más libros?

SÍ. También puedes apuntarte a mi lista de recomendaciones literarias mensuales (que ya va por su segunda década de existencia). Ha ido aumentando hasta incluir a más de dos mil personas de todo el mundo y ha recomendado miles de libros que cambian la vida de quien los lee: **ryanholiday.net/reading-newsletter.** Empezaremos con diez libros increíbles que estoy seguro de que te encantarán.

Agradecimientos

Este libro se escribió en plena pandemia de la COVID-19, y no habría sido posible de no ser por los valientes médicos, científicos, trabajadores esenciales, repartidores y empleados de tiendas de comestibles que no faltaron ni un día a su trabajo, poniendo su granito de arena para que el resto pudiésemos sobrevivir. Cuando hablo de coraje, no solo me refiero a los soldados, sino a cualquiera que persevera frente al miedo, a la dificultad, a la duda. Todos tenemos una deuda de gratitud con los héroes de 2020 y 2021, y deberíamos aprovechar los acontecimientos de los dos últimos años para evaluarnos y valorar nuestra contribución al bien común.

Me gustaría dar las gracias a mi esposa, Samantha, que me apoyó y protegió sin descanso a nuestra familia mientras escribía el libro. También estoy en deuda con mis suegros, que me dejaron aparcar una autocaravana en la entrada de su casa durante el verano y cuidaron de nuestros hijos mientras yo escribía la segunda parte. Me gustaría dar las gracias a mis investigadores, Billy Oppenheimer y Hristo Vassilev; a mi editor, Nils Parker; a mi agente, Stephen Hanselman, y al equipo de Portfolio (Adrian Zackheim, Niki Papadopoulos, Stefanie Brody, Tara Gilbride y Megan McCormack). Gracias al general Mattis, el general Lasica, Bradley Snyder, Matthew McConaughey, mi infatigable mentor Robert Greene y Steven Pressfield, por sus consejos y notas. Gracias a mi viejo equipo de American

Apparel por su ayuda en el epílogo y por permanecer a mi lado, aunque no siempre fuese tan valiente como podría haberlo sido.

Este libro —en realidad, todo el arte, la literatura y la tecnología— tampoco sería posible sin los sacrificios y el valor de generaciones enteras del pasado. Nunca podremos compensarles sus esfuerzos. Solo podemos tratar de seguir sus pasos y rendirles homenaje tomándolos como ejemplo para nuestros actos. Independientemente de si lo consigo aquí o donde sea, siempre estaré en deuda con ellos.

La llamada del coraje nos llega a cada uno de nosotros una vez en la vida. Si no respondes tú, ¿quién lo hará? Si no es ahora, ¿cuándo?



Nada es posible sin la virtud del coraje. Desde los antiguos espartanos hasta el Movimiento por los derechos civiles; desde científicos pioneros hasta empresarios innovadores; desde Charles de Gaulle hasta Florence Nightingale, los grandes líderes han pasado a la historia por los riesgos que se atrevieron a asumir. Sin embargo, hoy somos muchos los que nos vemos paralizados por el miedo.

En este primer libro de una nueva serie sobre las virtudes cardinales del estoicismo, Ryan Holiday nos enseña por qué el coraje es tan importante y cómo cultivarlo en la vida diaria. A partir de las acciones de quienes han respondido a la llamada del destino, Holiday nos muestra cómo podemos dar un paso adelante incluso cuando los demás dan un paso atrás. Porque tener coraje es mucho más que lanzarse al combate. Tener coraje es hacer lo correcto, enfrentarse a las convenciones y defender las propias creencias; es

creatividad, generosidad y perseverancia. Y es la única forma de vivir una vida plena, extraordinaria y efectiva.
Todo en la vida empieza con el coraje. Y este libro te dotará de la valentía necesaria para dar el primer paso.

La crítica ha dicho:

La llamada del coraje de Ryan Holiday traza la historia del coraje y sus muchas facetas a lo largo de los años y llega al presente con una llamada urgente a la acción para cada uno de nosotros».
Matthew McConaughey, actor ganador de un Oscar y autor bestseller de *The New York Times*

«Este libro de Ryan Holiday es una clara e inspiradora guía sobre cómo cultivar el coraje en todas las áreas de la vida».
Robert Greene, autor del bestseller *Las 48 leyes del poder*

«Ryan Holiday muestra por qué no debemos ceder ante el miedo si queremos avanzar juntos con gracia y humanidad».
Nancy Sherman, profesora de Filosofía en la Universidad de Georgetown.

En esta llamada a actuar de acuerdo con tus convicciones, Holiday se basa en un notable repertorio de personalidades, desde Sócrates hasta Solzhenitsyn. Un libro sincero y apasionante».
Shadi Bartsch, profesor de Filología Clásica en la Universidad de Chicago.

Ryan Holiday es un autor best seller de libros de psicología y filosofía divulgativa, como *Diario para estoicos* (2020). Sus libros han vendido más de cuatro millones de ejemplares en cuarenta idiomas, manteniéndose durante más de trescientas semanas en las listas de los más vendidos.
Es presentador del pódcast *The Daily Stoic*, con más de sesenta millones de descargas, y colabora con *The New York Times*, *USA Today*, *The Huffington Post*, *Forbes* y *Entrepreneur,* entre otras publicaciones.



Título original: *Courage is Calling*

Edición en formato digital: mayo de 2022

© 2021, Ryan Holiday
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Ignacio Gómez Calvo, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Samantha Johnson de Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: detalle de un mosaico romano (siglo III) hallado en Salakta (Túnez)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17992-06-4

Composición digital: www.acatia.es

Facebook: conectalibros
Twitter: conectalibros
Instagram: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Este es el primer libro.

[2] Si la Biblia no es un referente válido para ti, la *Odisea* contiene muchas versiones de «Sé valiente», «Ten coraje» y «No tengas miedo».

[3] Como veremos, ojalá este político interesado hubiese seguido su propio consejo.

[4] Es imperdonable que en 2021 una estatua del senador Tillman siga en los jardines del Parlamento de Carolina del Sur.

[5] Tiemblo al pensar lo que podría haberle pasado a la hija con necesidades especiales de De Gaulle, Anne, si se hubiesen quedado en Francia.

[6] Lincoln despidió al general George B. McClellan y lo sustituyó por Grant por ese motivo. «Él lucha», sentenció Lincoln.

[7] *Damn the torpedoes*, en inglés. En la guerra civil de Estados Unidos se referían a las minas navales como «torpedos». Esta famosa expresión no significaba «Armen los proyectiles», como algunos piensan, sino «¡Olvídense de los obstáculos, continúen!».

[8] Aunque debemos señalar que si él estuvo en esa posición fue gracias al profundo valor de generaciones de sufragistas.

[9] Los soldados deben obedecer órdenes, pero si dudan de la seguridad o la moralidad de una orden, hoy están autorizados a acudir a su superior y presentar una queja formal hasta que se haga lo correcto.

[10] En mi libro *Conspiracy* se narra una versión más completa de esta batalla contra *Gawker*.

[11] Conviene señalar que seis meses más tarde MacArthur sería destituido de su puesto porque el éxito se le había subido a la cabeza. Recuerda: audacia no es temeridad. No se puede ser temerario cuando se juega con la vida de otras personas.

[12] Conviene destacar también la figura del príncipe Alberto de Inglaterra, que durante la última etapa de su vida mantuvo a Gran Bretaña fuera de la guerra civil de Estados Unidos (que podría haberse convertido en una guerra mundial).

[13] Los apóstoles vieron que Jesús siguió su propio consejo ofreciendo la vida por todos. De los doce apóstoles, se cree que solo uno o dos murieron de muerte natural.

[14] Es gracioso que a los nihilistas, que no tienen esperanza en nada, les decepcionen profundamente las personas.

[15] Esta experiencia dio forma a mi libro *El ego es el enemigo*.

Índice

La llamada del coraje

Las cuatro virtudes

Introducción

Primera parte. Miedo

- La llamada que tememos...
- Lo importante es no tener miedo
- Vencemos el miedo con lógica
- Este es el enemigo
- Siempre son menos de los que imaginas
- Pero ¿y si…?
- No dejes que las dificultades
- Céntrate en lo que tienes delante
- Nunca dudes del coraje
- La capacidad de acción
- Nos asusta creer
- No te dejes intimidar
- Todo crecimiento es un salto

No temas tomar decisiones

No puedes anteponer tu seguridad

El miedo te está enseñando algo

Lo que da más miedo es ser tú mismo

La vida transcurre en público. Acostúmbrate

¿Qué tradición elegirás?

No tengas miedo de pedir

Cuando vamos más allá…

Segunda parte. Coraje

La llamada que respondemos…

El mundo quiere saber

Si tú no, entonces ¿quién?

La preparación te hace valiente

Empieza por alguna parte. Haz algo

¡Echa a andar!

Di la verdad a los poderosos

Sé tú quien decide

Es bueno ser «difícil»

Solo unos segundos de coraje

Conviértelo en un hábito

Toma tú la iniciativa

Mantente firme

El coraje es contagioso

Tienes que asumirlo

Siempre puedes resistir

La fortuna favorece a los audaces

El coraje de comprometerse

Amarás a tu prójimo

Audaz no es temerario

La capacidad de acción se toma, no se da

Cuando la violencia es la respuesta

Márchate

Haz tu trabajo

Puedes vencer a la adversidad

Haz que se sientan orgullosos

Cuando vamos más allá de nosotros mismos…

Tercera parte. Lo heroico

Ir más allá de la llamada…

La causa lo es todo

Lo más valiente es no luchar

Debes cruzar el desierto

El desinterés del amor

Haz crecer a los demás
No hay tiempo para dudas
Creamos nuestra propia suerte
Motiva a través de la valentía
¿Qué estás dispuesto a pagar?
El gran porqué
Volver al valle
El silencio es violencia
La audacia de la esperanza
Debes quemar la bandera blanca
Nadie es invencible
El coraje es virtud. La virtud es coraje
Epílogo
¿Qué leo ahora?
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Ryan Holiday
Créditos
Notas